0

Biblioteca de poetas americanos

POESÍAS

DE

FELIPE PARDO



POESÍAS

DE

FELIPE PARDO

PRECEDIDAS DE SU BIOGRAFÍA
Y ACOMPAÑADAS DE ALGUNAS NOTAS

POR

M. Gz. de la ROSA

LIBRERÍA DE LA V^da DE CH. BOURET

PARÍS
23, rue Visconti, 23

MÉXICO
14, Cinco de Mayo, 14

1898

París. — Imprenta de la V^da de Ch. Bouret.

FELIPE PARDO

RESEÑA BIOGRÁFICA

Todo el que se halle medianamente al corriente de la historia de la literatura española en el siglo XIX, sabe el puesto que en ella corresponde al insigne Lista, maestro de una generación de escritores no menos insignes, en su famoso colegio de San Mateo de Madrid.

Entre los primeros discípulos que en ese plantel privilegiado tuvo D. Alberto Lista, figuraron en primera línea dos notables ingenios, que habían visto la luz muy lejos de la corte, allá en las remotas regiones del Nuevo Mundo, uno á orillas del Plata y el otro en las del Rímac, casi en igual fecha: Ventura de la Vega y Felipe Pardo. Ambos eran, con Espronceda, los tres más queridos, y admirados después por tan competente maestro, entre tantos preclaros talentos por él adoc-

trinados, y que el mundo de las letras ya comenzaba á aplaudir.

No es esta mera opinión nuestra, más ó menos aventurada. Así lo dice expresamente Ochoa, en la necrología que consagró, pocos días después de su fallecimiento (1848), al que también fué su maestro y amigo, con estas palabras : « Si se nos preguntase ahora quiénes eran sus discípulos predilectos, no sabríamos en verdad qué respoder ; sólo diríamos : que muchas veces *le hemos oído* recordar con entusiasmo al malogrado Espronceda, á D. *Felipe Pardo*, ya hace años establecido en el Perú, su patria, y á D. Ventura de la Vega, á quien, en punto á gala y pureza de dicción, ponía encima de todos sus compañeros y al nivel de nuestros antiguos clásicos. » En Diciembre de 1870 tuvimos la satisfacción de ver confirmado este aserto, al asistir á la sesión solemne de la Academia Española, en la que el Sr. Escosura leyó un extenso estudio crítico, intitulado : « *Tres poetas ilustres: Pardo, Espronceda y Ventura de la Vega* (1). »

Bien claro había revelado el mismo Lista la estima que Pardo le inspiraba, al concederle el puesto de secretario en la Academia del Mirto,

(1) Citamos este título de memoria, y sin tener á la vista el folleto que entonces se nos distribuyó, y que habríamos querido extractar en este lugar.

compuesta de los que fueron sus alumnos, y que él fundó y presidía. No disminuyó esa estima al verlo abandonar la madre patria, para volver á la capital de la nueva República donde vió la luz; antes bien mantuvo con él frecuente correspondencia, y al cabo de diez años de ausencia, durante los que ya había admirado sus primeros ensayos poéticos, le dirigía las sentidas estrofas que en otro lugar insertamos (p. 13), las que, desde la primera línea, revelan la intimidad que reinaba aún entre el maestro y el discípulo:

« No temas, mi Felipe, los furores
Del vulgo vil, alborotado y leve... etc...

y que concluyen así:

El valor y la virtud de ti se aprenda,
Y la fortuna, de otro más felice. »

firmando de esta afectuosa manera: *Á los 63 años de edad, — tu Alberto Lista.* »

En estos tiempos de poesía *decadente* y estrafalaria, necesitábamos comenzar citando autoridades de tanta valía como las de Lista y Escosura, para que nuestros juveniles lectores, que acaso no conocen al autor, no creyesen que, por agregar un volumen más, dábamos acogida en esta *Biblioteca poética Americana*, á uno de tantos versificadores adocenados que pululan en el Nuevo Mundo. Creemos, por el contrario, al aconsejar al editor la publicación de las obras

poéticas de Pardo, haber contribuído á que sea más conocido y apreciado este esclarecido ingenio, tan agudo y correcto en prosa como en verso, y que puede figurar entre los que mejor y con más pureza han sabido manejar la lengua castellana en nuestra época.

El autor de estas líneas preliminares, no es poeta ni crítico, y tampoco quiere discutir las opiniones políticas del autor; por lo mismo cree que debe limitarse á trazar una mera reseña biográfica de Pardo, basándose en la que puso al frente de la edición póstuma de sus obras (1) su digno hijo D. Manuel, tan cobardemente asesinado en 1878, después de desempeñar cual ninguno la primera magistratura del Perú. Permítase á uno de los testigos de la agonía de esta noble víctima, el consagrar aquí un recuerdo al inolvidable amigo, ya que le ha tocado la suerte inesperada de dirigir esta nueva publicación de los escritos de su ilustre padre.

*
* *

Nació Felipe Pardo y Aliaga en Lima, el

(1) *Poesías y escritos en prosa de Don Felipe Pardo*, París, Imprenta de los caminos de hierro (A. Chaix) 1869. — 1 vol. en 4º mayor, á 2 col. de XXVII y 514 págs. Con retrato. — Esta edición, hecha por su hijo, y su entendido yerno D. J. A. de Lavalle, casi no ha circulado, y es raro hallar ejemplares de ella. El autor la había hecho preparar en 1865.

11 de Junio de 1806, siendo sus padres el Regente de la Audiencia del Cuzco don Manuel Pardo y su esposa doña Mariana Aliaga, hija de los Marqueses de la Fuente Hermosa. Aquél, como español, se trasladó con su familia á Madrid, cuando los peruanos proclamaron su independencia en 1821. Á la sazón Lista y Hermosilla acababan de ponerse al frente del colegio de San Mateo, en el que ingresó Felipe á los diez y seis años de edad, sin duda en compañía de su hermano José, quien también debía conquistar renombre como poeta.

Bajo la dirección de tan competentes maestros, Pardo cursó las humanidades y las matemáticas, como le resordaba diez años después Lista:

> Yo recuerdo ¡ ay de mí ! los bellos días
> De tu primera juventud dichosa,
> Cuando por mí adestrado le pedías
> Á *Horacio* y *Newton* su laurel y rosa.

¿ Qué pudo ocurrir el año 1827 para que Pardo, ya secretario de la Academia del Mirto, á pesar del cariño de su maestro y de los vínculos que por su padre tenía con la sociedad de la corte, resolviese repentinamente regresar al país que lo vió nacer, pero del que seis años antes había salido fugitivo con su familia ? No hemos podido hallar dato alguno para descifrar este punto misterioso, aunque sospechamos que

esto se deba á influencias de su madre limeña, después del fallecimiento del antiguo Regente de la Audiencia del Cuzco.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es, que después de traducir á los veintiún años la composición que Víctor Hugo acababa de consagrar á la columna de Vendoma, se embarca en Gibraltar á fines de 1827, y desde este puerto envía tierna « *Despedida* » á la novia que había dejado en Madrid. Allí leemos este verso, que acaso confirma lo que antes decíamos respecto á la causa de su viaje :

« *La suerte así lo ordena,*
Mi bien ; culpa á la suerte :
Que yo, *mejor la muerte*
Quisiera que partir. »

Esta composición es la única, en su género, que figura entre las que el autor escogió tres años antes de morir para que se publicaran. Indudablemente son muchas las que en todos géneros se suprimieron escrupulosamente, y que yacen olvidadas en las colecciones de periódicos de Madrid, Lima y Santiago de Chile.

Á principios de 1828 llegaba Pardo á su ciudad natal, cuando apenas contaba veintidós años de edad; y al mismo tiempo que empuña de nuevo la lira, se lanza en la política de la naciente República, alistándose en las filas del

partido conservador, recientemente organizado por Martínez, Pando, Vivanco, los célebres poetas Olmedo y Mora, etc. En 1830 escribió en los periódicos *El Conciliador* y *El Mercurio peruano*, al mismo tiempo que completaba sus estudios para ejercer la abogacía.

Sus poesías principales, de esa época de juvenil entusiasmo, son : la *Oda á Olmedo*, la sentida *elegía á la muerte de Joaquina*, las *Sátiras á Salvagio* y el *Carnaval de Lima*, etc. Poco después daba á la escena sus comedias en verso *Frutos de la educación* y *Don Leocadio*, en las que criticaba con mucho ingenio las costumbres limeñas. La aparición de la primera, dice su hijo, « causó un verdadero tumulto; aplaudida con frenesí en su primera representación, desató en la segunda contra su autor las iras de un falso nacionalismo (1). »

En las Repúblicas Americanas los principios son por lo regular meros pretextos, y todo se halla dominado por las cuestiones personales; por lo mismo Pardo corrió serios peligros, por haber pretendido criticar las costumbres de su país, y su tercera comedia del mismo género, *La huérfana de Chorrillos*, aunque obra más acabada y seria, no se atrevió á hacerla representar, y sólo ha visto la luz después de su muerte.

(1) Prólogo de Don Manuel Pardo, p. XVII.

En tales circunstancias comienza la carrera política de Pardo (1830-49), pues ya que con la pluma no logra mejorar la situación de su patria, cree que acaso tendrá mejor éxito influyendo en los consejos del Gobierno. Durante casi veinte años desplegó una actividad febril, ocupando en diversas ocasiones puestos tan importantes como los de ministro de Estado, plenipotenciario en Chile, etc., y siendo uno de los principales autores de la caída del general Santa Cruz y de su Confederación Perú-Boliviana.

No nos proponemos juzgar aquí al hombre político, y sólo diremos : que nuestro poeta se hallaba de tal manera dominado por el deseo de amoldar el país á sus ideas de Gobierno, que, cuando no gobernaba, consolábase con expresar esas mismas teorías en forma poética, cuando no en prosa, como en el famaso *Espejo de mi tierra*, que tuvo un éxito portentoso, y fué como la despedida del escritor satírico, que poco después veíase reducido á la inacción por larguísima dolencia.

Los que quieran conocer los escritos de Pardo durante esa época de actividad, deben consultar, además de las notables memorias y otros escritos que figuran en la citada edición de sus obras, las colecciones de varios periódicos, entre ellos el *Mercurio peruano*, y el *Conciliador* de Lima, y el *Intérprete*, que él fundó y redactó

solo en Santiago hacia 1836: en esa misma época conoció al insigne Bello, á cuya sociedad declaraba deber muchos de sus conocimientos literarios.

Desde 1842 las aguas termales de Yura agravaron, en vez de curar, la enfermedad que sufría; y, aunque volvió á ser ministro durante las administraciones de Vivanco y Castilla, en 1850 renunció á la política, y emprendió un segundo viaje á Europa, en busca de salud. Pero todos los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles ante la parálisis, que de año en año fué haciendo progresos, hasta privarlo de la vista, y reducirlo á un cuerpo semimuerto durante un cuarto de siglo: en él toda la vida se había reconcentrado en su poderosa inteligencia, que arrojó brillantes resplandores, casi hasta la hora postrera.

Entre estos destellos pueden considerarse su hermosa composición *El Perú*, y la *Constitución política*, obra extensa, en que critica en valientes octavas todos los artículos de la ley fundamental vigente, así como las demás poesías de la segunda época, que figuran en nuestra colección cronológicamente ordenadas, para que el lector pueda seguir paso á paso la evolución intelectual de Pardo, y excuse la acritud que note en algunos arranques, debidos, sin duda, á los padecimientos continuos del autor.

La *Constitución política* mereció ser leída, en la tertulia literaria del Marqués de Molins, por Ventura de la Vega, Pezuela, Bretón y otros académicos, condiscípulos de Pardo, recibiendo éste poco después el diploma de Correspondiente de la Academia Española. Este nombramiento, tan merecido y no solicitado, que tantos han mendigado después sin título alguno, recibiólo el festivo poeta y hablista, diciendo á sus amigos estas palabras: « No se hagan ustedes ilusión; yo no estoy á la altura de la Academia Española: sólo un espíritu de *camaradería* ha podido hacerme entrar en ella. » ¡ Qué lección para ciertos Correspondientes, y para otros que aspiran á serlo, aun apropiándose las lucubraciones ajenas !

Durante los últimos veinte años y más de su vida, pasados en un sillón, baldado y ciego, Pardo conservó todo su vigor intelectual, como lo revelan las poesías que hemos citado, y otras que se verán en este libro, á partir de la *Lámpara*, hasta la *dedicatoria* de sus obras (que había hecho coleccionar y escoger para que se publicaran, cuatro años antes de morir), á su hija Doña Francisca, la que fué por tan largo tiempo su secretaria. En ese mismo período dictó notables escritos en prosa, que hemos vuelto á leer con admiración, pues parece increible que un hombre, cuyo cuerpo apenas daba

señales de vida, y que ni siquiera podía leer lo que dictaba, pudiese seguir tan perfectamente el hilo de su demostración, como en la extensa representación que envió al Congreso en 1861, y, poco antes, en otros escritos en prosa acerca de la reforma de la Constitución.

El poderoso cerebro que, en tal estado, podía aún dictar tan notables obras en prosa y verso, era al mismo tiempo el consejero de los amigos y literatos, que se sentaban en torno del ilustre paralítico, para escuchar como oráculos sus maduros fallos. Los enemigos de las pasadas luchas políticas, en que desempeñó papel tan importante, habían desaparecido, y todos los personajes de los diversos partidos miraron por largo tiempo, con admiración y respeto, como una verdadera gloria nacional, al eterno agonizante de la Calle de la Trinidad, que al fin cesó de sufrir en la noche de Navidad de 1868. Dos días después reposaba en el Cementerio general de Lima, habiéndosele hecho dignos funerales, en que pronunció un elocuente discurso el Ministro de Relaciones Exteriores; diez años después tuvimos el dolor de depositar á su lado los restos de su biógrafo, y digno hijo de tal padre, aunque infinitamente más liberal que él, lo que le mereció el ser victimado por los que, con la máscara de la democracia y de la religión, no sostienen sino el personalismo de revoltosos

de profesión, que saben explotar y reirse de las preocupaciones de un pueblo harto candoroso (1).

Boulogne, cerca de París, 16 de Noviembre de 1897.

M. Gz. de la Rosa.

(1) Hoy sólo se publican las *Poesías:* las obras dramáticas y escritos en prosa formarán otro volumen, si el público acoge bien éste. La presente edición la hemos arreglado cronológicamente, á fin de que se vea la evolución gradual de este ingenio durante cuarenta años: las poesías de Pardo nos presentan así su verdadera autobiografía. Además de las notas del autor, hemos agregado algunas, marcadas así: (Ed.).

ALBERTO LISTA
A
FELIPE PARDO.

No temas, mi Felipe, los furores
Del vulgo vil, alborotado y leve,
Si roto el freno, en trágicos horrores
La común patria á sepultar se atreve.

Ni su ignorante aplauso te envanezca
Cuando mimosa la falaz fortuna
Fácil á tus deseos aparezca
Y te eleve hasta el cerco de la luna.

Que el varón justo y grave, el ciudadano
Veraz, que tiene la virtud por guía,
Ni al dogal se amedrenta del tirano,
Ni al aura popular su pecho fía.

No hay más premio que el lauro inmarcesible
Preparado á los buenos en el cielo;
Ni más castigo que la voz terrible:
Fuiste ignominia y destrucción del suelo.

Vió el Rímac á un anciano el alto trono,
De la inflexible Temis ocupando:
Y le vió, de la plebe al fiero encono,
Las homicidas balas aguardando (1).

Y ni el temor ni la ventura pudo
Avasallar su intrépida entereza:
Que es la virtud inexpugnable escudo,
Do se estrella el orgullo y la bajeza.

Este su padre fué y este tú eres,
Oh caro amigo, en trances semejantes:
Las penas superar y los placeres
Es el oficio de ánimos constantes.

Yo recuerdo ¡ay de mí! los bellos días
De tu primera juventud dichosa,
Cuando por mí adestrado le pedías
Á Horacio y Newton su laurel y rosa.

¿Por qué tan dulces, gratos devaneos
Trocó en fieros cuidados el destino?
¿Por qué en vez de los mirtos citereos
Presentaste, ambición, tu rudo espino?

(1) Refiérese al padre de Pardo, que como Regente de la Audiencia del Cuzco, fué reducido á prisión, y estuvo á punto de ser fusilado (no en Lima sino en Arequipa) por los revolucionarios de 1814. (Ed.)

Pero del mando hollar la instable senda
Al alumno de Erato no desdice:
El valor y virtud de ti se aprenda,
Y la fortuna, de otro más felice.

Madrid, 24 de agosto de 1838.

A los 63 años de edad,

tu ALBERTO LISTA.

DEDICATORIA DEL AUTOR

A MI HIJA FRANCISCA (1).

Dudar, Paca, no puedo que penetras
Que con razón mi libro te consagro;
Porque si sale al mundo de las letras,
Tuyo ha sido el milagro.

Desdeñosa de goces mujeriles
Tú, con ardor de varonil inglesa,
Te embarcas, en la flor de tus abriles,
En la más ardua empresa:

De enmarañado bosque en la espesura,
Lánzaste audaz á caza de mis versos,
Cual las hojas de otoño, á la ventura,
Por treinta años dispersos:

Dispersos y olvidados; pues me emplumen,
Si pensé alguna vez, ni por asomo,
Con los fugaces frutos de mi numen
Dar al público un tomo:

(1) Doña Francisca Pardo de Osma, la infatigable é inteligente secretaria y enfermera del autor, durante tantos años: su esposo era tío carnal de la duquesa de Cánovas. (Ed.)

Baúl no queda, armario, ni repisa,
Escritorio, alacena, ni escondrijo,
Que escapar pueda, en la feroz pesquisa,
Á tu tesón prolijo.

¿Qué hacer, si de uno que otro raro amigo,
Que queda al declinar de la existencia,
Me insta á salir de mi repuesto abrigo
La amable impertinencia?

¿Qué hacer, si á esas instancias ve tiranos,
El padre más feliz de los mortales
Ligarse con fervor, de tus hermanos
Los afectos filiales?

¿Qué hacer?... cedí para no armar camorra:
Las manos me lavé como Pilato:
Consentí en ser autor.... ¡Dios me socorra!
Y tú pagaste el pato.

Tú,.... que en la edad risueña de la vida,
Gozaste en dar alivio á mi dolencia,
Á mi debilidad sostén y egida,
Pasto á mi inteligencia....

Paca, *natura è bella, perch è varia*
Brazo, escribir, leer, unturas, vendas,
Lazarillo, enfermera, secretaria....
¡Hija! ¡qué tres prebendas!

Tú en fin á la rebusca te arrojaste,
De polvo y telarañas te cubriste,
Como un gañán en el trajín sudaste:
Pero por fin venciste.

Semanas y semanas de trabajo,
Y el fruto de tu afán recibió el sello,
Y lo reuniste todo en un legajo.
¡ Ay mísero! ¿ qué es ello ?

Chusma de indescifrables borradores,
Á que artista ratón ornó la orilla,
Y en que variadas, caprichosas flores
Dibujó la polilla.

En forma y en tamaño diferentes,
Dentro de libros viejos escondidos,
De rimeros de cartas, de expedientes,
Y de autos fenecidos.

¿ Piensas que ya acabaste? No por cierto:
La compaginación nos falta ahora,
Que con igual pericia lleve á cabo
La recopiladora.

La aguja, y al taller. Otra vez suda,
Hilvana desparcidos pensamientos:
Interpreta, adivina, aclara, anuda
Dislocados fragmentos;

Y prosiga el tropel de maravillas,
Hasta tornar, por mágica victoria,
En sátiras, comedias, y letrillas,
La horrible pepitoria.

¡Qué pasmo!... la tornaste.... y á tal punto
Hábil llegó tu pertinacia ardiente,
Que hiciste facilísimo el trasunto
Á cualquier escribiente.

Hay más (en recordarlo me recreo):
La antorcha iba á encenderse de tu boda,
Mas las festivas pompas de Himeneo
No te absorbieron toda;

Que las nupciales galas no quisiste
Retocar con maestras pinceladas,
Sino después que en mis escritos diste
Las últimas plumadas.

Tuyos por tanto son: *ciego, y tullido*,
Y del dolor atado á la cadena,
¿Cómo emprender hubiera yo podido
Tan ímproba faena?

¡Cómo, si sano, y ágil, y con ojos,
Mi paciencia mil veces agotada,
Hubiera dado al traste en mis enojos
La empresa endemoniada!

Penetren todos, pues, cual tú penetras,
Que con razón mi libro te consagro;
Porque si sale al mundo de las letras,
Tuyo es, Paca, el milagro.

Lima, 1864 á 65 (1).

(1) Esta es probablemente la última composición de Pardo, unos tres años antes de su muerte; pero se coloca aquí sólo por ser la dedicatoria, y como el prólogo poético del autor. (Ed.)

POESÍAS JUVENILES Y FESTIVAS.

POR ORDEN CRONOLÓGICO (1827-1843.)

LA COLUMNA DE VENDOMA.

TRADUCCIÓN DE VÍCTOR HUGO.

ODA.

¡Vengador monumento!
¡Indeleble trofeo, que audaz lanzas
Tu gloria en espiral al firmamento,
Desde la base inmoble en que te afianzas!
¡Únicos restos hoy, único indicio,
Que no fuera bastante
El hado, á sepultar del edificio
Soberbio del Gigante!
¡Despojos del Imperio lastimeros
Y de ínclitos guerreros,
Cuyos nombres la fama voladora
Lleva desde el ocaso hasta la aurora!
Yo te amo; el extranjero con asombro
Te mira, y con pavor. ¡Triunfal escombro!
Yo te amo, y á esos héroes cincelados
En ti por la victoria;
Y á esos, que custodiándote agrupados
Ves, fantasmas de gloria!
Al ver en tus relieves numerosos,
Grabados los guerreros animosos
Que el mundo contrastaron,

Y á quienes el Danubio, el Po, y el Reno
En sus sangrientas ondas arrastraron,
De orgullo el corazón se siente lleno.
¡ Oh de grandeza espléndido tesoro !
¡ Gigantesco adalid, que te levantas
Hollando tu conquista con tus plantas !
¡ Oh Columna ! Yo adoro
Esos hermosos timbres que la fama
Erige á almas guerreras,
Tus lorigas, tus cascos, tus banderas.

El gran Enrique, el protector celoso
De la patria ventura,
Que eternizara en bronce la escultura;
Y tú ¡ Emblema precioso
Del ilustre valor de nuestros Cides !
Juntos salvad, ministros de concordia,
Á la nación de la civil discordia,
Saliendo, uno de amor, otro de ira,
Signos eternamente duraderos
De nuestra dicha y honra, tutelares,
Enrique de las arcas populares,
Tú, de los arsenales extranjeros.

Cuando la noche al desplegar su velo,
Alza la clara luna y presta al mundo
El esplendor del estrellado cielo,
¡Oh! ¡ Cuántas veces con dolor profundo
Á tus pies complacíme reverente
En recorrer tu historia
Con inflamada mente,

Participar creyendo de tu gloria,
Cual tímido aldeano
En el rico festín de un soberano!

¡Oh! ¡Cuántas veces ver enrojecido
¡Oh Columna! en la fragua,
Tu enemigo metal me ha parecido!
Y ¡cuántas reanimando á tus guerreros
El galope escuché de sus bridones,
Y el choque aterrador de sus aceros,
Y el fiero batallar de tus legiones!
Nunca los extranjeros
Á ti sus ojos sin terror alzaron,
Ni tu sombra buscaron,
Ni con su marcha osaron altaneros
Tu base conmover, que cuando fiera
Los condujo la suerte á esta ribera,
Nunca en ocioso alarde desplegaban,
Con altiva arrogancia
Sus huestes, ante el bronce, do miraban
Esculpidas las glorias de la Francia.

Mas ¡qué! ¿Con sordo ruido
Suenan tus armaduras? ¡Ah! Yo creo
Ver á tus batallones esforzados,
Del bronce transportándose á la tierra......
Sí; y á esos héroes, rayos de la guerra,
Ardorosos los veo,
Retroceder del celestial camino,
Y con noble entusiasmo dar al viento
Los nombres de Dalmacia,
De Reggio, de Trevisa y de Tarento.

Y veo que tus águilas furiosas
Despertando del sueño en que yacían,
Persiguen animosas
Á esa águila bifronte cuyos ojos,
Á la sombra avezados,
Se cierran á su vista
Cual del sol á los rayos abrasados.
Mas ¡qué! ¡Envidia de Roma, bronce augusto!
¿Se encienden tus legiones en coraje?
Con vergonzoso ultraje
¿Quién atrevióse injusto
Á despertar tus sombras inmortales?
¿Quién, esas victoriosas
Águilas imperiales
Que dormir tanto tiempo miré ociosas.
Con el rayo en sus garras apagado?....
¡Ah!.....lo sé : el extranjero ya ha olvidado
Que la Francia grabara en su memoria
Esas páginas que él, con mano osada,
Rasgar quiere en la historia,
Que con sangre escribiera nuestra espada....
¿Cede al torpe deseo
De que sus golpes hagan
Centellar tan magnífico trofeo?
Sí, que ignora el cuitado,
Que ese bronce de rayos fabricado
Donde las glorias de la patria sellas,
Relámpagos despide, no centellas.

¿Fija en Napoleón su torpe saña?
¿Acaso de esos timbres singulares,

Fruto de tanta y tan gloriosa hazaña,
Disputar, su impudencia
Pretende, á nuestros viejos militares
La sacrosanta herencia?........
Débiles son sus manos é infantiles;
Para tal carga: el reino de Alejandro
Y las armas de Aquiles,
Sólo se distribuyen á los héroes.

Empero no: el Austriaco está contento,
Si esos preclaros nombres
Solo su mengua dicen á los hombres.
Él de su vencimiento
Nuestros títulos forma,
Y feudales señores
Temiendo más que ilustres vencedores,
Que pasmo fueron de apartadas zonas,
Coronar nos permite á nuestros héroes
Si sólo de laurel son las coronas. (1)

Dí bronce ¿alguna vez quizá altanero
Por sólo una victoria,
Clavar sus ojos pudo
En tu esplendente lumbre expiatoria?
¿De dónde, pues, de dónde,
De qué hechos inmortales

(1) Esta composicion fué escrita por Víctor Hugo con motivo de la cuestión agitada en 1826 y 27 entre el Austria y la Francia, sobre la pretensión de la primera, de que se aboliesen los títulos de nobleza que instituían feudos en Alemania. El Austria únicamente consentía en reconocer los títulos que sólo importaban el recuerdo de alguna victoria.

Audacia tal dentro del pecho esconde?
  ¿Pensará impunemente
  Tocar esos anales?
¿Cómo lee esas páginas triunfales
Que desenvuelves en el éter puro?
  Escrito tan oscuro,
Tal vez su mente tímida no entienda....
  Mas á entenderlo aprenda,
Al pie de las Pirámides, en Viena,
En el viejo Kremlín, en la morada
  Del Escorial sombrío;
Y á la turba brillante y coronada
Explíquelo, de príncipes que un día,
  De una tienda empolvada,
El imperial vestíbulo cubría

¿Qué piensa en su jactancia
El extranjero, que provoca á Francia?
¿Que alcanzará su voluntad proterva
  Humillar nuestra frente,
Cuando ayer fué la Europa nuestra sierva?
El destino, es verdad, nos fué inclemente;
Mas á pesar de su feroz embate,
Marchar aún podemos al combate;
Que tal vez en la paz en que ha dormido,
La garra del león ha renacido.

¿En dónde los derechos adquirieron
De arrancar la corona á nuestras glorias?
  Los Borbones quisieron,
Hidalgos, adoptar nuestras victorias:

De hostilidad ruin te defendieron,
Y el celo que en pró tuya los empeña,
Permite que hoy tus águilas reposen
Bajo la sombra de la blanca enseña.

¡ Qué ! ¿ Eléctrico volcán conmueve el globo ?
Y ¿ tiembla, más allá del oceano,
El suelo americano ?
Y ¿ rugen las Turquías ?
Y ¿ torna Grecia á sus antiguos días ?
Y ¿ en vano el reino portugués se agita
Por sacudir el yugo de Inglaterra ?
En tanto ¡ ah ! frío espectador se irrita
El Franco, de no ser el pueblo solo,
Que haga á su voz estremecer la tierra.

En vano ¡ oh extranjeros !
En su apacible cuna
Ociosa paz nos mece,
Á nuestro instinto bélico importuna ;
Á los gritos guerreros,
Nuestro entusiasmo crece ;
Manejan nuestras manos,
Por nuestro mal al ocio condenadas,
Liras en vez de espadas ;
Mas si del seno de la paz salimos,
Tan bien como cantamos, combatimos.

Mirad, mirad que la nación gloriosa
Pasmo del siglo y árbitra del mundo,
No en sueño tan profundo
Adormida reposa

Que á un ultraje ensordezca.
Tal vez su justa furia
Los partidos quebrantan :
Mas oyendo una injuria,
Unidos los Franceses se levantan
Y nada los arredra :
Las armas se revisten del guerrero;
Y la Vendea aguzará su acero,
De Waterloó en la piedra.
¿Proscribís nuestros nombres inmortales?
¿Queréis que entre vosotros levantemos
Monumentos marciales;
Y los nombres dejando, que pregona
La fama que á los héroes galardona,
Otros en vuestro suelo mendiguemos?....
¿En vuestro bronce impresos
No están, para vivir eternamente?

¿Romperá el extranjero los blasones
Que ilustran á la Francia?....
Y ¿con martillo vil nuestros escudos
Pretenderá abollar en su arrogancia?
No; que para castigar ultraje tanto,
Dueños sois ¡oh Franceses!
De la paz y la guerra,
Como el Romano célebre,
Que conmoviendo á su placer la tierra,
Las llevaba en los pliegues de su manto.
Paso á los arenales africanos
Cadiz os da, si os place,
Y al Asia, el moscovita :
Á vuestra vista, Ingleses y Germanos

Huyen en muchedumbre pavorosa :
Si vuestras trompas bélicas retumban,
Las torres se derrumban;
Y en sus marchas triunfales,
Saben vuestras banderas el camino
De las más apartadas capitales.

Si con vuestro destino
Los suyos pesan las demás naciones
Destronadas se rinden : es la gloria
A vuestros hechos, pobre en galardones :
Si en el Oriente el fúlgido lucero
De la Francia aparece,
Á su brillo todo astro se oscurece;
Y si os movéis, os sigue el mundo entero.

Que os tienda lazos Austria :
Su soberbia corona
Ya hollaron dos gigantes soberanos :
La historia que pregona
Del tiempo los arcanos,
Sobre la doble frente
Del buitre audaz provocador de Galia,
Doble baldón revela.
Que allí estampó el gran Carlo su sandalia,
Napoleón su espuela.

Ya no tenéis esa águila que el suelo
Temblar hizo á su vuelo :
Empero, si otro es ya vuestro. estandarte,
Vigilante custodia de los Galos
El ave cara á Marte

Dando al aire su voz despertadora,
La tiniebla profunda,
Trocar súbito puede, que os circunda,
De Austerlitz en la aurora.

Y ¿ puedo yo callar? ¿Yo que embriagado,
Mi nombre en otro tiempo
Escuché al grito bélico mezclado?
¿ Yo que seguía en su veloz carrera
Victoriosa bandera,
Mi débil voz uniendo
De los roncos clarines al estruendo?
¿ Yo que soldado fuí desde la infancia ?

No, hermanos, no, de Francia
Valientes hijos de esta edad inerte ;
De la guerrera tienda á los umbrales
Hemos crecido; y si contraria suerte
Enfrena nuestros ímpetus marciales,
Águilas de los cielos desterradas;
Sepamos á lo menos,
Centinelas de glorias heredadas,
De ultrajes insolentes
Guardar las armaduras
De nuestros inmortales ascendientes.

Madrid, 1827 (1).

(1) Este es el primer ensayo del autor, á los veintiún años, y pocos meses antes de su regreso al Perú. (Ed.)

LA DESPEDIDA.

Amor, tus raudas alas
Al céfiro confina :
Lleva á la amada mía,
Mi postrimer adiós;
Y dile que en la ausencia
Que fiera nos divide,
La sacra fé no olvide
Jurada por los dos.

¡ Instante de amargura,
Eterno en mi memoria,
En que el hado, mi gloria
Sañudo acibaró!
No más me martirices,
Que por mi dulce encanto,
Ya bien copioso llanto,
Mis párpados regó.

¿ Y de qué sirve ¡ay triste!
Que brote hora abundante
Y hasta mi pecho amante
No cese de correr;

Si respirando ausente
No puede mi adorada,
De amores abrasada
Mis lágrimas beber?

Destrenzado el cabello,
Blancos los labios rojos,
Todo llanto los ojos,
El pecho todo amor;
Así te ví al dejarte;
Y así vive grabada
Tu imagen adorada,
En mí por el dolor.

Tu delicada mano
Aun con mi mano estrecho:
Aun cerca de mi pecho,
Juntas las siento arder:
Y aun el adiós escucho
Sentido y balbuciente,
Que sofocó tu ardiente
Sollozo postrimer.

¡Tú me amas, vida mía!
¡Consoladora idea!
¡Cuál mi alma se recrea,
Su dicha al contemplar!

¡Tú me amas!.. ¿Y tu amado
Habrá de abandonarte,
Y fiero condenarte,
Á triste suspirar?

¿Qué importa que las glorias
De amor te haya enseñado,
Si también despiadado
Te enseño yo á sufrir?
La suerte así lo ordena,
Mi bien; culpa á la suerte:
Que yo, mejor la muerte
Quisiera, que partir.

¡Parto!... El alma se entrega
Á ciego desvarío,
Y con el verso mío,
Ansia volar á ti...
¡Tú lloras!... Sí, y mi labio
Envanecido clama:
« El llanto que derrama
« Mi querida, es por mí. »

¡Parto, mi amor!... tu imagen
Idolatrada y bella,
Llevo conmigo: en ella
Mil besos sellaré:

Y tu adorado nombre
En medio á mis tormentos,
Mezclado con lamentos,
Al aura entregaré.

Tú, blando amor, tus alas
Al céfiro confía:
Lleva á la amada mía
Mi postrimer adiós.
Y dile que en la ausencia
Que fiera nos divide,
La sacra fé no olvide
Jurada por los dos.

Gibraltar, 1827.

A SALVAGIO.

SÁTIRA (1)

Tú que á las cumbres de Helicón hermosas,
Anhelas por subir, Salvagio mío,
Y te pierdes en selvas espinosas;

Rumia, para seguir con doble brío,
El penoso trabajo que emprendiste,
Las amigables letras que te envío.

(1) Recién llegados de Europa, en 1828, escribimos en el *Mercurio peruano*, mi amigo D. José Antolín Rodulfo y yo, varios juicios sobre las representaciones dramáticas; juicios que levantaron, dentro y fuera de bastidores, una espantosa polvareda; y que nos suscitaron rudos ataques, en numerosos artículos publicados en el *Telégrafo de Lima;* que tomaron ardorosamente la defensa de las piezas censuradas, y que no se contentaron con impugnarlos, sino que llegaron hasta á desconocer nuestros títulos de propiedad á nuestros modestos ensayos, declarándonos plagiarios de un escritor de España, Cagigal, tan desconocido para nosotros, como sin duda debía serlo para los que jamás pudieron citar de él más que el nombre. Un artículo que yo escribí, juzgando la *Raquel*, tragedia muy conocida de Huerta, llevó á su colmo la indignación de los abogados del Teatro, que, con más ardor y menos cordura que nunca, declamaron contra el atrevido censor de una obra que ellos consideraban perfecta. He aquí lo que motivó la sátira á Salvagio, cuyas alusiones no podrían entenderse sin la presente explicación. Los pensamientos que forman el proyecto de circular que figura en la sátira, están extractados de los artículos del *Telégrafo*, y copiadas textualmente de ellos, las palabras y frases escritas en toda la sátira en letra bastardilla.

Sin duda que al principio no supiste,
Sin estudiar, el modo de ser sabio,
É innumerables libros adquiriste.

No presumas, amigo, que te agravio :
Todos lo han hecho así; pero el moderno
Sistema, al punto te dirá mi labio.

Antes de todo, mandarás á un cuerno,
Á cuantos preceptistas malandrines
Vomitaron las furias del Averno :

También será forzoso que destines
Para los muladares y fogones
Los Terencios, Molières, Moratines,

Los Rojas, los Moretos, Calderones,
Los Lopes, los Riojas, los Herreras,
Los Meléndez, Quintanas y Leones;

Ponte luego á escribir lo que tú quieras:
Tal vez hacerte vate celebrado
En la elevada lírica prefieras.

No formes plan, y ensarta de contado
Dos estrofas, y cinco, y veinte y ciento;
Y en estilo pedestre y arrastrado,

En ronca voz y destemplado acento,
Sin majestad, sin raptos, ni armonía,
Necias figuras brotarás sin cuento.

¿Dices que no, Salvagio? ¿La manía
En que has dado hace tiempo de gracioso,
Tal vez te lleva al templo de Talía?

¿Tampoco? — ¿El continente majestoso
De Melpomene, acaso te convida
Su puñal sacro á manejar furioso?

Haz que el príncipe diga á su querida
Que sus ojuelos y melena blonda,
Le tienen dado al diablo con su vida;

Que se ponga madama muy oronda,
Y, entre lamentos de dolor profundo,
Otros tantos requiebros le responda.

Acaba el primer acto. En el segundo
Empezará el monarca á resfriarse,
Y con su frío, á estremecerse el mundo.

Vuelva poco después á enamorarse,
Y estará en el principio del tercero,
Con un palmo de lengua por casarse.

Suena el pito otra vez: un pueblo entero
Se enciende en rebelión contra la dama,
Y la amenaza con la muerte, fiero.

¿Qué hará el galán entonces á quien llama,
Ya en tremendo motín la plebe airada,
Ya el devorante amor en que se inflama?

¿Proteger, fino, á su Raquel amada?
¿Apaciguar la multitud furiosa?
No: es muy sesudo el rey; y abandonada

Deja al peligro á su israelita hermosa:
Deja gritar á la feroz gavilla,
Y en el fuerte conflicto hace otra cosa,

Mucho más natural y más sencilla;
Irse á casar... La turba de pedantes,
« ¡Qué atroz disparatón! » furiosa chilla.

¡Eh! déjala que chille: no te espantes,
Es *licencia poética*... que grite,
Y que ronquen los otros circunstantes.

Llamando á su pichón, se desgañite
La judía y perezca asesinada,
Por otro que jugaba al escondite.

¿Gruñes también y no respondes nada?
Si quieres del Parnaso ir á la cima,
Dí ¿cuál es el camino que te agrada?

¡Ah! ya lo sé: no gustas de la rima;
Y con chistosos diálogos pretendes
Embarrar el *Telégrafo de Lima*.

¡Bravo, Salvagio! digo que lo entiendes,
Y que de tu instrucción y tu talento,
Es trabajo dignísimo el que emprendes.

¡Hora te gusta! ¡saltas de contento!
Pues para que hoy empieces tus labores,
Te diré dos palabras al intento.

No te afanes, amigo, ni acalores,
Diversos caracteres inventando,
Ni con varios matices los colores.

Tres ó cuatro personas: *Don Fernando*,
Don Teodoro, *Don Cosme*, *Canovita*,
De un mismo modo ofrecerás hablando.

Bueno será también que se repita
La misma idea tres y cuatro veces,
Hasta que tengas una resma escrita,

Y si tal vez al público adormeces;
Si le haces apurar en tus renglones
La copa del fastidio hasta las heces;

Si una porción de sandios criticones,
Contra ti alzando la envidiosa frente,
Trucidan sin piedad tus producciones;

Prepárate en la lid á entrar valiente,
Y citando á Rabíes y á Bracmanes,
Les pasarás la circular siguiente:

¡Muchachos! ¡ignorantes! ¡charlatanes!
Que de hacer plagios sois capaces sólo,
Y *jalándoos* (1) los cuellos, muy galanes.

Las tertulias correr. ¿Del sacro Apolo
Queréis el templo profanar osados,
Y oiros celebrar de polo á polo?

¿Qué fuera de vosotros, desdichados,
Si no hubiera en el mundo Cagigales,
Ni tuvierais *volantes* bien cortados? (2)

Deslumbrad á las gentes mazorrales...
Mas no lleguéis á presumir que rabio,
Al mirar vuestras críticas bestiales.

(1) *Jalar.* Corrupción del verbo *halar*, que se usa por el vulgo como sinónimo de tirar.

(2) *Volante.* — Voz también vulgar, que equivale á frac.

¿Yo rabiar, majaderos, cuando el labio
De todo el orbe me concede justo,
La opinión de *hábil*, *erudito* y *sabio!*

¿Habláis? me voy sin el menor disgusto
Del *auditorio á una tertulia* un rato,
Y me pongo á reir con mucho gusto :

« Ó comienzo á alentar á Don Torcuato
« Para que quiera, en *poéticos sermones*
« Provocaros á un *duelo literato.* »

Haz por este tenor composiciones
En un lenguaje tan correcto y puro,
Lleno de tan urbanas expresiones.

Escribe así, Salvagio, y yo te juro
Que de aquí á un mes, si imprimes á destajo,
No será ya tu nombre tan oscuro.

Alabará Simplicio tu trabajo,
Y dirá que llegaste á la eminencia
Á que no llegan muchos de acá abajo ;

Que eres de los ingenios la excelencia,
Y que es mucho consuelo ver lo que haces,
Estando tu *Colegio en la indigencia.*

¡Oh! nunca, nunca, ni él ni sus secuaces
Con impiedad intentarán herirte,
En sátiras groseras y mordaces :

Muy al contrario : lejos de decirte
Que eres un ignorante mozalbete,
Querrá el laurel olímpico ceñirte,
Como él se puso el doctoral bonete.

Lima, 1828.

AL SEÑOR DON J. J. DE OLMEDO (1).

ODA.

Cortante espada, que en feroz contienda
Abatió vencedora
Cabezas enemigas,
Y fué con sus reflejos tan tremenda
Cual la lumbre del rayo destructora:
Yazga en quietud eterna sumergida;
En negro orín el tiempo
Envolverá su brillo deslumbrante
Y su filo tajante;
Hasta que carcomida,
Al impulso más leve
Veráse en sucio polvo convertida.

Al alazán brioso
Que no temió erizadas bayonetas
De fuertes batallones;
Que por entre los fuegos discurría,
Con vistosos arqueos
Las manos levantando,

(1) El célebre autor del *Canto á Junín*, nacido en Guayaquil; pero educado en Lima, donde figuró al lado de Bolívar (1784-1847). (Ed.)

3.

Como pudiera en fiestas y torneos,
Que ágil, veloz, impávido y fogoso,
Densas filas rompía,
Y hollaba con sus plantas,
Mil cuerpos de guerreros expirando; — ....
Míralo en aquel prado,
Desgreñada la crin, caído el cuello,
Por su ingrato jinete ya olvidado.
Su casco ayer el encrespado risco
Y la áspera montaña hería fuerte,
Y hoy pisa trabajoso blanda tierra.
Flaco, débil y mustio,
Próximo á ser despojo de la muerte,
Perdió su ardor natío
Para la cruda guerra,
Y en la carrera el arrogante brío.

Atleta corpulento
En medio el ancho circo,
Sus colosales miembros ostentaba
Y su esbelta apostura;
Y no bien entregaba
Con soberbio ardimiento,
Y arrogante y gentil desenvoltura
El brazo á la pelea;
Cuando miraba al ímpetu violento,
Á sus pies abatido
Al más fiero contrario,
En polvo, en sangre, y en sudor teñido.
Pero ¡ah! ya el eco grato de la gloria
Su espíritu apocado no enardece;
No busca ya el laurel de la victoria;

El ceño de un contrario lo estremece;
Á la sangrienta lid el cuerpo niega
Y al ocio muelle y femenil se entrega.

— Descuidado de ti, raudo caminas
Á igual destino, Olmedo.
El fuego inspirador del sacro Apolo,
Que arrebata la mente á las divinas
Mansiones del Olimpo, arde en tu alma.
Tú conseguiste solo
Entre los vates del Perú la palma;
Ya la suerte llorando
De aquel precioso niño
Que abrió sus ojos á la luz del día,
Aún atada la patria
Al yugo de la negra tiranía,
Ya celebrando en inflamado tono
El venturoso instante
En que, vencido el pabellón del trono,
La patria enseña flameó triunfante.
Pero ¡ay! que sumergido
En ocio y en silencio,
No los labios despliegas,
Ni de tu acorde lira
El eco resonante al aire entregas,
Indócil tu albedrío
Al elevado numen que te inspira.

Tiempo será, si su favor desdeñas,
Que irritado ese numen, niegue frío
Su inspiración al canto,

Y en heladas cenizas convertida
El ascua engendradora de esa llama
Que el corazón te inflama,
No elevarse atrevida
Tu voz sonora vuelva
En sublimes canciones;
Que verde musgo envuelva
Las cuerdas de tu cítara, y no alcances
De tu inútil pulsar otra armonía
Que mal ligados sones.

Y ¿ verás impasible que se acerca
Ese funesto día,
Asi á tus compatriotas doloroso
Como á ti vergonzoso, —
En que perdido el sacro privilegio,
Que á regiones más altas te sublima,
Entre el profano vulgo te confundas?
¿ Tal vez, tu blando corazón herido
Por el punzante arpón de los pesares,
Nó puede complacido
Darse á dulces cantares?
¿Tal vez ausente de tu cara esposa
Y del único fruto
Que el cielo á tus amores reservara,
Ligada noche y día
Á tan tiernos objetos,
Huye al poder de Dios tu fantasía?
¡ A ! no : bien sabes, inspirado vate,
Que cual suele apacible ventolina
Disipar densa niebla,
Tal la influencia divina

De las musas, al alma pesarosa
Consuela, tierna amiga,
Con habla cariñosa,
Y la amargura del dolor mitiga.

¿Falta acaso á tu lira, asunto digno?
¿No puedes dar lecciones
De paz y de grandeza á este hemisferio,
Elevados ejemplos presentando
De otras libres naciones?
¿No ves hondo venero de belleza
Entre los fastos del antiguo imperio?
¿Maldecir en tremendas armonías
No te es dado, los crímenes atroces
De los aciagos días,
En que monstruos feroces,
Deshonrando de España el poder regio,
Con vil codicia y negro fanatismo,
Cometieron el torpe sacrilegio
De hacer correr la sangre de los Incas
Mezclada con el agua del bautismo?

Ó bien; ¿por qué las mieles destilando
De angelical dulzura,
Que el Dios de la bondad puso en tu pecho?
¿Por qué no ensalzas con acento blando
De nuestros ricos campos la hermosura,
Y en recompensa digna
Del afecto que de ellas merecieras?
¿Por qué el gentil donaire y la ternura
No celebras, cantor, de las hermosas

Que habitan estas playas,
Y de las que se aduermen voluptuosas
En las vastas praderas,
Con que da ufano tu pomposo Guayas
Orla siempre florida á sus riberas?
Tan culpable inacción destierra, ¡Oh vate! : —
Al mágico poder de tu armonía,
Haz que mi pecho ufano se dilate.
Canta : y el padre del Perú, bondoso,
Al canto sonoroso,
Desde su solio diamantino ría :
Canta; y mi numen inexperto guía.

Lima, 1829.

LA ENTRADA DEL AÑO.

CANTATA

Á LAS HERMOSAS DE LIMA.

Mirad allá, de Europa en las regiones,
Cuán sañudo se ostenta el viejo Enero,
De escarcha y seca rama coronado,
Por fieros aquilones
En su carro de nubes arrastrado.

Guíanlo en su sendero,
Las horas de la noche tenebrosas;
Y al rechinar horrendo de sus ruedas,
Responden tempestades horrorosas.

Mientra, en la dulce Lima,
Galán hermoso lo conducen ledas
Las juguetonas Náyades del Rima.
Las acompaña el céfiro suave;
Y, ya de la más bella
En el nevado seno se adormece;
Ya en sus purpúreos labios,
Osado el beso sella;
Ya travieso le agita
El cabello coposo,

Que contraste vistoso
Á los ojos ofrece,
Con los blancos jazmines que lo adornan.

Ciñe el año naciente
De floridas guirnaldas su ancha frente;
Y la tersa frescura
Y el rosado color de su mejilla,
De los frutos retratan la hermosura
Con que Pomona en nuestros huertos brilla.
¡Hijas de Lima hermosas!
Á gozar os convida
La aurora de la vida,
Que entre celajes fúlgidos
Empieza á amanecer.
La estación suspirada
Ved llegar placenteras,
Que pinta lisonjeras,
Á vuestra mente, imágenes
De amor y de placer.

Amad, gozad los rápidos instantes,
En que os sonríe juventud dichosa.....
Mas ¡ay! tras este Enero que os halaga,
Otro Enero vendrá, y otros Eneros :
De la tarda vejez la nube aciaga
Cubrirá las mejillas rozagantes;
Y cual suelen relámpagos veloces
Que atraviesan la atmósfera á deshora
Y entre la negra oscuridad se pierden,
Hechizos pasarán, amor y goces.

¿Y habrá el olvido
De sepultar
Los dulces rasgos
De la beldad;
Grato solaz
Que dar al hombre
Sabe y las almas
Avasallar?
¡Ay! si vos lo queréis, vuestra belleza
Eternamente guardará la fama.
No de un amor vulgar la débil llama
Os arda el corazón. No la riqueza
Os cautive de avaro mercadante,
Que encuentra más deleite en que su nao
Venturosa retorne
Al seguro Callao,
Que en la tierna sonrisa de su amante.

Tampoco os enamoren
Brillantes armaduras y penachos;
Que solamente á la beldad se abate
El alma del guerrero,
Hasta que suene la hora del combate;
Y en tanto que él entre las armas fiero
Busca muerte gloriosa,
En lágrimas acerbas
Se inunda el rostro de su triste esposa.

Él muere: erguida asoma,
Entre la densa niebla de los tiempos,
Su frente laureada;

Admira á los futuros; mientras ella
Cede al rigor de su infeliz estrella,
Y perece afligida é ignorada.
Amad á los poetas;
Y la posteridad vuestros encantos
Que encendieron amor correspondido,
Mirará, vencedores del olvido,
Eternizados en sonoros cantos
Por el vate feliz que os mereciera.
Y las hermosas que del Po lejano
Habitan la ribera,
Y las que ostenta el golfo gaditano,
Envidiosas verán los bellos ojos
De las hijas de Lima,
Que con vivacidad y con ternura
Resplandecen; la ángélica dulzura
Del apacible rostro
Que la modestia anima,
El pie pulido y el airoso talle.

¡Oh! ¡Si el Dios de Helicona,
Mi disonante cítara templara,
Y con la llama pura
Que su frente corona
Mi espíritu inflamara!
Mi voz osada entonces,
Cánticos entonando á la hermosura
Que el cielo dió á las ninfas de mi patria,
Del ocaso á la aurora cruzaría
Y desde el septentrión al mediodía

Lima, 1829.

EN LA MUERTE DE JOAQUINA.

ELEGÍA

Et rose, elle a vécu ce que vivent les roses...
L'espace d'un matin.

MALHERBE.

¿Quién, belleza infeliz, se imaginara
Que al dedicarte el cántico primero,
El genio del dolor me lo inspirara?

Él me lo inspira en eco lastimero,
Y de mi corazón dueño absoluto,
Ya que llenar no puede el orbe entero,

Con sus acentos débiles, de luto
Mi lira cubre, y en humilde rima,
Flébil consagra á la amistad tributo.

Y ¿es cierto? ¿ya tu rostro no se anima
De la vida á los plácidos ardores?
¿Ya te esconde el sepulcro en su honda sima?

¿Qué se hicieron los ojos brilladores,
Que en sus vivaces giros encantaban?
¿Qué el enjambre de gracias y de amores,

Que en tus lindas mejillas retozaban,
Y la sonrisa afable despertando,
En tus labios de rosa se anidaban?

Todo responde á mi dolor, callando.
¡ Desapareciste ! y por tornar á verte,
En vano el corazón está anhelando.

¿Cuál de vuestra hija, ¡oh padres ! fué la suerte?
¿Qué fué de vuestra hermana, hermanos tristes?
¿Qué fué? decid. — *La arrebató la muerte.*

¡Oh! infausta realidad! Sí : ya no existes,
Y de tus tiernos años la morada
De duelo amargo y lágrimas cubriste.

¡Nunca del Manzanares la apartada
Corriente yo trocara por el Rima,
Que riega el suelo de la patria amada !

Vuelto á su seno de remoto clima,
Torné á ver los lugares suspirados,
Que de mí lejos, encerraba Lima.

Exentos de dolor y de cuidados,
Aquí de nuestra infancia en paz dichosa,
Brillaron los albores bienhadados.

Pura, como del sol la faz radiosa,
En nuestras almas cándidas ardía
De inocente cariño, llama hermosa.

¡Ardió! ¡Oh recuerdo! y cuando el fausto día
Llegó por fin, en que bondoso el hado
Verte segunda vez dió al alma mía;

Para mi corazón fué más preciado,
En medio á los encantos juveniles,
El poder de tus gracias aumentado.

¿Por qué, por qué en tus últimos abriles
Quiso, Joaquina, la amistad sincera
Solidar los afectos infantiles?

¡Ah! siendo habitador de otra ribera,
Tu muerte á los oídos de tu amigo
En fría narración llegado hubiera.

Mas no: quiso el destino que testigo
Fuese infelice de tu fin aciago,
Y que viviera mi dolor conmigo.

El rostro, en antes de agradable halago
Morada y de placer, pálido ostenta
De negra muerte el ominoso estrago.

De los presagios de tu suerte exenta,
Al son de alegre música entregabas
Tu cuerpo hermoso al baile, ayer contenta;

Y con el rizo de ébano, que ondeabas
Sobre el ebúrneo y palpitante pecho,
El ágil movimiento acompañabas.

¡ Hoy ese cuerpo inmóvil y deshecho,
Privado del espíritu, reposa,
Del ataúd en el recinto estrecho !

Yo lo ví, yo lo ví — no con la airosa
Veste, que en otro tiempo lo adornaba,
— No en medio de la turba bulliciosa,

Que á su esbeltez divina se encantaba,
Y del ingenio las alegres sales
Con fogoso entusiasmo celebraba.

Lo ví arrastrando ropas funerales :
Ví que en él, más adorno no lucía,
Que la palma y corona virginales :

Ví que la muchedumbre lo seguía
De mil amigos pálida y doliente ;
Vílo en el seno de la tumba fría.

¡ En ella yace! ¡ yace eternamente
¡ Padre infelice! ¡ madre desolada!
Regadla veces mil de lloro ardiente.

Alanzad la saeta envenenada,
— Que el tierno pecho aguda os acongoja —
En suspiros y lágrimas trocada.

Llorando, mitigad vuestra congoja.
De vuestra hija la sombra lastimera,
Por tributo de amor, llanto recoja.

Cuantos guardáis su imagen lisonjera,
Todos llorad la joven malograda
De la edad en la verde primavera.

Á sus padres en la hija desdichada
Un ídolo precioso arrancó el cielo,
Ella fué del amigo, amiga amada :

Perdió en ella una joya nuestro suelo,
La sociedad un halagüeño ornato : —
La hermosura y las gracias, un modelo.

En vano su placer busca insensato
El hombre : baja rápido al profundo,
Cuanto á su corazón puede ser grato.

Si el huracán, aterrador del mundo,
De entre encrespados riscos se desata,
En ominosa destrucción fecundo;

No la caverna lóbrega arrebata,
Que en la tormenta, á fiera bramadora
Segura habitación ofrece grata :

Sólo la tortolilla gemidora,
Deshecho el nido que le daba abrigo,
Y sus dulces hijuelos muertos, llora.

No arrastra el huracán jamás consigo
Al soberbio palacio, que en su seno
Estéril vanidad hospeda amigo :

Tan sólo el labrador, de penas lleno,
Ve destrozada su mansión dichosa,
Y oye bramar á la inclemencia el trueno.

No destruye la hierba venenosa,
Que entre maleza vil se extiende impura,
Á la belleza del jardín dañosa :

Pero á la rosa, orgullo de natura,
Que embalsama el ambiente en sus olores,
Hermosa en su matiz y en su frescura,

La arrebata inflexible en sus furores,
Privando á los pensiles de su gala,
Y al amador del don de sus amores.

La muerte con certero arpón señala
Cuanto hay de bello en la afligida tíerra,
Y del placer humano el campo tala.

Cual borrascosa cumbre de alta sierra,
Su cabeza insolente alza el tirano,
Á la justicia declarando guerra :

Vive feliz el ambicioso insano,
Que con crimen y sangre abre el camino
Para encumbrarse al solio soberano :

Vive, y vive querido del destino,
El hijo infiel, que el corazón paterno
Rasga con mil pesares de contino :

Vive el traidor; linaje del averno,
Que, por bajo interés, pérfido emplea
De patria el nombre sacrosanto y tierno:

La maldad vive; el crimen se recrea,
El escuadrón de sus sectarios crece,
Les luce el día con perenne tea :

Sólo del goce el manantial fenece :
La virtud, la ternura, la belleza,
La encantadora juventud perece.

¡ Oh de los hados bárbara fiereza,
Que en destruir se complacen despiadados
Cuanto creó al placer naturaleza!

Pero ¿ serán quizá, serán los hados
Árbitros de la muerte y de la vida,
Sobre la eterna ley entronizados?

¿ Joaquina acaso, en su estación florida,
En la noche del túmulo espantoso,
Por la fatalidad fué sumergida?

No : de la vida, el fuego misterioso
Lo arde y lo apaga el Ser omnipotente,
De los orbes autor maravilloso.

El alma ante Él, se humilla reverente :
Respetad sus decretos. ¡ Oh mortales !
Clavad en tierra la orgullosa frente. —

¡ Joaquina pereció! — Sus funerales
Aras bañemos de abundante lloro :
Mas tributo á las leyes divinales

Rindamos de humildad. Sin duda al coro
Se ha unido ya de vírgenes hermosas,
Que al armónico son de liras de oro,

Revestidas de túnicas gloriosas,
Al Dios que reina en la sublime altura,
Himnos de amor entonan venturosas.

Sí: con ellas Joaquina luce pura
De un cielo eterno, á inextinguible estrella,
Alzado el esplendor de su hermosura.

¡ No: no hay dudar! Cuando miró sobre ella
Levantar á la muerte el crudo acero,
No apareció cual tímida doncella:

Fué varón firme, intrépido guerrero:
Fué, en medio de las ondas, roca erguida
Á quien en vano el mar azota fiero.

? Quién dió á su pecho la robusta egida
De la resignación, á la embriagante
Preciosa primavera de la vida?

¿ Quién pudo esa alma arrebatar, triunfante
De la pompa del mundo altiva y vana,
Del brillo de los goces deslumbrante,

Del porvenir que se fingiera ufana,
Y de cuantas venturas seductora
Sabe pintar la liviandad humana?

Sólo de un Dios la mano bienhechora :
Con Él el cielo habitará Joaquina, —
Ya, vuelto en sí, mi corazón te adora ;
Callé : tú hablaste, ¡ Voluntad divina ! —

Lima, 1830.

EL CARNAVAL DE LIMA.

SATIRA.

« ¡ Endiablada mujer ! ¡ Oh Lelio amado,
» De ti vengo á ampararme, todo entero
» En agua de lavazas empapado!...

» Yo imaginé que goce tan grosero
» Fuese sólo del vulgo, y no abrazara
» Desde el grave Marqués hasta el pulpero.

» ¡ Triste de mí que no me aconsejara
» De vieja, de machucha y veraz gente,
» Antes que la experiencia me enseñara !

» Embarazando el paso, impertinente
» Ví la plebe en las calles agitada,
» Á estímulo quizá del aguardiente :

» Dando aquél gritos y con mano airada
» La jeringa cargando y descargando,
» Inunda en aguas puercas á su amada.

» Desenvuelta mulata concitando,
» La tropa mujeril, va con presteza
» Tras de dos caleseros galopando.

» ¡ Ay! ¡ que los vence ya su ligereza!
» Ya los llegó á alcanzar; y por mojallos,
» Les rompió una botella en la cabeza;

» Ya les corre la sangre, y sin mirallos
» Están allá sus dignos compañeros,
» Bañándose en la acequia, cual caballos.

» No sé, en verdad, si fué por extranjeros;
» Ello es que don Eduardo y yo nos vimos
» Libres de tan horrendos aguaceros.

» Mas ¡ ah ! ¡ triste memoria ! no bien dimos
» Término á nuestra grata compañía
» Y á rumbos diferentes proseguimos,

» Cuando sin que á villana alevosía
» De oculta mano me juzgara expuesto,
» Levantando una vieja celosía,

» Damisela sutil, de cuello enhiesto,
» Ajustada cintura, pelo rubio,
» Fruncida boca y remilgado gesto,

» Cual si del hondo y célebre Danubio,
» Las fuentes copiosísimas rompiera,
» Desde su alto balcón me echó un diluvio.

» Aquí mi amigo guarecerme quiera,
» Hasta que la cuaresma apetecida
» Marque el fulgente sol en su carrera;

» Porque el pobre que acaso se descuida
» Y va tal vez sudoso y sofocado,
» Puede ir de un jeringazo á la otra vida. »

Así me saludó desatentado
El buen Inglés Don Jorge hecho una sopa.
Púseme al punto á mitigar su enfado;

Lo despojé de su mojada ropa,
Y para ahogar los restos de su pena,
De ron consolador le dí una copa.

« Hora que ya, le dije, más serena
» Tu mente está, por una ventanilla
» Vas á mirar más agradable escena.

» Mas ¡ guarte si tu labio airado chilla !
» ¡ Guarte, que de tenaces mojadoras
» Á vernos llegue la fatal gavilla!

» ¿ Ya con los gritos y el rumor te azoras ?
» Las salas mira en lodazal trocadas,
» Y en fregonas inmundas las señoras.

« Allí están tres consortes acosadas
» Por seis garzones, mientras un marido
» Sigue á un coro de vírgenes tiznadas.

» El necio petimetre, que rendido
» En pos de una beldad estuvo un año,
» Diciéndole caricias al oído,

» Y jamás pudo con su torpe amaño
» Hallar otro consuelo á sus amores
» Que un desengaño y otro desengaño;

» Hoy siente mitigados sus dolores,
» Si consigue al objeto de su llama
» Echarle un tendejón de aguas de olores.

» Fina responde á su atención la dama;
» Y cual al toque de marciales cajas
» Á lid sangrienta un batallón se inflama,

» Altas matronas y mujeres bajas,
» Arrójanse á la bárbara pelea,
» Sin que basten artesas, ni tinajas:

» Allí en aquel rincón esta Dircea;
» El pelo al rostro, y en harina envuelta,
» Que la mejilla de carmín afea;

» Mientras mojado el traje y roto y suelto
» Se pega el cuerpo, y vende la elegante
» Mórbida forma de su talle esbelto,

« Á su lado con gesto amenazante,
» Y oculto el pecho bajo arnés peludo,
» Zenón por atraparla está anhelante.

» De levita y chaleco ya desnudo,
» ¡ Ay! se atrevió la virginal cintura,
» Con su brazo á enlazar, tosco, y membrudo.

» ¡ Ay! devorado ya por llama impura,
» Osa tocar, cual sátiro lascivo,
» El seno de esa mísera hermosura.

» ¡ Ella huye al tosco hocico el rostro esquivo!
» ¿ Dónde la madre está? ¿ Dónde? allí enfrente,
» De una furia infernal retrato vivo.

» Un grupo de criadas insolente,
» Á una víctima aferra desvalida,
» Que ofrece de esa madre á la ira ardiente;

» Y la añosa bacante desceñida,
» Salpicada del tinte de las canas,
» Y de harina y de añil la faz teñida,

» De mojar sacia sus voraces ganas,
» Y en tan torpes retozos se recrea,
» Cual pudieran soeces barraganas (1). »

¿ Y costumbre tan rústica y tan fea
Es grata al sexo encantador de Lima?
¿ Quién, que el precioso edén de hermosas vea,

Que florece en las márgenes del Rima,
Y de clara razón la lumbre pura
Que de esas bellas la beldad sublima;

¿Quién imaginará tanta locura :
Que hallen placer ardiente en degradarse
El talento, el pudor y la hermosura?

¿ Será acaso difícil procurarse
Pasatiempo más grato y decoroso,
En que logre la mente solazarse?...

(1) Por exagerados que parezcan estos cuadros, no son, por desgracia, sino una representación fiel de las costumbres de la época en que fué escrita esta sátira; costumbres que quizás no difieren de las presentes, sino en ser algo menos generales, y en la supresión de la harina, añil y otros ingredientes que embellecían las abluciones.

Las usanzas del Támesis undoso
Hacéis alarde de seguir discretas :
Ya juzgáis necesario el té, y sabroso;

Del brindis conocéis las etiquetas ;
Muy tiesas, muy calladas, muy formales,
Os gozáis en comer sin servilletas (1) :
¡ Y jugáis sin embargo carnavales !..,

Lima, 1830 á 34 (?).

(1) — Desde el principio de la guerra de la Independencia, fueron objetos de severa proscripción las servilletas, y los tenedores de plata, que se reemplazaron con los de hierro, innovación tomada de las costumbres de los buques mercantes ingleses. Felizmente poco á poco se ha ido reconciliando la sociedad con los desgraciados proscriptos, y ya rara vez se vé un pobre hombre obligado á meterse en la boca un negro y asqueroso tridente, y á llevar los perfumes de las viandas en el pañuelo de narices, que tenía que llenar, en la mesa las funciones de la desterrada servilleta. (Autor.)

A ROSA

CON MOTIVO DE UNA DECLARACIÓN AMOROSA, QUE POR BURLA, HIZO Á N. EN UNA ANACREÓNTICA.

¿ Rosa, del Dios vendado
Sintiendo los ardores?
¿ Rosa, jurando amores?
¿ Rosa, jurando fé?
¿ Rosa, su afecto expresa
En metro suave y bello,
Rendido ya su cuello,
Á un cierto no sé qué?

Como la vestidura
De impenetrable acero,
Con que el feroz guerrero
Cubría el corazón,
Allá cuando empeñaba
Cruzados y soldanes
En bélicos afanes
El muro de Sión,

Tal presentar te he visto
Á los dardos punzantes
De un enjambre de amantes,
Impenetrable arnés;

Y libre enseñorearte
Blanco de mil deseos,
Hollando los trofeos
Rendidos á tus pies.

¿ De dónde, pues, el fuego
En que hoy se enciende tu alma ?
¡ Qué ! ¿ ya la antigua calma
Tornóse en frenesí ?
¿ Los que de tantos *noes*
Sintieron los agravios,
Ya escuchan de tus labios,
Un espontáneo *sí?*

¿ Un sí, que vencer te hace
El virginal decoro,
Y del castalio coro
Te eleva á la mansión ?
Un sí, que estro divino,
Y aliento audaz te inspira,
Para pulsar la lira
Del dulce Anacreón ?

¿ Y quién es el objeto
Del ciego desvarío ?
¿ Quién del tenaz desvío,
El triunfo consiguió ?
¿ Será quizá un retrato
De Adonis fabuloso,

Que con su rostro hermoso
Tu pecho cautivó?

¿Será, di, por ventura
Algún cisne canoro
Ese bello tesoro,
Que te hace tan feliz?
¿Es suyo el duro pecho
Que te inflama de amores,
Y ante cuyos rigores
Doblegas la cerviz?

¿Es de algún venturoso
Que su precoz talento
Con el bello ornamento
Del saber ilustró?
¿Que con ingenio y arte
Entró en la selva oscura;
Y la senda segura,
De tu amor encontró?

Y ¿muda permaneces
Á mis preguntas, Rosa?
Y ¿risa bulliciosa
Sólo te sé inspirar?
Bien, la respuesta evita,
Mas mi razón la alcanza:
Tu súbita mudanza,
Yo la sabré explicar.

Sé que de tus halagos,
Mentido es el objeto :
Ignoro si en secreto
Ardiendo vivirás;
Si en el fondo del pecho
Por crudo dardo herido,
Algún precioso nido
De amor ocultarás.

Empero el que hoy tu metro
Encantador explica,
No el labio lo publica
Como *intérprete fiel.*
Tu ingenio es quien lo finge,
Gozándose chancero,
Cual colibrí ligero
En plácido vergel.

Las sonorosas frases
Que expresan tus ardores,
El Dios de los amores
No es quien te las dictó.
Fué Sátiro festivo,
Que para tus placeres,
Del hijo de Citeres
Las formas adoptó.

Y ese á quien tu tesoro
Llamas, y tus delicias,

Bien así lo acaricias
Con cariñoso afán,
Cual ninfa que, burlando
De turba de amadores,
Reserva sus favores
Para el faldero can.

¡ Ay ! ¡ guarte, guarte, incauta,
Que, entre festivo juego,
Su formidable fuego,
Te haga el rapaz sentir !
Ese rapaz que á Marte
León en lides fiero,
Sabe en manso cordero
Astuto convertir.

¡ Guarte que el sacro Apolo
Su cítara le ceda,
Y fácil le conceda,
Su aspecto remedar !
Cuando el numen entonces
En ti se halle inflamado,
Sentirás arrastrado
Tu corazón á amar.

Las que hoy por uno fueron
Chanceras falsedades,
Amargas realidades
Serán por otro, al fin ;

Y amores serán sólo
Los que tu canto impulsen
Cuando la lira pulsen
Los dedos de jazmín.

¡ Ah! ¡ Rosa ! presto llegue
El venturoso instante
En que un feliz amante
Te logre cautivar!
Y en que, ya fatigada
De estériles victorias
De amor las dulces glorias
Empieces á gustar.

El interés no creas
Que mueve el labio mío,
Pues ni tu amor ansío,
Ni temo tu desdén ;
Que vivo complacido
Al lado de mi bella :
La adoro y miro en ella
Mis glorias y mi bien.

Lima, 1831.

EN EL ALBUM DE UNA SENORA BRASILENA.

Nada pidas á mi pluma
Álbum, que tu adorno sea,
Y en que su atención consuma
Quien te lea.
Ya esta planta no da flores:
Fué arrancada al patrio suelo,
Y hoy la agostan los rigores
De otro cielo.

Pide á otro dicciones varias
Y bellas, do encuentre holgura,
En sus horas solitarias
La hermosura;
Que yo en estas, no me obligo,
Sino á estampar un ligero,
Fiel recuerdo, del amigo
Más sincero.

¡Viva en tus hojas eterno!
Y cuando tu dueño hermoso
Regrese al hogar paterno,
        Con su esposo;
Álbum, yo quiero rogarte,
Que sus corazones mandes,
Alguna vez, á esta parte
        De los Andes.

Santiago de Chile, 1839.

EL SUICIDIO.

CANCIÓN

COMPUESTA EN MI DESTIERRO: QUIERO DECIR* EN UNO DE MIS DESTIERROS.

¿Nosotros nos morimos, ó qué hacemos?
RAMÓN DE LA CRUZ.

Arrojado de mis lares
Á los mares,
Por extraña proscripción
De la fiera
Torticera
Caníbal revolución;
Y del lado
Separado
De la esposa
Cariñosa,
Fiel dechado
De virtud,
Que con su pesar amargo,
Da á mis pesares recargo
Y acrecienta mi inquietud:
Sin que me den sus consuelos
Mis hijuelos,
Tres señuelos,
Del amor:
Quiero al menos á mi alma

Dar la palma
Del valor.
Quedad de tormentos salvos:
Mi desventura os agosta.
Adiós: me voy por la posta
Á la tierra de los calvos.

Venga, venga una pistola:
Que la humana batahola
Ya no puedo resistir,
Ni el acibarado gesto
De funesto
Porvenir.

Sobre mí han llovido extraños
Desengaños.
Llené el cáliz de mi mal.
Me atosiga
La fatiga
De este mundo desleal.
Lisonjero
Y embustero,
De colores
Seductores
El sendero
De ambición
Me adornó con mano diestra;
Y arrojéme á la palestra
Con hidalga aspiración.
Y cuando mi ardor difundo

Furibundo,
¡Falso mundo!
Por tu bien;
Ciñen corona de abrojos
Tus enojos
Á mi sien.
Niega justicia á un cuitado:
Sé inexorable : no aflojes...
Pero *ainda mais* no me arrojes
Á palos de tu juzgado.

Venga, venga una pistola:
Que la humana batahola
Ya no puedo resistir,
Ni el acibarado gesto
De funesto
Porvenir.

¿Qué es la vida, cuando apura
La amargura?
Un depósito de hiel,
El asiento
Del tormento,
Un abrazo de Luzbel.
Si otras veces
Compadeces
Nuestro llanto,
Y el encanto
Nos ofreces
Del placer,

¿Qué son, suerte, tus caricias?
¿Qué venero de delicias
Te podemos merecer?
¿Qué son las horas benignas,
Que designas,
Como dignas
De gozar?
El lucero de occidente,
Que naciente
Va á expirar:
La edad bella de una rosa:
Un rápido meteoro:
Una compuerta de oro,
Por donde el llanto rebosa.

Venga, venga una pistola:
Que la humana batahola
Ya no puedo resistir,
Ni el acibarado gesto
De funesto
Porvenir.

Me persigue el enemigo.
El amigo
Vocifera compasión:
Mas no siente
Que se ausente
Quien le acorta la ración.
¿Y ando lerdo,
Si me acuerdo

Que son estas
Lindas fiestas
Las que pierdo
Con morir?
Tengámoslo todo junto:
Pólvora y balas á punto,
Y recado de escribir.
Y en patética misiva,
Luzca viva
Persuasiva
La razón,
Porque aplicamos al tedio
El remedio
De Catón.
Salga de quejas la sarta
En discurso apasionado:
Que un hombre bien educado
No se ha de matar sin carta.

Venga, venga una pistola:
Que la humana batahola
Ya no puedo resistir,
Ni el acibarado gesto
De funesto
Porvenir.

¿Que mi paciencia consuma
Esta pluma,
Ó más bien tosco pincel?
¿Y la tinta,

Que no pinta?
¿Y el malísimo papel?
¿Me es opuesto,
Me es funesto,
Me es dañino
El destino
Hasta en esto?
¡Oh infeliz!
¿Ó es que el torpe miedo asoma,
Y la pluma me hace roma
Y el papel débil tamiz?
Si es vivir pesado fardo,
¿Ya que aguardo
¿Por qué tardo,
Remolón?
Ya lo dije: despachemos:
Imitemos
Á Catón.
No tiemble el pulso versátil
Ni el matarse pena cueste;
Y salte la tapa de este
Frasco de álcali volátil

Venga, venga una pistola:
Que la humana batahola
Ya no puedo resistir,
Ni el acibarado gesto
De funesto
Porvenir.

¡Bum! — «¡Un tiro! ¡Quién se mata!»
— ¡Patarata!

No asustarse; no hay porqué
Tal alarma.
Es un arma
Que por gusto descargué.
Ya creyeron
Que perdieron
Al cuitado,
Que agobiado
Supusieron
Del dolor;
Pues mis huéspedes se inquietan,
Y en mis ojos interpretan
Mi proyecto destructor.
¡Perdonadme! no más susto
Ni disgusto
Podré injusto
Daros yo.
Y pues el tiro impaciente
De repente
Se escapó,
Dejo ya mi carta trunca,
Y con la suerte no lucho:
Lo que se mastica mucho
Se hace tarde, mal, ó nunca.

Más vale así: que al suicida
Le vá mal en la otra vida;
Y es más dulce y más cristiano
Morir de viejo en la cama,
Sin la fama
Del Romano.

1840.

A PEPA EN SU DUELO.

La que fué ayer tu gloria y tu alegría,
Está hoy bajo la tierra,
Esta es la ley del mundo, amiga mía,
¡Desventurada perra!

Ese animal precioso, tu esperanza,
Formaba y tus delicias:
Y el precioso animal, su bienandanza
Miraba en tus caricias.

Le preparó tu mano el alimento,
Quitándolo á tu boca:
Y la golosa perra, de contento,
Quiso volverse loca.

Y echó, en medio del júbilo insensato,
El diente á un hueso inmundo,
¡Falderillo infeliz! que en breve rato
La arrebató del mundo.

¿ Lloras ! No, Pepa : calma tu amargura;
Que es gravísimo yerro,
Pretender que más sólida ventura
Que el hombre, goce el perro.

Sí: del humano bien la índole es esa;
Al que más goza y canta,
En medio del festín se le atraviesa
Un hueso en la garganta.

LA LAMPARA.

Á UN POETA (1).

En mi modesta llama quizá, ejemplo
De consecuencia encontrarás sencillo;
Mas no de gloria y de grandeza el brillo
Pretendas ver que buscas con afán.
Lámpara solitaria, ardí en el templo;
Y aunque con luz escasa, ardí constante;
Y, por siete años que bramó incesante,
No me apagó una vez el huracán.
Lámpara solitaria, una capilla
Desierta fué mi albergue, do mi lumbre
No alcanzó á iluminar la alta techumbre
De mi hermosa, aunque lóbrega mansión:

(1) Mi distinguido y malogrado amigo el Señor Don José María Seguín, que al nombrarme Ministro de Relaciones Exteriores el general Vivanco, proclamado Supremo Director en 1843, me dirigió en un periódico los siguientes versos:

Luce splendida fulgebis.
TOB.

¡ *Lámpara solitaria*
Que los escombros del Perú iluminas;
Si escucha Dios la universal plegaria,
Como hoy alumbras deplorables ruinas,
Harás lucir un dia la opulenta
Formidable nación, que alzar intenta
La mano poderosa,
Que á esa altura elevó tu luz preciosa!

Que brillé incierta y pálida, cual brilla
El patriotismo en la civil matanza,
Ó como suele rayo de esperanza
Brillar en agostado corazón.

Así brillaba en la sierra,
Allá en el suelo andaluz,
Cuando del moro en la guerra
Se inflamó España, una luz,
Escándalo de esa tierra.
La ceba en repuesta ermita
Católico anacoreta,
Que en piadoso ardor se agita,
Al ver su patria sujeta
Al alfanje y la mezquita.
Si un devoto tal vez pasa
Por aquel yermo salvaje,
No entra, aunque quiere, en la casa;
Que el miedo al Abencerraje
El corazón le traspasa.
Casi no alumbró el fanal
Más rostro que el del anciano;
Pues dentro de aquel umbral,
Rara vez rezó un cristiano
La oración dominical.
Mas el reino de Luzbel
Cayó : su enseña rasgada,
Vió la raza de Ismael;
Tremolaron en Granada,
Los pendones de Isabel,
Y de la opresión odiosa

Libre ya, rauda proclama
La multitud clamorosa
Del ermitaño la fama,
Y de su mansión dichosa.
Y gran concurso se agita
En la estancia solitaria,
Que ansioso al viejo visita;
Y con frecuente plegaria,
Estremécese la ermita.

También mi morada de espléndida gloria,
Al vivo destello por fin se alumbró;
Y en himnos ardientes de fausta victoria,
El mudo, luctuoso silencio trocó.
Y gentes que ocupan sus naves á miles
Los pechos henchidos de amor y de fé,
Reemplazan las sombras de horrendos perfiles,
Que vaga en los muros tal vez dibujé.
Ya toda es antorchas la ardiente capilla,
Joya es de diamantes que opongas al sol;
Entre ellas en tanto la lámpara brilla,
Cual puede á la aurora muriente farol;
Y expláyese ó gire, ó aduérmase quieta,
Su llama no advierten en tal claridad,
Sino, cual los tuyos, benigno poeta,
Los ojos que aguza fogosa amistad.

Y así cual la observas tú,
Lucirá desfalleciente,
En la atmósfera esplendente
En que hoy se envuelve el Perú.

Aunque ni el genio que funda
Nuestro bienestar la mire,
Mientras luciente se admire
La aureola que lo circunda.
Astro opaco y sin belleza
En el sistema grandioso,
Á que hoy da centro precioso
Un sol de gloria y grandeza.
Siempre durará, cual dura,
En medio á dicha cabal,
El goce que alivió el mal
En momentos de amargura.

Mas no; no creas que esta llama exigua,
Que á esfuerzo destructor no se amortigua,
Y ardió en años de lágrimas,
Maldades y opresión;
Sirvió á dar luz al portentoso genio
Que del patrio poder honra el proscenio,
Y á quien llena de júbilo
Saluda la nación.
No: fué al contrario: el joven escogido
Que limpia un estandarte escarnecido
Del lodo con que imbéciles
Lográranlo manchar:
Ese que en diestra, de torpezas pura,
Lo agita, y del honor y la ventura
Por los senderos ásperos
Su patria va á guiar:
Ese, que signo bienhechor se ostenta
En el fragor de la civil tormenta,

Como entre nubes hórridas
El arco de la paz ;
Ese, que presta la áncora anhelada
De salud á la nave destrozada,
Ya á sumergirse próxima
En hondo mar voraz :
Ese, á quien de prestigio atroz ya exento
En el cordial fervor del escarmiento,
El pueblo en grito unánime,
Implora protección :
Ese, á quien del poder al solio lleva :
Ese, que limpio de doblez se eleva,
Como de castas vírgenes
La cándida oración :

Ese.... ¡ ah ! jamás, jamás ha recibido
De mí llama el fulgor esclarecido,
Que ni enemigos pérfidos
Atrévense á negar.
Ese, al contrario, de su luz preciosa
Con una emanación, que acogí ansiosa,
Me dió la luz, benévolo,
Con que me ves brillar.
Y así tuve existencia ; y darme muerte
Quiso un enjambre de contrarios fuerte,
Que de ver, irritábanse,
Honrar á la virtú,
Mas siempre el mundo arder me vió con pasmo ;
Que si prendió mi llama el entusiasmo,
Pábulo el ángel dábale
Custodio del Perú.
Y ante Él ardí, cual lumbre estacionada
En el yermo ante la única morada,

Que ofrece en noche lóbrega
Al caminante hogar.
Y ante Él ardí, cual vigilante faro,
Que en la borrasca oscura sirve claro
Á iluminar el piélago :
No el puerto á iluminar.
Otras las luces son que el puerto aclaran,
Y á su esplendor en el bajel reparan
Mil expertos artífices
La vasta destrucción.
La Lámpara ya á tanto no aprovecha,
Mas está de su suerte satisfecha:
Que en la rada bellísima
Ya ancló la embarcación.

Baños de Yura (cerca de Arequipa), 1843.

A MI HERMANO DON JOSÉ PARDO

REMITIÉNDOLE LA « LÁMPARA » (1) DESDE LOS BAÑOS TERMALES DE YURA.

EPÍSTOLA.

Del yermo donde aflíjome,
Buscando en baños tónicos
Antídoto á mis crónicos
Males, á ti diríjome;

Y ante todo salúdote,
Hermano, y doite el pláceme;
Pues mucho satisfáceme
La honra que caber púdote,

Cuando á la vida pública
El Director llamárate
Y cerca de él mandárate
Servir á la República.

Este mi breve prólogo,
Prestándome harto título,

(1) V. la poesia anterior, p. 89. — El hermano del autor era también poeta notable, y varias de sus composiciones fueron premiadas en Chile, donde residió muchos años como ministro del Perú. (Ed.)

Procedo ya al capítulo
Que causa mi monólogo.

Querido Pepe, un báculo
En tí contemplo sólido;
Mozo eres nada estólido,
Y así no tengo obstáculo,

Para enviarte un poético
Rasgo, ó si quieres cántico,
Que tiene de romántico,
Político y ascético,

Y pedirte que rígido
Si no lo crees narcótico,
Lo leas, y lo exótico,
Suprimas y lo frígido,

Que no sufra parálisis
Tu buen gusto, juzgándolo
É inflexible entregándolo
Al hierro del análisis.

Pareceránte escuálidos
Mis versos y hasta tísicos;
Mas con mis males físicos,
Todos me salen pálidos.

Entre mundano y místico
Convirtiéndome en Lámpara,
Los compuse ; y ahí van para
Optar tu fallo artístico.

En los varios exámenes,
Que has de evacuar solícito,
Haz, que de un modo explícito
Te digan sus dictámenes,

(Tú pídelos político
En prosa ó rasgo métrico),
Ros el severo y tétrico,
Rodulfo el analítico (1)

Lo tétrico perdóname,
Ros ; que á veces la brújula,
Con la pobreza esdrújula
Se aburre y abandóname.

Lo que hay raro, rarísimo,
Es que aunque el nervio poético
Despertó en mí frenético
De un sueño profundísimo,

(Cuidado que de fábula
No hay nada en esto implícito),

(1) Ros y Rodulfo (Antolín) eran dos íntimos amigos del autor. (Ed.)

Andar aún no me es lícito
Como anda cualquier Rábula;

Y antes que catecúmeno
Ser de las musas frágiles,
Sabes, que con pies ágiles
Corrí como energúmeno :

Lo que es prueba clarísima,
De que el genio estrambótico
Que gobierna despótico
Esta agua salubrísima,

Será gran terapéutico,
Del sistema alopático
Y hasta del homeopático
Químico, farmacéutico,

De alto saber geológico;
Mas no gasta sus lápices
En calcular los ápices
Del orden cronológico.

Escribiré volúmenes,
Hasta dejarte estático ;
Mas con mi nervio ciático
Adversos son los númenes.

Es lerdo hasta dar cólico,
Flojo hasta causar vómito,
Inerte, torpe, indómito,
Raquítico, diabólico.

Yo lo llamo hasta vándalo
Por la vindicta pública,
Porque ya en la República,
Da el verme en Yura escándalo.

Y él nada... ¡voto al chápiro!
Para él por más que actívolo,
Todo argumento es frívolo,
Y me oye hecho un gaznápiro.

Mas ¡qué! ¿Te pondré hidrópico
Con mis acentos flébiles
Sobre mis piernas débiles?
¡Ah! no, vuelvo á mi tópico.

Vuelvo, aunque fastidiándote
Digas que soy un tábano,
Cuando no vale un rábano
La obra que inclusa mándote.

Al triunvirato elévola.
Que no indigna parézcale
Del objeto — merézcale
Á su opinión benévola,

Que sin desdén acójala :
Empero, recto estímela :
Si la halla buena, imprímela,
Si mala, al fuego arrójala.

Mas no á la imprenta láncese,
Sin que primero el tácito
Ó expreso beneplácito
Del Director alcáncese.

Á este servicio anímate :
Compláceme benéfico
Y de influjo maléfico
Rogaré al cielo exímate;

Y que á tu nervio acústico,
Remedio dé tan tónico,
Que el mayor filarmónico,
Sea á tu lado rústico.

Ejemplo á tus apóstoles
Daré : con mis *pies trémulos* (1),
Perseguiré á tus émulos,
Aunque huyan hasta Móstoles.

En tono al héroe análogo,
De tus brillantes méritos,

(1) Alude á la enfermedad que motivó su viaje á los baños termales de Yura, y que después siguió haciendo progresos. (Ed.)

Presentes y pretéritos,
Escribiré el catálogo.

Aunque humilde mi cálamo
Resonará magnífico,
Si el estado prolífico
Quieres seguir del tálamo.

En el mundo de Amérigo,
(Caso en mi edad insólito),
Hasta seré tu acólito,
Si es que te metes clérigo.

Y si á las sacras órdenes
Y al dulce yugo niégaste,
Y solterón entrégaste
Á zambras y desórdenes,

Y tus abusos cínicos
De ajes el cuerpo llénante,
Y el ánimo envenénante
Con accesos esplínicos,

Seré honra de católicos
Tus murrias aguantándote,
Y afectuoso curándote
Tus reumas y tus cólicos.

Mas grosero y hasta ímpio
Es prolongar mi epístola;
Ten calma que ya alístola
Para ponerla en limpio.

Pero antes sufrir quiéreme.
Y así el cielo bendígate,
Que algunas frases dígate
Que el corazón sugiéreme.

Á mamá, ardorosísimo
Y hermanitas salúdalas,
Y sírvelas y ayúdalas
Por mí, siempre amantísimo.

Que su amor arrebátame
Dí á mi esposa carísima:
Que ya esta tediosísima
Y larga ausencia, mátame:

Que no de tropos vístole
Lo que á explicar no bástole,
Mas que no tengo diástole
Sino para ella y sístole.

Muy reverente el ánimo,
Mi adhesión encarécele,

Y mi respeto ofrécele
Al Director (1) magnánimo ;

Y dile que aunque dádome
No hubiera, puesto altísimo,
Á Lima gustosísimo
Ya hubiera trasladádome.

Á no pedir mi crónica
Dolencia, allá mortífera,
De esta agua salutífera
Aún la influencia tónica.

Si no ¿cómo en tan áridas
Tierras, vivir y páramos?
Mejor tú y yo aguantáramos
Un parche de cantáridas.

Á Antonino visítalo
Y á su consorte impávida;
Mi alma de verla está ávida :
Dí á Ros lo mismo ; al ítalo,

Digno rival en práctica
De Hipócrates y en teórica;
Á Mercedes fosfórica;
Al que sigue otra táctica,

(1) El general Vivanco entonces presidente del Perú, con el título de *Supremo Director*, y amigo de ambos hermanos. (Ed.)

Su pariente flemático;
Á Tiburcio el ecónomo;
A Ventura el gastrónomo,
Á Pedro el problemático.

Sé en fin de afectos pródigo,
De amigos con el cúmulo;
Que yo guardo hasta el túmulo
De la amistad el código.

Quizá ya de leer árdete
La vista, y aun embótase:
También mi vena agótase.
Adiós: el cielo guárdete.

Con tu humor gayo, ingénito,
Riceve questa lettera:
Yura y veinte y ocho, *etcétera*,
Tu hermano primogénito.

Yura, 1843.

EPIGRAMAS.

I

EPITAFIO AL « PENITENTE ».

¡ Cuenta, viajero ! al pasar,
Tápate bien la nariz,
Que el *Penitente* infeliz,
Yace en este muladar.
Por el nombre á imaginar
No llegues, que se salvó ;
Pues nunca mortificó
Con cilicios su existencia.
Quien hizo la penitencia,
Fué el pueblo que lo sufrió.

II

Á UN COPLERO QUE PUBLICÓ UN MAL SONETO DE TRECE VERSOS ; Y QUE HIZO UNA REIMPRESIÓN DE ÉL CON EL VERSO QUE FALTABA.

— « ¿ Sabes que le falta un pie
» Al soneto que escribí ?
» ¡ Grosero error cometí !
» Luego se lo añadiré,

» Y así quedará muy bueno. »
— « ¡Qué locura! ¿Te parece
» Que quien conozca los trece,
» Te aguantará el catorceno? »

III

Á UN POETA QUE PUBLICÓ UN ARTÍCULO, DANDO GRACIAS INDIVIDUALMENTE Á TODOS LOS ACTORES, POR LA EJECUCIÓN DE SU DRAMA.

Si da gracias, majadero,
De uno en uno el buen autor
Al gremio cómico entero,
No sé por qué en el tintero
Se dejó al apuntador.

IV

Á MI HIJO EN SUS DÍAS.

Dichoso hijo mío, tú,
Que veintiún años cumpliste:
Dichoso que ya te hiciste
Ciudadano del Perú.
Este día suspirado,
Celebra de buena gana,
Y vuelve orondo mañana
Á la hacienda y esponjado,
Viendo que ya eres igual
Según lo mandan las leyes
Al negro que unce tus bueyes
Y al que te riega el maizal.

V

Á DELIA.

(TRADUCCIÓN DEL ITALIANO.)

« ¿ Por qué es ciego amor? » decía
Delia á su tierno pastor;
Y el pastor le respondía :
« Porque los ojos de amor,
Los tienes tú, vida mía. »

VI

Á UN MALDICIENTE.

(TRADUCCIÓN DEL ITALIANO.)

Yace Aretino aquí, mordaz coplero,
Que vivió hablando mal del mundo entero :
Sólo perdonó á Dios, porque decía,
Que no lo conocía.

VII

CUANDO PITOS FLAUTAS.

(TRADUCCIÓN DEL ITALIANO.)

En siglos de ignorancia y violaciones
Colgabase en la cruz á los ladrones;
Y hoy, siglo de derechos y de luces :
Cuélganse al pecho del ladrón las cruces.

LETRILLAS.

I

LA ESCUADRA BOLIVIANA,

ESTO ES, LA GOLETA YANACOCHA, QUE ANTES SE LLAMÓ OLIVIA. (1839)

¿Sabrás en qué está ocupada
Esa Goleta ó cachucho,
Que cuanto hace (y hace mucho),
Es dar vueltas por la rada?
¡Hombre! ¿Tal vez no imaginas
Que esté pescando sardinas?
No, sino que el fuerte atleta
Que á los peruanos conquista,
Tiene ya su escuadra lista,
Y esa escuadra es la Goleta.
¡Cuenta! la escuadra está lista,
La Goleta va á la mar:
Y ya bien pueden temblar
Los rebeldes á su vista.
Su majestad boliviana
Cierra la costa peruana,
Y no habrá valor ni treta
Que á su marina resista;

Pues ya la escuadra está lista,
Y esa escuadra es la Goleta.

¡Cuenta! la escuadra está lista:
La Goleta va á la mar;
Y hoy mismo van á pasar
Las fuerzas de mar revista:
Los navíos de Bolivia
Son *Yanacocha* y *Olivia*
Con todos ellos nos reta
El *Gran-Cid...* ¡Dios nos asista!
Que ya la escuadra está lista,
Y esa escuadra es la Goleta.

¡Cuenta! La escuadra está lista:
La Goleta va á la mar,
No llegará á fracasar
Aunque Inglaterra le embista.
La Goleta está segura;
Porque si la cosa apura,
La meterá en su maleta
El dueño á que ella obedece,
Y la escuadra no perece,
Salvándose la Goleta.

II

A DAMON

EL MAMELUCO. (1)

Juntando barca con barca,
Diz que sobre el ancho mar,
Un puente hizo fabricar
Antaño, cierto Monarca.
El puente del Helesponto
La ira del mar destrozó.
¡Qué! ¿pensaba ese Rey tonto
Que la armazón que formó,
La respetara el abismo,
Aunque ella fuese de estuco?
Ayer sucedió lo mismo
Con mi pobre mameluco.

Un hombre largo y crüel
Para bañarse lo usó;
Y por supuesto acabó
En tal empresa con él.
¿Destinaras á un cuchillo
La vaina de unas tijeras?
¿No sería muy sencillo
El que las bolas rompieras,

(1) Se daba en Lima el nombre de *mameluco*, á un traje compuesto de pantalón y chaqueta en una pieza, destinado en los últimos tiempos (?) para bañarse los hombres, que primitivamente fué el vestido que usaban los niños al empezar á andar. * Esto se refiere á los años 1840 á 50, á lo sumo, pues después la voz ha caído en desuso. (Ed.)

Si con bolas de cristal
Quisieses jugar al truco?
Pues has hecho cosa igual
Con mi pobre mameluco.

Te encogiste, y cupo así;
Mas apenas te estiraste
Y en el ancho mar te entraste,
Dijo el cuitado: — « hasta aquí! »
Al Coloso tu chaqueta
Vestir y tu pantalón,
Ó cargar una escopeta
Con la carga de un cañón,
Puedo bien asegurarte,
Sin que me juzgues caduco,
Que es lo mismo que bañarte
Con mi pobre mameluco

Cual lobo hambriento y rapaz
Manso cordero destroza,
Mientra el pastor en su choza
Se entrega á blando solaz,
Así atisbó tu furor
La ocasión de estar yo ausente...
¡Ah! entre el sacrificador
Y la víctima inocente,
Mi pecho un muro sería:
Y antes, Damón, me desnuco,
Que ver la última agonía
De mi pobre mameluco.

¿Qué [illegible] te [illegible], [illegible] ultraje,
Para que a imitar [illegible],
Te pongas como un [illegible],
¿Con ese [illegible] [illegible]?
Más que un [illegible] eres [illegible]:
Más que el hijo de Agripina:
Más que Calígula, atroz:
Más que el mismo Catilina:
Más que el [illegible] Tarquino,
Y más que Muley [illegible]:
Pues más sois el asesino
De mi pobre [illegible].

Ay [illegible] si es el amor [illegible],
Y lo [illegible] con pasiones,
[illegible] con [illegible],
Cual [illegible] de [illegible].
Aunque tengas que [illegible]te
Sin pantalón ni camisa,
Y todo el mundo al mirarte
Se desternille de risa;
Y aunque en un serrallo preso
Tu vida acabes de Eunuco,
No esperarás, [illegible], con eso,
El [illegible] del [illegible].

Y ¿piensas que sólo quejas
Por el que fue tantos años
Mi compañero en los baños,
Han de escuchar tus orejas?

No, que me ha puesto la furia,
Como un cable cada vena.
Sólo se lava esta injuria
Saliendo ambos á la arena.
Escoge al momento espada,
Fusil, pistola ó trabuco:
Ó yo quedo en la estacada,
Ó vengo á mi mameluco.

Pero, ¡ay de mí! ¿qué dirán?
Mi loco furor aborta
Estas frases; y la torta
Me puede costar un pan.
Las venganzas son rüines,
Basta de víctimas ya;
Mas no por esto imagines
Que mi amor disminuirá;
Pues si entro en el mar salado,
Si en el lino me acurruco,
Sólo en ti estoy ocupado,
Dulce y triste mameluco.

III

Á MI LEVITA.

(IMITACIÓN DE BERANGER.)

A nuestra amistad sé fiel,
¡Oh levita idolatrada!

En ambos deja estampada
Su huella el tiempo crüel.
Diez años yo con mis manos
Te he cepillado leal,
Sin dejar que otros profanos
Pongan el cepillo en ti.
Y ¿me pagarás tan mal
Que te separes de mí?

En mi santo, te estrené:
Mis amigos te cantaron,
Y tu hechura celebraron,
Y tu color de café.
En sus cartas siempre has sido
Objeto de su memoria,
Que aunque hayas envejecido,
No se olvidaron de ti.
¡Mi único amor y mi gloria!
¡No te separes de mí!

Á un sastre francés le dí
Por ti dos onzas y media,
Producto de una comedia
Sentimental que escribí.
En la edad de tus venturas
Fuiste ¡oh tiempos! muy bonita;
Mas hoy ya de tus costuras,
El pelo fugaz voló.
¿Y aunque estés calva, oh levita,
Podré abandonarte yo?

Un año tras otro año
Siempre conmigo te viera.
Si acaso la suerte fiera
Contra tu raído paño
Preparase su furor,
Opón la filosofía,
Cual la opone tu señor
Á su ciego frenesí,
Y ¡dulce levita mía!
¡No te separes de mí!

¡Ese zurcido!... ¡Oh recuerdo!
Con Delia una vez jugaba:
Me seguía, la burlaba:
Me asió del faldón izquierdo,
Y sin querer, lo rasgó.
Mas la pobre en todo un día,
Cosiéndote, no apartó
Sus bellas manos de ti.
¡Levita del alma mía!
¡No te separes de mí!

¿Te bañé nunca en olores,
Que un necio galán exhala?
¿Te expuse en una antesala,
Al gesto de altos señores?
Otro, cruces impaciente,
Ansía, ó bustos de *Simón*,
Y yo flores solamente
En tus ojales prendí.

¡Joya de mi corazón!
¡No te separes de mí!

Verás, verás cuán ligeros
Vuelan mezclados los días
De llantos y de alegrías,
De soles y de aguaceros.
Yo voy de capa caída,
Y muy pronto moriré:
Entonces tu triste vida
Podrás también acabar.
Pero mientras vivo esté,
¿Quién nos podrá separar?

IV

CORRIDA DE TOROS

La mejor tarde de toros
El pueblo á gozar se apresta:
Que tan magnífica fiesta,
No hubo en tiempo de los moros.
¿Quién hay que no se alborote,
Al ver que en más bello día
No pudo *Doña María*
Figurar, ni el *monigote?* (1)
Á tan grande diversión
No hay gente que se resista.

(1) *Doña María* y el *monigote,* ridículos farsantes que eran indispensables en las corridas de toros.

Vamos pronto á la función :
¡Muchachos, vendo la lista! (1)

¡ Cuánto rostro encantador
Llenará el circo anchuroso !
¡Cuánto grito aguardentoso
Resonará en derredor!
¡Cuánto necio mozalbete
Correrá las galerías,
Regando majaderías
Donde quiera que se mete!
Todo el mundo irá puntual,
Magistrado, oficinista,
Negociante y menestral.
¿Quién quiere comprar la lista?

La saya más infeliz,
Símbolo de la escasez,
Y un manto, que de vejez,
No es manto sino tamiz,
Presas del tiempo rapaz
Sirven á Tecla de traje.
¿Si adoptará ese ropaje
Por recurso, ó por disfraz?
Á todos sale al encuentro :
Todos le clavan la vista :
¡Si supieran lo que hay dentro!
¡Muchachos, vendo la lista!

(1) Lista de toros, es el programa de la corrida, que dos días antes se vende por las calles de Lima.

Perfumado Don Silverio
La retaguardia le pica,
Hasta que al lado se aplica.
Penetrar quiere el misterio;
Y por fruto de su afán,
Sabe que es fea y que es vieja,
Mas sigue siempre á la oreja :
Que á buen hambre, no hay mal pan.
No será el solo cortejo
De quien diga esto un cronista,
Antes que acabe el despejo.
¿ Quién quiere comprar la lista ?

Ya hay galería tomada.
¡Qué broma ! ¡qué concurrencia !
Lleva allí Doña Clemencia
De niñas una brigada.
Aquel gringo Don Daniel,
Rojo como un camarón,
Es quien paga la función.
Allá lo verán con él,
Muy pronto. ¡Bueno es el tal
Para aguantar al cajista,
Al sastre y al colegial !
¡ Muchachos, vendo la lista !

Para ser fiesta cabal,
Va también Doña Rosenda,
Que ya era muy reverenda
En los tiempos de Abascal.

Su cuerpo es como una lanza;
Mas como hay madapolanes,
Un chasco á cuatro galanes
Á dar por detrás alcanza;
Y ¿quién sabe si hace alarde
De lograr una conquista?
Mucho hay que ver esta tarde.
¿Quién quiere comprar la lista?

Un espumoso alazán
Rigiendo el brazo siniestro,
Y recogida en el diestro
La capa en noble ademán,
Frente del toril, al bruto
Gallardo espera un jinete.
Veloz la fiera acomete:
Suelta él la capa, y astuto,
La ondea y burla su saña:
Hace que otra vez embista,
Y otra y otra vez la engaña.
¡Muchachos, vendo la lista!

Al más intrépido arredra
El toro sólo al mirar,
Capaz de despanzurrar
Al convidado de piedra.
Mas un bravo de buen cuño
Aguarda á pie, firme atleta,
Y sin más que una pirueta,
Le mete el hierro hasta el puño.

Pero ¡ay! un hombre y un potro
Han muerto: — ¿Y quién se contrista?
Siga la danza y venga otro.
¿Quién quiere comprar la lista?

¡La lanzada!... ¡Qué interés,
Qué vivo entusiasmo inspira!
¡Cómo de aquel cuarto estira
El pescuezo Don Jinés!
Empiezan ya los clamores:
Llega el lozano campeón,
Tan indio, y tan retacón,
Como sus antecesores,
Aunque alguno en este trance
Grite ¡la virgen te asista!
¿Quién pierde por nada el lance?
¡Muchachos, vendo la lista!

Bamboleándose avanza
Á su sitio el adalid,
Y va más bravo que un Cid
Con todo *Pisco* en la panza (1).
Se hace primero la cruz:
Con la lanza al toro espera:
Mas no sabe, al ver la fiera,
Si es toro ó si avestruz.
Ya va ensartado en un cuerno,
Y ya dos pasos no dista

(1) Cerca de este puerto del Perú se fabrica el aguardiente llamado por esto generalmente *Pisco.*

De la puerta del infierno.
¿ Quién quiere comprar la lista?

Aquella, con su abanico,
Se cubre entrambas mejillas,
Y por entre las varillas,
Ve al indio entregar el pico.
Esa beata se santigua,
Pero no aparta los ojos ;
Ese hombre de los anteojos;
Que parece una estantigua,
Le dice á Fray Pantaleón:
« ¡ Padre, por San Juan Bautista,
Échele la absolución ! »
¡ Muchachos, vendo la lista!

¡ Oh de cultura portento
Y del ingenio primores!
De estos lances, y aun mejores
Hemos de tener un ciento.
Ya desde ahora se avisa
Que habrá escenas muy chistosas,
Sangre, muertes y otras cosas
Que harán perecer de risa.
No habrá nadie que denigre
Esta tarde al asentista,
Pues cada toro es un tigre.
¿ Quién quiere comprar la lista ?

V

LOS PARAÍSOS DE SEMPRONIO.

« Si yo fuera Presidente,
¡ Bello el país estaría!
¡ Ah! ¡ Cómo se elevaría
Prontamente,
Hasta un grado incomprensible
De prosperidad y gloria!
No afearan nuestra historia
De la horrible
Anarquía los tizones,
Que trastorna las naciones
Y desgarra » ....
— *Otra cosa es con guitarra.*

« Cuanto en los libros se ensarta
Sobre romanas escenas;
Cuanto se admira de Atenas
Y de Esparta;
Cuanto hablan autores ciento
De públicas libertades,
No fuera en estas edades
Puro cuento,
Si los destinos quisieran
Que los peruanos cayeran
En mi garra. »
— *Otra cosa es con guitarra.*

« Dicta el Congreso una ley:
En cumplirla seré activo;
Pues yo soy ejecutivo,
No soy rey;
Arruina al país quien la invoque;
No importa: tieso que tieso,
Hasta que en otro Congreso
Se revoque.
Huirá el desorden maldito
Como se borra lo escrito
En pizarra. »
— *Otra cosa es con guitarra.*

« Se encerrarán los poderes
Dentro de un límite eterno;
Y no hablarán de gobierno
Las mujeres:
Con mi política unidos
Todos al bien marcharán,
Y ya no se agitarán
Los partidos.
¿ Quién, mandando yo, alborota?
¿ Quién no es sincero patriota?
¿ Quién desbarra? »
— *Otra cosa es con guitarra.*

« ¿ Qué obstáculo habrá que impida
Hacer mejoras á miles;
Formar códigos civiles;
Dar la vida

Á la agonizante hacienda;
Honra á la literatura;
Y lograr que la cultura
Tal se extienda,
(No son estas paradojas)
Cual suelen las verdes hojas
De la parra? »
— *Otra cosa es con guitarra.*

« Irán siempre en sus trabajos
Las oficinas corrientes,
Aunque lluevan á torrentes
Los legajos.
Haré salir de sus ocios
Á la turba de empleados,
Que á jefes poco versados
En negocios,
Confunde, ahoga, impacienta,
Sofoca, aburre, atormenta,
Y achicharra. »
— *Otra cosa es con guitarra.*

« Quien de su deber se aparta,
Quien la opinión atropella,
Quien con pie atrevido huella
Nuestra carta,
Creará mil Marco Brutos.
Los periódicos, las leyes,
El pueblo, serán mis reyes
Absolutos.

Y con tan sanos intentos,
¿ Quién me hace pronunciamientos
¿ Quién me amarra ? »
— *Otra cosa es con guitarra.*

« Si de esta administración
Cuatro años el Perú alcanza,
Será de la bienandanza
La mansión.
Y cuando haya terminado
De mi gobierno el período,
En regla dejaré todo :
Al Estado,
Sin disensiones crüentas ;
Á las Cámaras contentas
Y á la barra. »
— *Ctra cosa es con guitarra.*

Sempronio, tus intenciones
Son patrióticas, honrosas;
Pero no pasan de hermosas
Ilusiones :
Manda, y lucha con la inopia :
De intrigantes, ambiciosos,
Egoístas, perezosos,
Con la copia ;
Y dirás (hago una apuesta)
« Otra vez para esta fiesta,
¿ Quién me agarra ? »
— « *¡ Vaya al diablo la guitarra !* »

VI

QUÉ GUAPO CHICO.

¡ Dios me bendijo,
No hay duda en ello,
Dándome un hijo,
Mozo tan bello!
¡ Cuánta esperanza
Da su crianza!
Aunque mi caja
Con él camina
Á su ruina,
Con tal alhaja,
Me juzgo rico.
¡ Qué guapo chico!

El asombro era
De su Colegio
Con su mollera
De privilegio.
Ya que ha salido
De él, y adquirido
Hartas nociones,
Sólo pasea
Y zanganea,
Por más sermones
Que le predico.
¡ Qué guapo chico!

Disputa, chilla,
Nos hace bulla:
Su taravilla
Nos aturrulla.
Si con cariño
Le digo: « niño,
Por Dios no grites, »
Echa dilemas,
Y echa entimemas,
Y echa sorites,
Por ese pico.
¡Qué guapo chico!

Á mí me asombra
La algarabía
De lo que él nombra
Filosofía.
Pido razones
Y explicaciones
Claras y serias;
Y en sus respuestas
Me dice que estas
No son materias
Para un borrico.
¡Qué guapo chico!

Siguió de historia,
Para ejercicio
De la memoria
Con que propicio

Le dotó el cielo,
Con gran desvelo
Curso completo.
Justo es lo alabe:
Lo mismo sabe
De Hugo Capeto
Que de Alarico.
¡ Qué guapo chico !

Mas dados, banca,
Y gallos juega
Con mano franca;
Y más despliega
En estas cosas,
Sus portentosas
Disposiciones,
Que en las ligeras
Y pasajeras
Ocupaciones
Á que lo aplico.
¡ Qué guapo chico !

Si lo amonesto,
Se enciende en furia
Porque, más que esto,
Nada lo injuria.
Tales enojos
Brotan sus ojos,
Que me acobarda.
Yo callo al punto

Como un difunto...
¡ Buena me aguarda
Si le replico !
¡ Qué guapo chico !

VII

EL HAMBRE.

Congreso, ataques
De imprenta libre,
Y otros achaques
De este calibre,
Con sus ribetes
De gabinetes,
Soberanías,
Y garantías,
Á Don Canuto
Tienen — no es cuento,
Cada momento
Más carienjuto.
Ya ¡ si alborota
Si escribe y chilla,
Si nunca agota
Su taravilla !
¡ Si vierte insano
Contra el tirano
Atroz veneno,
De que está lleno !...
Mas ¿ qué le impele
Á dar los diarios
Estrafalarios,
Con que nos muele ?

¿Tantos dislates;
De disparates
Tal embolismo;
Tan vasto enjambre,
Es patriotismo?
— No, señor: hambre.

Pintiparado
Don Amadeo,
Acartonado,
Pálido y feo,
Seco el gaznate
Con el debate
Que en la tribuna,
Con importuna
Vocinglería,
Sostuvo terco,
Y roto, y puerco,
Y hecho una arpía;
Hace muy poco
Se presentaba.
Mas no está loco
Ya como estaba:
Ya en el congreso
No pierde el seso:
Al alboroto
Puso ya coto:
Viste con gusto
Y con aseo.
Hasta lo veo
Gordo y robusto,

Que no se sabe
Ya cómo cabe
Tan bella alhaja
En su corambre....
Ya sacó raja:
Ya mató el hambre.

Mas Don Mauricio,
Grave y sesudo,
No abraza oficio
Tan peliagudo.
Deja á censores
Y gritadores;
Y otro camino
Sigue con tino.
Orondo y serio
Va por albricias
De mil noticias
Al ministerio;
Lleva registro
De espionaje:
Sirve al Ministro
Mejor que un paje.
Hasta le saca
De la casaca,
Las pelusillas:
¡Qué maravillas
Hace! Á montones,
Á manos llenas,
Á su Mecenas
Adulaciones

Sagaces obla,
Ante él se dobla,
Dócil, flexible,
Como un alambre:
¡Oh irresistible
Poder del hambre!

Mas nunca el ojo
Ni un dedo dista
De un buen anteojo
De larga vista.
¡Qué vigilancia!
Ver á distancia
Con eso puede,
Al que sucede.
¿Su personaje
Cayó de bruces?
Le hace tres cruces,
Y feliz viaje:
Nuevo astro raya;
Vuelve á él los ojos:
Es atalaya
De sus antojos:
Los examina,
Los adivina,
Los mide atento:
Y — este portento
Fuerza es que asombre —
Ni dos cabellos
Discrepa de ellos.
¡Qué tino de hombre

Tan soberano!
Ni el meridiano,
Con más certeza
Midió Delambre:
¡Tal agudeza
Le ha dado el hambre!

Deja que clame.
« ¡Oh atroz vestiglo
Del vicio infame!
¡Oh mundo! ¡oh siglo! »
Escuchando esto
Dijo Modesto:
« ¿Son las edades
» De iniquidades
» Que Horacio llama
» *Fecunda culpæ?*
» ¿Hay quién disculpe
» Tanta vil trama,
» Tanta impostura,
» Tanta bajeza?
» ¡Qué! ¿no hay fé pura
» Ya ni nobleza
» Entre los hombres?
» ¿Hasta sus nombres
» Se han sumergido
» En negro olvido?
» ¿No hay pudor santo,
» Que antes que abrigo
» Dé el pecho amigo
» Á crimen tanto,

» Sin indulgencia
» De la existencia,
» Con fuerte acero
» Rompa el estambre? »
— Sí; hay pudor, pero,
Más es el hambre.

¡Ah! sé en prolijas
Censuras parco,
Y no te erijas
En Aristarco.
Deja que adulen,
Y que acumulen
Sucias bajezas,
Sobre torpezas.
Deja que griten;
(Tienen derecho)
Y en su provecho
Se desgañiten.
Modesto, ceja
De esos impulsos:
Que escriban deja
Poemas insulsos,
Tristes cuartetas,
Tantos poetas
Adocenados
Y desalmados:
Y hagan en Galo,
Á los histriones,
De traducciones
Lindo regalo;

Aunque con tales
Dramas bestiales
Terciana cobres,
Y hasta calambre.
¿Qué harán los pobres,
Si tienen hambre?

VIII

EL MINISTRO Y EL ASPIRANTE.

— « No es posible estar mejor:
El amor al orden cunde,
La Hacienda va de primor,
Y la instrucción se difunde.
Gobierno tan bienhechor,
Forzoso será que funde
La gloria de este hemisferio. »
Este ocupa un Ministerio.

— « Esto se lo lleva el diablo :
El desorden que se nota,
No lo ataja ni San Pablo :
La Hacienda está en bancarrota
Y, ó no sé yo lo que hablo,
Ó hace este Gobierno idiota
Del país un cementerio. »
Este quiere un Ministerio.

— « ¡ Cuánto complace el que sean
Premiadas hoy las virtudes!

¡Cuánto ver que sólo emplean
Á hombres de honor y aptitudes!
¡Cuánto que su fin ya vean
Nuestras largas inquietudes
De la ley bajo el imperio! »
Este ocupa un Ministerio.

— « ¡Da horror ver en su apogeo
Á viciosos disolutos,
Y que no se da un empleo
Sino á pícaros y á brutos!
La nación es el recreo
De estos dueños absolutos
¿Quién sufre tal cautiverio? »
Este quiere un Ministerio.

— « El mandarín más adusto
Ve en el pueblo á sus iguales,
Y gobierna franco y justo
Con afectos paternales.
¿Y habrá censor tan injusto
Que procedimientos tales,
Juzgue dignos de improperio? »
Este ocupa un Ministerio

— « Vilmente hollando la ley
¿Á quién dejarán de herir?
Peor que en tiempo del Rey
Va el Estado en mi sentir :

Cada prefecto es un Bey,
Cada Ministro un Visir
Todo es tapujo y misterio. »
Este quiere un Ministerio.

— « Si del poder se ensancharan
Los límites; ¡ay! entonces
Mucho se facilitaran
De esta máquina los gonces :
Proyectos se ejecutaran
Dignos de grabarse en bronces,
Y algo se hiciera más serio. »
Este ocupa un Ministerio.

— « Se anhela por una inmensa
Libertad en los negocios,
Y á este fin gime la prensa
Bajo el Ministro y sus socios.
¿Quiérenla aún más extensa
Para entretener sus ocios?
¡Oh vergüenza! ¡Oh vituperio! »
Este quiere un Ministerio.

— « Mas, bienandanza cabal
No tendrá la patria mía,
Mientras la imprenta fatal
No vea su último día,
Y se agote el manantial
De calumnia, de osadía,

De impudencia y de dicterio. »
Este ocupa un Ministerio.

— « No hay libertad de opinión :
Por la imprenta no hay ataques.
Que esperen la Extremaunción
Los que se metan á jaques
Contra cualquiera mandón.
¿Piensan estos badulaques
Que es la nación monasterio? »
Este quiere un Ministerio.

Sin oir este charlar
Eterno, aunque no administro
Ni ambiciono administrar,
Puedo, si el alma registro
De cada hombre, penetrar
Que el que quiere ser Ministro
No usa del mismo criterio,
Que el ocupa un Ministerio.

IX

EL DÍA DE LOS ELOGIOS.

Don Canuto es presa
Ya de muerte cruda,
Y deja á su viuda,
(¿Hay dicha como esa?)

Catorce muchachos
Entre hembras y machos,
Amén de infinitos
Que tuvo fortuitos.
Sin embargo, el hombre
Hoy goza del nombre
Menos disoluto
Que se halla en la historia.
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

De viuda y pimpollos
Ha sido la herencia
Fatal indigencia,
Discordias y embrollos,
Insolutos cargos
Procesos, embargos,
Menores y viejas
Por trampas añejas
Saltaron al punto.
Con todo, el difunto
Merece el tributo
De honrada memoria.
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

Metódico, activo,
Dicen que fué el hombre:
No hay quien no se asombre
Mirando su archivo:

Entre la basura
Se halló una escritura;
Pareció otra rota
Dentro de una bota;
Y eran sus gabetas,
Armarios, secretas,
Caos absoluto,
Zarzal, pepitoria.
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

« ¡Pobre! ¡y buena estampa! »
Exclama la gente:
« ¡Figura excelente! »
— ¿Figura? ¡ya escampa!
Y el tal fué bisojo,
Y á más de esto, cojo;
Y á más su joroba
Pesaba una arroba,
Y á más por narices
(Hay hombres felices)
Cupo al rostro enjuto,
Atroz zanahoria.
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

« ¡Qué pasta! ¡qué porte!
« ¡Qué genio tan mole.
« ¡Qué amor mereciόle
« Su tierna consorte! »
— Sí, merecería;

Que de él recibía
Por requiebros tiernos,
Pelucas, y ternos;
Lapos por abrazos,
Por mimos trancazos.
¡Qué ropa de luto
Tan consolatoria!
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

« ¡Y qué grande suma
» De conocimientos!
» ¡Brillantes talentos!
» Magnífica pluma,
» Clara, vigorosa,
» En verso y en prosa,
» En todo era experto. »
— ¡Lo que es haber muerto!
Jamás en la vasta
Cuadrúpeda casta,
Se vió mayor bruto
Dar vuelta á una noria.
¡Pobre Don Canuto!
¡Dios lo tenga en gloria!

X

EL MINISTRO.

— « Señor ministro,
» Sabe Vuecencia

» Cómo administro,
» Con qué vehemencia,
» Con qué desvelo
» Defiendo y celo,
» Con qué servicios
» Libro de engaños
» Y desperdicios,
» Hace doce años
» Y cuatro meses,
» Los intereses
» Que á mis cuidados
» Encomendados
» El Fisco tiene. »
— « *¿Y eso á qué viene?* »

— « Excelentísimo
» Señor, á pelo :
» Que es ya grandísimo
» Mi desconsuelo.
» Yo por mi parte,
» Conozco el arte,
» De hacer con sana
» Filosofía,
» Menos tirana
» La suerte mía.
» Mas ¿mi familia
» Quién me la auxilia?
» De diez mesadas
» Que hay atrasadas,
» Ni una he cobrado. »
— « *Quedo enterado.* »

— « Bien : mas espero
» Que, ya que he escrito
» Este ligero
» Memorialito,
» Quiera Vuecencia,
» Con indulgencia
» Pasar la vista
» Por sus renglones,
» Y ver la lista
» De las razones
» Que pongo en claro.
» Yo aguardo amparo
» Del hombre recto,
» Á cuyo aspecto
» Mi frente agacho. »
— « *Hoy no hay despacho.* »

— » Pues de agonía
» Me hallo hoy más harto.
» La esposa mía,
» Con sobreparto
» Queda y con tisis :
» Mi hija en la crisis
» De un mal que aumenta
» Mis infortunios,
» Y la atormenta
» Los novilunios :
» Otro chiquillo,
» Con tabardillo
» ¿Qué he de llevarles?
» No hay cómo darles

» Ni una tisana. »
— « *Vuelva manaña.* »

— « Mire Vuecencia
» Que no da esperas
» Ya mi indigencia.
» Las lastimeras
» Exposiciones
» Con que distraigo
» Sus atenciones,
» Muerto me caigo
» Si son fingidas.
» Bien atendidas
» Sean, suplico,
» Y un corto pico
» Se satisfaga. »
— « *Hoy no se paga.* »

— « De añadidura
» Temo un embargo :
» Esto ya apura.
» De penas largo
» Es el resumen,
» Señor : consumen
» Mis sinsabores,
» El diccionario,
» Mis acreedores
» El calendario.
» Lea el escrito
» ¡ Por San Benito !

» Que expongo todo
» En él de un modo
» Breve y exacto. »
— « *Veré el extracto.* »

« ¡Si el expediente
» Ya está completo!
» ¡Si no hay pendiente
» Más que un decreto!
» ¡Tenga Vuecencia
» De mí clemencia!
» Tal vez lo aburro
» Con mi desgracia:
» Mas, ¿dónde ocurro
» Sino á su gracia?
» ¡Ah! ¡ya una vida
» Tan afligida
» Me causa tedio!
» ¿No habrá remedio
» Para mi mal? »
— « *Vista al fiscal.* »

XI

¡QUÉ LÁSTIMA DE MUCHACHOS!

Sus padres á Juan, pimpollo,
Buscan mujer entre mil,
Huyendo de plebe vil,
Y pobreza el doble escollo.
Eleonora,
Que aun ignora

Qué atractivos
Atesora
En sus vivos
Ojos negros,
Hace á los celosos suegros,
Con cuna y oro, cautivos.
Pronto boda : el tiempo vuela.
Ya van los dos vivarachos
Al tálamo de la escuela.
¡ Qué fortuna de muchachos!

Juan todo su pensamiento
Pone en la mujer que adora,
Y la sensible Eleonora
Da por un halago ciento.
Mas ya empieza
La tibieza
Del marido.
¡ Buena pieza!
Que aburrido
Del casorio,
Busca otro laboratorio
De placer á su sentido.
Aunque al principio algo finge,
Hasta la ley, sin empacho,
Del pudor después infringe.
¡ Qué lástima de muchacho!

Eleonora sufre y calla :
Pero al cabo abre los ojos,

Y remedio á sus enojos,
En su mismo poder halla.
Y si esquiva,
Fiera, altiva,
Al amante
Que fé viva
Y constante
Le jurara,
Con la indignación más rara
Lo despachaba al instante,
Hoy ya más tratable mira
Sin encono, y facha á facha,
Al que por ella suspira.
¡Qué lástima de muchacha!

Juan al descubrir su mengua,
Es natural que la riña.
¡Mas juéguese con la niña
Que no se muerde la lengua!
Arman fiera
Pelotera,
¡Qué insensatos!
Y se altera
Ciertos ratos
Tal la bilis,
De Juan y su hermosa Filis,
Que se tiran con los platos.
La injuria sigue á la injuria,
Y hasta en torpe dicharacho
Juan llega á expresar su furia.
¡Qué lástima de muchacho!

Ella, ya ama una divisa
Militar, ya engancha un gringo :
Muda jueves y domingo
Amantes como camisa.
Y es tan sabia,
Y su labia
Tal apresta,
Que no agravia
Cuando asesta
Á un varón
Prosélito de Zenón,
Su envenenada ballesta.
Por esto y más que yo sé,
Ya algún maligno la tacha,
Bien se presume de qué.
¡ Qué lástima de muchacha!

Por saciar sus apetitos,
Juan, de holganza y de placeres,
Establece sus quehaceres
En burdeles y garitos.
Vicios tales
Capitales,
Ya deshacen
Sus caudales.
De ellos nacen
Otros mil.
¡Cuál descuella el zascandil
Entre cuantos se complacen
En crápula audaz y franca!
Ha dado hasta en ser borracho,

Desde que se halla sin blanca.
¡Qué lástima de muchacho!

El barrio está inaguantable;
La mordacidad se inflama
Contra Eleonora, y Madama,
De su descoco en palpable
Testimonio,
Da al demonio
Miramientos,
Matrimonio,
Chismes, cuentos,
Pataratas,
Que asustan sólo á beatas;
Y adquiere nuevos alientos.
El pueblo levanta el grito.
¿Ella la cabeza agacha?
¡Qué agachar! se le da un pito.
¡Qué lástima de muchacha!

Persuadirlos con razones
Á enderezar el entuerto,
Es predicar en desierto.
Los lleva de las pasiones
El torrente
Velozmente,
Y del juicio
Totalmente
Roto el quicio,
Uno y otro,

Como desbocado potro,
Corren la senda del vicio.
¿Y cuál fué el fin del consorcio
Del par de mozos ricachos?
¿Cuál? indigencia y divorcio.
¡Qué lástima de muchachos!

XII

MI VECINITA.

¡Ay! el que vea
Á mi vecina,
Ve la presea
Más peregrina.
Toda esperanza
De bienandanza,
La tiene fija
En una hija,
Que es la muchacha,
Más vivaracha,
Más decidora
Y encantadora,
Y más cumplida
Que ví en mi vida.
Nunca se cura
De la costura
(¡Y qué bien hace!);
Pues no le place,
Porque la aguja,
Cuando la empuja,
La mano hermosa
No le taladre.

¡Qué niña tan graciosa!
¡Retrato de su madre!

Dale paseos,
Dale jarana,
Dale bureos;
Y en su lozana
Fresca mejilla,
Verás cuadrilla
De cupidillos
Juguetoncillos,
Que travesean,
Y se recrean:
Verás qué hermosa
Risa graciosa
Baña sus labios.
Empero agravios
Recibe eternos,
Y hasta echa ternos
(Tal por la injuria
Se enciende en furia),
Cuando se intenta
Que haga contenta
Alguna cosa
Que no le cuadre.
¡Qué niña tan graciosa
¡Retrato de su madre!

Un mozalbete
Almibarado

Allí se mete.
Tan grande agrado
Se le acredita,
Que su visita
Nunca fenece.
¡ Qué ! si parece
Que se entornilla
Sobre la silla.
Con él retoza
Y se alboroza
La damisela
Que se las pela ;
Y hasta hay de guiños
Y de cariños
Canje secreto.
Al tal sujeto,
Según es fama,
Siempre lo llama
La candorosa
Mamá, — « Compadre. »
¡ Qué niña tan graciosa !
¡ Retrato de su madre !

Saber le gusta
Quién entra en casa,
(Cosa muy justa)
Y hasta quién pasa.
Por eso tiene
Cuida y mantiene
La señorita,
Una perrita

Que es un armiño,
De su cariño
Felice dueño.
Todo su empeño,
Es que si alguno
Llega importuno
Cuando se aplica
La bella chica
Á sus constantes
É interesantes
Distribuciones
Y devociones,
La maliciosa
Perrita ladre.
¡ Qué niña tan graciosa !
¡ Retrato de su madre !

Á su hábil lengua
Mil señoritas
Deben su mengua.
¡ Qué ! ni amiguitas
Fácil perdona
La picarona ;
Mas á los hombres
¡ Qué dulces nombres
Que les prodiga
Cual tierna amiga !
Del petimetre
Más sin caletre
Y más erguido,
Del presumido

De literato
Más mentecato,
Hace una alhaja :
Quiere, agasaja
Con suaves modos,
Afable, á todos,
Y cariñosa,
Menos al padre.
¡ Qué niña tan graciosa !
¡ Retrato de su madre !

XIII

LA LETRILLA Y LA NOTA.

El infrascrito... ¡ Ni al diablo
Se le ocurre más maldito
Proyecto !... ¿ Yo el infrascrito ?
Por Dios que no sé lo que hablo.
Esta charla me acribilla
Y la paciencia me agota.
Mas, fuerza es poner la nota
Y abandonar la letrilla.

La letrilla, en juguetón
Ademán, á otra tarea
Más dulce me aguijonea.
Fácil la imaginación
Al mirarla se alborota,
Y la voluntad se humilla...
¡ Yo abandonar la letrilla !
No ; abandonemos la nota.

¿Cómo la nota?... El registro
De la letrilla cerremos,
Y de una vez empecemos.
El infrascrito ministro...
La materia es muy sencilla:
Mas mi caletre se embota.
Y es fuerza poner la nota
Y abandonar la letrilla.

Todo ha de tener su turno:
¿Para qué tanta eficacia?
Hora de la diplomacia
Cálzome el grave coturno,
Y mì nota sigo... ¡Idiota!
Y ¿en dónde vas á seguilla
Si has escrito una letrilla
En el papel de la nota?

XIV

BUENAS NOCHES.

— « Por hoy, amigo, es bastante:
» Ya marea y acribilla
» Escuchar tan incesante
» Taravilla.
» ¡Vamos! ya me rinde el sueño
» Y temo que aquí trasnoches
» Si no interrumpo tu empeño.
» *¡Buenas noches!* »

« ¡ Buenas noches ! pero advierte,
» Que aun hay que hablar infinito,
» Y vuelvo mañana á verte
» Tempranito. »
— « Está corriente : haz mañana,
» Como hoy ya no me agarroches,
» Lo que más te dé la gana.
» *¡ Buenas noches !* »

— « Te hablaré de mi querella
» Con la inconstante Marica,
» De mi amor con una bella
» Viuda y rica.
» De sus prendas estimables,
» De su hacienda y de sus coches. »
— « Me hablarás, pero no me hables.
« *¡ Buenas noches !* »

— « Agur... Cuando estoy contigo,
» Me embeleso, me deleito...
» ¡ Ah ! y no te olvides, amigo,
» De mi pleito.
» Temprano ves á los jueces :
» No en la cama te abizcoches ! »
— « Ya me lo has dicho diez veces.
» *¡ Buenas noches !* »

— « Ese usurero maldito
» Que tenazmente me enjuicia,

» Pretende un acto inaudito
» De injusticia :
» ¡ Somos cuerdos cuando viejos !
» ¡ Hijo mío ! no derroches,
» Porque... » — « ¿ Á estas horas consejos ?
» *¡ Buenas noches !* »

— « Me faltaba lo mejor.
« Te traigo aquí mis poemas.
» Has de ser tú mi censor ;
» Y no temas
» Me irrite que al criticarme
» Severo te desabroches, »
— « ¿ Si acabarás de dejarme ?
» *¡ Buenas noches !* »

— « No aguardo fallos adversos :
» Hay estilo, poesía :
» Verás fluidez en los versos
» Y armonía,
» Aunque de algunos vocablos
» La antigüedad me reproches. »
— « ¡ Pelmazo ! ¡ con dos mil diablos !
» *¡ Buenas noches !* »

— « No temo serte importuno... »
— » ¿ No lo temes ? ¿ Que tal digas ?
» Me importunas cual ninguno,
« Me atosigas ;

» Y no calmará mi enojo
» Mientras tus labios no abroches.
» Ó te vas, ó me recojo.
» *¡ Buenas noches !* »

XV

EL REFORMADOR Y « EL ECO » (1).

— « ¡ Reformador del Perú !
» ¿ Entiendes acaso tú
» De las ciencias necesarias
» Á las providencias varias
» Que tu atrevimiento brota ? »
— « *Ni una jota.* »

— « ¡ Pues hombre de Barrabás !
» ¿ Cómo demontres estas
» Decretos dando á millones ?
» ¿ Quién de tan raras nociones
» Llena tu cerebro hueco ? »
— « *¿ Quién ? — El Eco.* »

— « ¿ No entiendes de rentas ? » — « Nada ;
» Ni de Ejército ni Armada. »

(1) *El Eco*, título de un periódico. Pido á mis lectores no juzguen esta composición bajo su aspecto político ; porque si en la época en que fué escrita, pudo considerarse como una hostilidad lícita, por razones muy poderosas que no es del caso recordar, en circunstancias normales, no hubiera creído nunca justo censurar el espíritu de útiles reformas administrativas, bien naciesen estas reformas de la inteligencia del reformador, bien de inspiración ajena. (El autor.)

— « ¿ De legislación civil ? »
— » Más entiende un alguacil :
» No lo tomes á chacota :
— » *Ni una jota.* »

— « ¡ El diablo que te comprenda !
» Y ¿ quién te hace hablar de Hacienda,
» De Ejército, Tribunales,
» Y reformas colosales,
» Con que ya tienes seco ? »
— « *¿ Quién ? — El Eco.* »

— « ¿ De ley internacional
» Estamos bien ? » — « No : muy mal. »
— « ¿ Y cómo andamos de Historia ?
— « Sé lo que un macho de noria. »
— « ¡ Hombre ! ¿ ni noción remota ?
— « *Ni una jota.* »

— « Y ¿ quién te sopló, orador,
» Tu política exterior
» Y aquel discurso gallardo
» Do ensartaste al Longobardo
» Sin saber si es Turco ó Sueco ? »
— « *¿ Quién ? — El Eco.* »

— « Pues no confundas los nombres ;
» Y no engañes á los hombres,

» Y no tu mérito alabes;
» Ya que en todo eso no sabes,
» Como cualquiera lo nota,
— » *Ni una jota.* »

» No digas que tu eco es
» Tu gaceta. Dí al revés,
» Que tú eres en verdad neta,
» El eco de tu gaceta;
» Y haz de tus títulos trueco »
« *Con El Eco.* »

XVI

EL DOCTOR EN SUS DÍAS.

LA IDEA FUNDAMENTAL ES DE BERANGER.

Del amable Doctor, hoy es el día;
Hoy cumple cincuenta años; y cualquiera,
Que aun está, contemplándolo diría,
De su edad en la verde primavera.
¡Qué membrudo! ¡qué activo!
¡Qué mejilla tan tersa!
¡Qué rollizo! ¡Qué vivo!
¡Con qué gracia conversa!
¡Con qué sublimidad el mal explica!
¡Cuánto da que ganar á la botica!
Las copas apuremos,
Y del Doctor á la salud brindemos.

Ni la lluvia, ni el sol, nada le arredra :
Más que el alba, madruga como el gallo ;
Y las calles de Lima desempiedra
Hasta la media noche su caballo.
En todas partes entra ;
Largo y corto visita ;
Es largo, donde encuentra
Una chica bonita,
Ó un nervioso á charlar aficionado;
Corto, donde hay enfermo de cuidado :
Brindad á copas llenas,
Que cumple hoy el Doctor cinco decenas.

Una beata, dulce de toronjas
Le ha mandado ; un inglés rica cerveza ;
Manjares sabrosísimos las monjas ;
Una *fresquera* (1), helados de cereza ;
Plátanos un frutero,
Melón, guayabas, *tunas* (2) ;
Bartolini el pulpero,
Seis tarros de aceitunas ;
Y con tan varia y general remesa,
Hoy reune á sus amigos en su mesa.
Brindad, por que á Dios plegue
Que á completar un siglo el Doctor llegue.

Dosis de otros regalos hay muy buena ;
Pues cosas de comer no fueron todas :

(1) Provincial. Vendedora de sorbetes y otras bebidas frescas. (Autor). -- La Academia consigna la voz *fresquería* y le da el mismo significado. (Ed.)
(2) Así se llaman los *higos chumbos* en el Perú. (Ed.)

Un soberbio reloj y una cadena ;
Unas cuantas docenas de onzas godas ;
    Diamantes soberanos ;
    Un bastón muy bonito ;
    Dos ó tres mil habanos
    De lo más exquisito ;
Y un tintero de plata giganteo,
Valiosa antigüedad para un museo.
    ¡ Aprisa ! ¡ El tiempo vuela !
Brindad por tan magnífica clientela.

Entra uno : — « Que se muere Don Gustavo :
El cólico le ha vuelto... » — « ¡ Qué diablura !...
» La ensalada se come con el pavo : »
— « Doctor, muévase usted, la cosa apura ! »
    « ¿ Qué almorzó ? ¡ Sin duda hizo
    » Algún gran disparate ! »
    — « Magras, huevos, chorizo,
    » Tamal y chocolate. »
« ¡ Toma ! : que aguante si la culpa es suya.
» Diga usted que allá iré cuando concluya. »
    Amigos, alegría,
Que de nuestro Doctor hoy es el día.

Ya á achispar al Doctor empieza el vino.
Otro : — « De parto está Doña Jacoba. »
— « ¿ En mi santo parir ? ¡ qué desatino !
» Pues bien : que no se mueva de su alcoba. »
    — « ¿ Pero si usted quisiera ?... »
    — « Que tome una tisana. »

— « Doctor, si usted viniera... »
— « Allá estaré mañana. »
— « Pero está en gran peligro la señora. »
— « ¿ Y por qué vienen á avisarme ahora ?
Otra copa al coleto
Por que salga la enferma de su aprieto.

— « Don Gil está muy malo y necesita... »
— « ¿ Parió ya ? » — « ¿ Quién, Doctor ? » — Pastel, seño-
— « La fiebre le ha crecido. » — « Otra copita. [res. »]
» Somos muy desgraciados los Doctores. »
— « Casi á nadie conoce,
Pues perdió la cabeza
Poco antes de las doce. »
— « Un vaso de cerveza. »
— « ¿ Que le demos cerveza ? » — « ¡ Habrá estafermo !
» No me fastidies más, tú ni tu enfermo ! »
Amigos, copa y copa ;
Hasta quedar cada uno hecho una sopa.

XVII

LA LAVANDERA.

« ¿ Me trajo, por piedad, la lavandera
» Una muda siquiera ? »
« Ninguna trajo. » — « Y ¿ que esto se tolere ?
» ¡ Oh ! ¡ qué temeridad !
» Cada uno hace en mi tierra lo que quiere. »
¡ Viva la libertad !

Un trimestre completo ya del año
Corrió, si no me engaño ;
Y no puedo lograr que una camisa
Me dé, por caridad.
¡ El bienestar de Lima causa risa !
¡ Viva la libertad !

Mi ropa, con la de unos pobres gringos,
Se alquila los domingos
Á aguadores, lacayos y cocheros,
En pro de la igualdad,
Que así lo exigen sus sagrados fueros.
¡ Viva la libertad !

Y mientras con mi ropa se pasean,
La sudan y estropean,
Yo por no revelar lo que me pasa,
Finjo una enfermedad,
Y me condeno á no salir de casa.
¡ Viva la libertad !

Mas, mi pleito ven hoy ¿ qué hacer en ello ?
Me abotono hasta el cuello ;
Y empaquetado, salgo en el estío
Con tanta gravedad,
Como pudiera en el rigor del frío.
¡ Viva la libertad !

Llegó el día por fin : la ropa vino :
¡ Venturoso destino !

Mas, « Faltan seis camisas. » — « Cuente, cuente,
« No faltan ; no es verdad. »
— « Treinta dice el papel. » — « ¡ El papel miente ! »
¡ Viva la libertad !

— « ¡ Mujer ! y ¿ esta camisa ? ¡ horrible mancha ! »
— « Se me ensució la plancha. »
— « Y ¿ tres camisas más hechas jirones ? »
— « Fué una casualidad. »
— « Y ¿ seis pares de medias sin talones ?... »
¡ Viva la libertad !

« ¡ Paga lo que estropeaste y que perdiste ! »
— « ¿ Que pague ? — ¡ fuera chiste !
» Busque usted quien le lave ; no soy zonza.
» ¡ Jesús ! ¡ qué mezquindad ! »
Y se me va debiendo más de una onza.
¡ Viva la libertad !

Acudo á un Juez : le manda hacer el pago. —
Y ella dice : « No lo hago. »
Y por más que me afane y vocifere,
Ley es su voluntad :
Cada uno hace en mi tierra lo que quiere.
¡ Viva la libertad ! (1)

(1) Todas estas letrillas, aunque sin fecha, son indudablemente de los años 1830 á 43. (Ed.)

SONETOS.

Á PEPA.

Dulce de tus ojuelos es la llama;
Dulce tu hablar, tu aliento y tu sonrisa,
Cual del jardín la perfumada brisa
Que la atmósfera templa y embalsama.

Si es que te ofende, ángel de amor, quien te ama,
De tu alma encantadora la divisa
No en tu frente hagas ver clara y precisa,
Ni en el carmín que tu mejilla inflama.

¡Oh! ¡Pepa hermosa! ¡Solo á ti te adoro!
Sé que otro más feliz supo agradarte
Y de tu corazón ganó el tesoro.

¿Y que haré yo? me bastará el amarte
Ya que á mi amor corresponder no puedes...
Pero no se lo digas á Mercedes.

Á MERCEDES.

Virgen, de puras vírgenes ejemplo,
Flor delicada entre escogidas flores,
Óyeme grata, si al cantar de amores,
La ya olvidada lira no destemplo.

Cuando escucho tu voz, cuando contemplo
De tu ojos los lánguidos fulgores
Que revelan una alma, encantadores,
De la dulzura y la inocencia templo;

Entonce á ti, Mercedes, sólo admiro,
Sólo tú endulzas mi destino adusto,
Sólo vivo por ti, por ti suspiro,

Y mi amor te declaro, porque es justo
Que la beldad que lo inspiró, lo sepa...
Pero no se lo digas á la Pepa.

Á MIS AMIGOS.

La pasión que devórame insensata,
Voy á decirla de primer envite :
Fuego de amor mi corazón derrite,
Fuego de amor mi espíritu arrebata.

¡Amigos! no juzguéis que es patarata,
Ni hagáis mofa de mí, porque me irrite,
Viéndome en este juego sin desquite,
Sin tener ¡ay! ni á quien llamar ingrata :

Que en tal hoguera, en tan ardiente pira,
En tan estrechas é invencibles redes,
En tal amor, lo que me da más ira,

Es no poderles explicar á Ustedes :
Si es Pepa ó es Mercedes quien lo inspira,
Ó lo inspiran las dos, Pepa y Mercedes.

Á JOAQUÍN CON MOTIVO DE SU MATRIMONIO (1).

(*De consonantes forzados.*)

No te alumbró, Joaquín, cristiana *luz*
En el Sena, en el Tajo, ni en *Po*,
Pero en el Rímac te dijeron : « ¡*So!*
Pára soltero; » y cargas con la *cruz*.

Algunos temen más que á un *arcabuz*,
Al gasto en coche, en palco, en tul, y en *gró*,
Amén del riesgo, á lo que entiendo *yo*,
Á que exponer recelan su *testuz*.

Tú no temas : si no eres libre *pez;*
Si alegre concurrió con su *trastrás*
Á tu nupcial banquete el *almirez;*

Aunque vales muchísimo, *quizás*,
Crea de mi deber, llamado á *juez*,
Declarar que tu esposa vale *más*.

(1) D. José Joaquín de Osma, limeño, por muchos años ministro del Perú en Europa, después marqués de la Puente y Sotomayor y suegro del Excmo. Señor D. Antonio Cánovas del Castillo. (Ed.)

EL ÁLBUM.

Dice en cada hoja tu álbum, que eres bella,...
(No soy voto en materia de pintura,)
Y que eres, para colmo de ventura,
De talento y saber fúlgida estrella.

¿Talento? sí; mas no del que descuella
En gobierno casero ni en costura.
¿Saber? la virginal literatura
De Eugenio Sué marcada con la huella.

Quema ese álbum, mujer, con que te esponjas,
Donde, por que tu ruego no la hostigue,
La urbanidad estampa sus lisonjas.

Que jamás novio encontrarás tan bestia,
Que en el álbum tu mérito investigue,
Y no en tu corazón y en tu modestia.

PARA EL ÁLBUM DE ROSA.

¿Versos, á oscuro trovador de América
Pides desde la Corte napoleónica,
Para un álbum feliz que ilustra armónica
Tanta trova pindárica y homérica?

En situación me pones climatérica,
Rosa, porque no hay ya píldora tónica
Que aliviar pueda la dolencia crónica
Con que mi inspiración se ha hecho quimérica,

¿Cómo ser, pues, de tus cantores émulo?
Pero ¿negarme?... no. . cojo mi báculo,
Y á colocarme en tu álbum marcho trémulo,

Pidiendo á Apolo que me dé su brújula
Para ofrecerme en público espectáculo,
Con un pobre soneto en rima esdrújula.

FRAGMENTO DE UN POEMA.

ISIDORA (1).

CANTO I.

Disputen los Doctores que á mí, lego,
No me atañe meterme en tal hondura,
Si desde su nacer al hombre ciego
Se da ó se niega la eternal ventura:
Si el que demuestra á la maldad apego
La maldad tuvo por nodriza impura;
Y si al que justo los delitos odia
Le fué en su cuna la virtud custodia:

Si existe libertad en los humanos
Para hacer obras buenas y obras viles:
Si hemos de apechugarnos los cristianos
Con la fatalidad de los gentiles:
Si unos, la gloria tienen en sus manos
Antes de abrir los ojos infantiles;

(1) El autor no llegó á escribir más que el canto 1º de este poema, porque lo interrumpieron en su tarea, las atenciones de su carrera pública; y desconfiando siempre de tener la tranquilidad necesaria para desenvolver el asunto con la extensión que se había propuesto, jamás volvió á ponerle mano.

Y si á otros les da juntos el Eterno
El lecho de la infancia y el infierno;

Mi osada discusión yo no dirijo
Nunca á tan climatéricos asuntos;
Como hombre, como padre, como hijo,
Llenar me basta mis deberes juntos:
« Temer á Dios, » como Racine dijo,
Y á nadie más, ni á vivos ni á difuntos,
Y no dejar que la ignorancia mía
Suelte una necedad ó una herejía.

Mi predestinación es otra cosa:
Es aquel cierto inalterable giro
Que la divina mano poderosa
Nos presta al dar nuestro primer suspiro.
Es la organización maravillosa
Que, sin saber en qué consiste, admiro:
Sello que nos marcó claro y profundo
Por lema: *Sed tal cosa en este mundo.*

Esto, para explicarme claramente,
No es más que ingenio ó genio, si se admite
De voz francesa la adopción reciente.
Sea uno ú otro, impórtame un ardite
Semejante cuestión: es el agente
Que de inmortalidad cédula emite,
El que sobre su siglo al hombre eleva,
Y á la posteridad fácil lo lleva.

Él dió al gran Newton la invención aquella
Del imán que en su centro el globo esconde;
Y al célebre Copérnico la huella
Mostró, que á los planetas corresponde;
Él de Bolívar alumbró la estrella;
Él la carrera demarcó, por donde
Marchó el Emperador de los Franceses,
Grande en su gloria, grande en sus reveses.

Él á Homero creó : por Él Virgilio
Se eternizó con el llorón de Eneas :
Y Teócrito por Él creó el idilio :
Y tú, al héroe manchego, España creas :
Y Calderón y Lope por su auxilio
Del Parnaso español, ricas preseas,
Tienen, — donde hombres haya y no vestiglos,
Por patria el mundo, por edad los siglos.

En vano es que resista á sus decretos
Y no la senda siga que Él nos marca,
Quien un nombre dejar quiera á sus nietos
Cuando sucumba al golpe de la Parca.
Jamás podrá salir de sus aprietos
Quien en desconocida mar se embarca.
Byron, bajo la toga de Jovino,
Tal vez hubiera sido un gran pollino.

En vano agita la rebelde lira
Quien sin pasión ardiente y generosa

En la vulgar atmósfera respira,
Ó quien nació para escribir en prosa;
Y en vano prosa á producir aspira
Elegante, castiza y armoniosa,
Quien á ganar su pan fué condenado,
Con pedimentos en papel sellado.

Y si estuviese yo de chirinola,
Citara varios casos verdaderos
De autores mil que nunca han dado en bola
Por dejar de su ingenio los senderos:
Necia manía, que ha hecho por sí sola,
De grandes hombres grandes majaderos.
Pero, á más que de ejemplos hay gran copia,
También lo sé por experiencia propia.

Aquí frunces el gesto, lector mío,
Y piensas ver escrita por mi pluma,
Propia alabanza que te cause hastío.
No, no insensata vanidad me abruma:
Jamás cometeré tal extravío.
Pues tan sólo decirte quiero en suma:
Que si en mis versos soy de poco precio,
En cualquiera otra cosa soy un necio.

Sólo en los versos mi placer existe.
Cuando observas que vuelvo de este clima (1)

(1) El autor estaba emigrado en Chile cuando escribió este canto (1839).

Los ojos que el destierro agobia triste,
Á la cara ciudad que baña el Rima,
Y que mi anhelo en contemplar insiste
Á la antes rica y seductora Lima,
¿ Cuál de mi rumbo piensas que es la aguja?
¿ Qué juzgas tú que mi ambición empuja?

¿ Imaginas tal vez que estudio el modo
De arrojar de su trono al tiranuelo,
Que osado quiso suceder al godo,
En el dominio de mi patrio suelo?
Yo lo quisiera y lo arriesgara todo
Por obtener tan alto don del cielo.
Mas no hallo el medio; que aunque sude el hopo,
Soy en cosas políticas un topo.

¿ Crees que me ocupo en ver cómo el desorden,
Vencido el extranjero, cede y calla?
¿ Cómo vivan los hombres, cómo engorden,
Donde el furor de libertad estalla?
¿ Cómo se empalman con el bien del orden
Los derechos de indómita canalla?
Mi musa en tal cuestión se muestra lerda:
Pero yo lo conozco: no es mi cuerda.

Lector, si así calculas, te equivocas.
Lo que yo al contemplar á Lima busco;
Por más que ¡ oh patriotismo! tú me embocas
En cosas graves con empuje brusco;

Lo que busco, no son empresas locas,
Sino un hecho algo serio y algo chusco,
Que fácil se presente en sus contornos
Para vestir poéticos adornos.

No busco un héroe, no, porque mis cascos
Nunca se romperán por los varones.
Ya tienen ellos harto con los Vascos
Los Aquiles, Tancredos y Jasones.
No busco tempestades ni chubascos,
Ni lides de impertérritos campeones.
Eso á mi ingenio familiar no gusta :
La sangre me da horror y el mar me asusta.

No quiero presentar ni un personaje
De vestido marcial, con el engorro :
Chupa y no cota han de tener por traje,
Y en vez de casco, peluquín y gorro.
Y si entra algún caballo en un pasaje
Ardor y brincos bélicos ahorro,
Y lo pienso pintar manso y sin lacra,
Como uno en que mi abuelo iba á su *chacra*.

Busco, para que adorne, encantadora,
Mi doméstico plan, una heroína.
¡Ah! si mi musa alcanza de Isodora
Pintarte la belleza peregrina
Y el candor virginal, tan seductora
Parecerá á tus ojos, tan divina,

Que sin consuelo llorarás la estrella
De haber nacido un siglo después que ella.

Al monstruo horrendo de avaricia odiosa
Permitiráme retratar mi tema;
Y en ese cuadro brillará mi hermosa
De amables gracias y virtud emblema:
Al caso, pues; pero ante toda cosa,
Observaré que tiene mi poema
El principio más raro de este mundo:
Empiezo por un hombre moribundo.

Cualquiera lo sabrá, cuando en cuclillas
De negros un enjambre inmenso vea,
Que los codos fijando en las rodillas
Y murmurando jerga de Guinea,
Oprimen con sus manos sus mejillas;
Y que con palidez lóbrega y fea,
Desde el zaguán anuncian al que pasa,
Que un amo compasivo expira en casa.

En el patio hay tres mulos corpulentos,
Cada uno de los cuales un tirano,
Transporta, que con píldoras y ungüentos
Es el azote del linaje humano.
Y en los bastante incómodos asientos
Del corredor, un lego franciscano
Ya tose, ya estornuda ó cabecea,
Ya un responso entre dientes tararea (1).

(1) Cuadro exacto de las costumbres limeñas en la época á que el autor se refiere. (Ed.)

Este cuadro presenta lastimoso
En su exterior la casa de Don Diego
Zárate y Alvarado de Moscoso,
Cuyo linaje claro y solariego
Forma de su ascendencia árbol honroso :
Quien del dibujo observe el vasto pliego,
Leerá en el tronco á la primera vista
Nombres que ha eternizado la conquista.

Pero ¿ qué hiciera con su alcurnia clara
Que su nombre distingue de la plebe ?
¿ Qué, con la mezcla de familias, rara
Que el erudito en el blasón se embebe
En explicar menudo ? ¿ Qué lograra
Con esos pergaminos, en que debe,
Triunfante de los tiempos destructores,
El puro honor brillar de sus mayores ?

¿ Qué sirviera de ese árbol el ramaje
Que con mil nombres célebres empalma
La pureza de su ínclito linaje,
Si de Don Diego no tuviera el alma
Otro árbol de bellísimo follaje,
Árbol que da del mérito la palma,
Árbol que en delicioso fruto abunda
En el terreno que virtud fecunda ?

¿ Qué lograra Don Diego, si la historia
De la bondad que en su alma reconcentra,

No le diera quietud consolatoria
En el fatal conflicto que se encuentra?
¿Si en Lima no causase su memoria
Hondo dolor? ¿Si no lloraran, mientra
En el ocaso toca de sus años,
Amigos y domésticos y extraños?

¿Si el huérfano no alzase por su vida
Al Eterno sus palmas inocentes?
¿Si en el templo la viuda desvalida
No mezclase con lágrimas ardientes
Oraciones que reza dolorida?
Si millares de enfermos indigentes
No olvidasen en tristes hospitales
Por los del bienhechor sus propios males?

¿Si no hubiese ilustrado su talento
Con nociones en Lima extraordinarias?
¿Si no lo hiciesen ellas un portento,
Como sus viajes en regiones varias?
Aprendió lenguas: se versó en un cuento
De obras para aquel tiempo estrafalarias:
Á Portugal y á España vió en su infancia;
Y al célebre Boileau conoció en Francia.

Sin tan preciosas y envidiables dotes,
¿Qué supusiera Zárate el hidalgo?
Nada. — Mas no se piense que estos brotes
De odio á la aristocracia envuelven algo.

Escrupuloso, lleva la alta y baja
De los enfermos ricos que hay en Lima.
En cada alcoba pertinaz se encaja :
Á cada lecho de dolor se arrima :
Hasta que no le visten la mortaja,
Cada enfermo infeliz lo tiene encima,
Con más ardor y obstinación más recia
Que Troya tuvo á la irritada Grecia.

Pone primero el punto á los humanos
Oficios de albacea; y es lo mismo
Ver la masa de bienes en sus manos,
Que eliminarla en mágico embolismo.
Es un naufragio en piélagos lejanos
Que lo hunde todo en insondable abismo,
Sin que aparezca tabla en la ribera
De do la suerte del bajel se infiera.

Si no logra pillar la sinecura
Que ansía, de ejecutor testamentario,
Hombre rico no irá á la sepultura
Sin hacerlo, á lo menos, legatario.
Un inocente huérfano se apura
Por arrancarle el fundo hereditario :
Una viuda lo trae al estricote
Por cuarta marital : otra por dote.

A todos impertérrito hace frente
De doble cota armando su conciencia;

Y contra la caterva impertinente,
Se acoge ya al alcalde, ya á la Audiencia.
No es abogado : pero está al corriente
De los hondos arcanos de la ciencia;
Y, lo que es más, para engañar á incautos,
Tiene asombrosa versación en autos.

Alto, la frente angosta y arrugada,
En dos arcos unidos se termina,
Que componen la ceja gris poblada :
Una nariz descomunal domina
La región de la boca dilatada,
Que sólo guarda ya rara rüina;
Y cuando está en acción la barba aguda,
Con la nariz afable se saluda.

Los ojos que este rostro enjuto y serio
Animan, son pequeños; los guarnecen
Hondas ojeras : pérfido misterio,
Negra intención indican : resplandecen
Cual lámparas en triste cementerio;
Y en su siniestro giro, copia ofrecen,
Según lo halló mi observación diuturna,
Del tortuoso volar de ave nocturna.

Este es del rostro pálido el trasunto.
Miralo atento : en él, de las internas
Inclinaciones formarás barrunto :
Que tiene grietas, senos y cavernas,

Su corazón, no dudarás un punto :
Que es corazón para afecciones tiernas
De bronce, y no lo ofenda la lisonja,
Para maldades, corazón de esponja.

Volvamos pues á nuestro asunto. Asoman
Los hijos de Esculapio por la sala :
Y ni sonríen al salir, ni embroman :
No hay ya resquicio á la esperanza. Escala
Su mulo cada cual : pero antes toman
La pitanza que el uso les señala,
No sin examinarla al simple tacto,
Para ver si el pagano ha sido exacto.

Los tres van taciturnos, cabizbajos,
¿Qué causa su aflicción? ¿El poco fruto
Que esta vez han dejado sus trabajos?
¿De la familia de Don Diego el luto?
No : sus pesares tétricos son gajos
De otro racimo : son del absoluto
Convencimiento que á los tres apunta,
Que han celebrado ya la última junta.

En las mangas ocultas ambas manos,
Gravedoso pasea por la *cuadra* (1),
El jefe de los frailes franciscanos,
Que con todos los nobles encompadra :

(1) Nombre que invariablemente se da en Lima á la sala de recibir.

Encargos hace sobre el orden, vanos :
Riñe al negrillo que tal vez baladra ;
Y está, para acudir pronto, dispuesto,
Cuando digan : « Ya es hora, Fray Modesto. »

Entapizado de damasco grana,
Sigue inmediato el vasto dormitorio,
Donde recuerda la familia ufana
Que la cuna y el lecho mortüorio
Fueron de sus abuelos. Fé cristiana
Allí su auxilio da consolatorio,
Á Don Diego de Zárate que aguarda
Una muerte infalible pero tarda.

¿Ves caminante que cansado viaja
Del duro estío en la estación molesta,
Y contra el sol que sus facciones raja,
Encuentra venturoso una floresta?
¿Que allí, agobiado de fatiga, baja :
Que va cerrando el párpado en la siesta,
Y poco á poco el céfiro risueño
Le embriaga con los néctares del sueño ?

¿Ves la nave que, al soplo de la brisa,
Áncoras leva y en la rada flota
Presta á surcar la superficie lisa
Que blanda mar ofrece á su derrota?
¿Que se aleja insensible, y se divisa
Cada vez más pequeña y más remota,

Hasta que, cual si en medio alzara un monte,
Á tu vista la roba el horizonte?

Así tranquilo Zárate en su cama
Consume su existencia. La agonía
Es para él, la moribunda llama
De lámpara que suave y dulce ardía:
No es incendio que lidia y que se inflama
Con el agua que á ríos se le envía,
Y que libra, al ceder á este elemento,
De humo columnas fétidas al viento.

En su ancha frente, de pavor, vislumbre
No se verá, ni de inquietud la huella:
Paz, y conformidad y mansedumbre
Fijar quisieron su mansión en ella:
Un ángel de bondad que á la alma lumbre
Del cielo va á guiarlo: esta es la bella
Consoladora imagen de la muerte,
Que el noble anciano junto al lecho advierte.

No así en su lecho, el criminal de abrojos
La vé, cuando los últimos destellos
Lanzando de su luz, saltan sus ojos,
Y se erizan, cual flechas, sus cabellos;
Sino como dragón que con enojos
Aterradores quiere asirlo de ellos,
Arrancarlo á los goces terrenales,
Y entregarlo á las furias infernales:

Está á la cabecera Don Marcelo,
Á mano izquierda, la cabeza gacha
Sentado en un sillón de terciopelo.
— « ¿Viene Isidora ya? — ¡Pobre muchacha!
¡Cuán atroz no será su desconsuelo! »
Don Diego exclama así. — « Chica, despacha, »
Añade el otro, yendo hacia la puerta,
Do más que viva está Isidora muerta.

Cubre su pecho de celeste albura,
Suelto el cabello, rizo, negro, undoso,
Bien así, cual de un bosque la espesura
El rostro oculta de la luna hermoso.
Ostenta vivo su mejilla pura
De la inocencia el fuego candoroso;
Y es con el llanto en que se vé inundada,
Flor en rocío matinal bañada.

En vano intenta reprimirlo, en vano
De serenar su agitación se encarga,
Por que no observe el moribundo anciano,
Que despedaza á su hija pena amarga.
Va tres veces á entrar : pero la mano
Del dolor la sujeta; y tal la embarga
Su repugnancia á traspasar el quicio,
Cual si hubiera en la puerta un precipicio.

Se resuelve por fin al duro trance :
De su atroz turbación se hace señora :

Para que por el llanto no se alcance,
El llanto amargó, en su interior devora:
Con la fría razón, porque no lance —
Indicios de la pena roedora,
Comprime el corazón tierno y ansioso,
Cual mina con peñasco ponderoso.

Llega á la cama: ocupa la derecha:
Con las ebúrneas manos virginales,
La cara mano de su padre estrecha.
— « ¡ Hija! dice él: conozco bien tus males:
» Te considero en lágrimas deshecha;
» Mas perdona á las ansias paternales;
» Que aunque sé que tu herida hago más honda,
» Quiero que aun á mi voz tu voz responda. »

Romper quiso ella su silencio mudo
Á esta ternura que en su pecho labra
Respeto y gratitud: pero no pudo
Articular siquiera una palabra,
Cual si tuviera en la garganta un nudo.
Mejor le está: que, por el paso que abra
Á sus afectos, solo un ¡ay! vehementes,
El acerbo dolor saldrá á torrentes.

— « Mi último instante es este » continúa:
« Presto de su prisión mi alma se libra,
» Pues siento que mi fuerza se extenúa.
» No porque deja el mundo, inquieto vibra

» Mi corazón, que en nada lo valúa.
» Por ti la muerte, sí, vence mi fibra;
» Porque este amor que el alma me conforta,
» Es el más fuerte vínculo que corta.

» Pero un consuelo mi amargura calma:
» Conozco el prematuro desarrollo
» De tu talento, la virtud de tu alma.
» Sé que hallarás difícilmente escollo,
» Sin que obtengas sobre él triunfante palma;
» Y que aunque eres aún tierno pimpollo,
» En educarte mi amoroso ahinco,
» Ha hecho de catorce años veinticinco.

» Isidora, con todo, el celo mío,
» Sólo se ocupa en la hija que yo adoro.
» Mucho, es verdad, en tu razón confío
» Mas por tu edad, tu sexo y tu decoro,
» Te encomiendo á la guarda de tu tío.
» Sobre este caro y singular tesoro
» Que entrego á la confianza que él me inspira,
» Mi testamento casi todo gira. »

¡Golpe mortal á la infeliz doncella!
Se hubiera resistido sin embozo,
Quizá en otra ocasión: pero en aquella,
No la dejó el dolor. Tan grande gozo
Recibe el tío del silencio de ella,
Que el corazón le salta de alborozo,

Ya sin temer que su misión peligre,
Como á la vista de su presa el tigre.

—« Le encargo pues que siendo suficientes
» Los bienes que tu herencia constituyen,
» Te permita los goces inocentes,
» Que las penas humanas disminuyen. »
— ¡Bueno es que de esperanza te alimentes,
Si así, Don Diego, tus pesares huyen,
Por que tranquilo á tu sepulcro bajes:
Pero, *allá lo veredes, dijo Agrajes!*

— « También le encargo. ¡Hermano! y que no muera
» Conmigo este mi ruego postrimero;
» No violentes á mi hija cuando quiera
» Elegir de su vida el compañero.
» Al hacer este encargo, considera
» Que exterior tan vivaz y zalamero,
» Nunca intenciones, ni aun remotas, palia,
» De vestir jerga ni calzar sandalia.

» Sin libertad, la maldición del cielo
» Verá en el yugo que las almas unce.
» Honor y cuna en su marido anhelo:
» Ella los buscará, sin que la punce
» La voluntad ajena. » — Don Marcelo
Baja la frente y el hocico frunce
En ademán de aprobación grotesco:
Mas dice en su interior: « Sí, ya estás fresco: »

— « ¡Ah! nunca... nunca... sé muy bien que asila
» Al pundonor su pecho... Yo no aspiro... »
Aquí su escasa fuerza se aniquila:
Quiere en vano exhalar hondo suspiro:
En el párpado esconde la pupila,
Vagando el ojo con incierto giro:
El cruel parasismo que padece,
La palidez de su semblante acrece.

Por hablar á sus deudos aun se inquieta.
¡Padre infeliz! ¡Tu esfuerzo es impotente!
El vigor ya sus miembros no sujeta:
Otro calor no guardan que el que siente
La mano que Isodora amante aprieta,
En que quisiera de su labio ardiente
Á besos estampar la huella roja,
Y que con lloro más ardiente moja.

La hija, sobresaltado el tierno pecho,
Levanta el rostro; el de su padre mira:
Lanza un agudo grito, cae en el lecho,
Y con horrible convulsión delira.
Sácanla al punto. De placer deshecho,
A un lado y á otro Don Marcelo gira,
Cual si estuviera previniendo un baile.
Sale, entra, á salir vuelve, llama al fraile,

Al lado de Don Diego lo coloca:
Corre á la habitación do la sobrina

Está, perdida la razón. La toca,
Como quien sus dolencias examina.
Mas las tales dolencias son de poca
Monta para él : lo que lo desatina,
Es la argolla de llaves seductora
Que está colgada al cinto de Isidora.

Busca ansioso su presa : desaliña
Á la muchacha; hasta que al fin la argolla
Se presenta á sus ojos. Escudriña
De desatarla el modo : mas se atolla
En un afán inútil, que la niña
Fuerte nudo había echádole. Su cholla
No le ofrece otro medio por lo pronto,
Que los colmillos aplicar. El tonto, —

Por poco logra derribar con esto,
Los postes carcomidos, vacilantes,
De un arrasado pueblo único resto :
Pero llama en su auxilio los cortantes
Filos de una tijera, y logra presto,
Coronar sus esfuerzos anhelantes.
¡Llaves, cambiasteis vuestro asiento caro,
Por el yermo bolsillo de un avaro!

Corre toda la casa á largo tranco :
Por los oscuros cuartos do se inquieta,
Se vé la ondulación del gorro blanco,
Como la cola de fatal cometa.

Por no dejar á raterías flanco,
Reunirlo todo en un lugar decreta;
Y suda, en trasladar con seis gandules,
Cómodas, escritorios y baúles.

Del testamento armado allí, prolijo,
Vé si lo que contiene está completo;
Y no deja en los muebles escondrijo
Que de menudo examen no haga objeto.
Cuenta el caudal, do el pensamiento fijo,
Tuvo harto tiempo; y si á su anhelo inquieto
El yerro de un centavo se presenta,
Vuelve mil veces á empezar la cuenta.

En tanto el accidente de Isidora
Duró un día. Sus ojos pesarosos
No mostraron su luz encantadora
Hasta las siete de la noche; ansiosos
La habitación recorren; y á deshora,
Conociéndola, exhala lastimosos
Y hondos gemidos la cuitada, y dice :
— « ¿Dónde mi padre está?... ¿dónde?... ¡Infelice!...

¿Dónde? — Un estrepitoso *Miserere*
Elocuente responde á esta pregunta...
¡Ah! Canto aterrador! ¡Canto que hiere
El filial corazón, como la punta
De un puñal! « ¿Qué oigo? ¡Oh Dios! por qué no muere
» También la hija infeliz, y no se junta

» Con su padre en la tumba? » Así prorrumpe,
Y un torrente de llanto la interrumpe.

Dejémosla llorar : que el llanto vierta
Más justo que derraman los mortales,
Llanto que sólo encuentra copia cierta
En el sudor que derramó á raudales
El tío avaro, por cerrar la puerta
Á gastos mil, en caso tal, usuales;
Y llenar tanta y tanta ceremonia,
Sin violar su jurada parsimonia.

Por supuesto en lo que es de pura pompa,
Que ceder tuvo, aunque con gran violencia;
Pues de la fama asusta más la trompa,
Que el grito aterrador de la conciencia.
Mas como de que el uso en misas rompa
Sólo en el otro mundo hay evidencia,
Fué tal su economía en este punto,
Que no tuvo una el alma del difunto.

¿ Misas?... Para fijar las dimensiones
Del fúnebre ataúd, hubo quimera.
— « ¿Cuánto, por él, llevarme te propones? »
Al carpintero dijo : — « La madera
» Está cara, señor... Cuatro tablones...
» Clavos... cola... jornal... Si usted me diera
» Seis doblas, consultando todo ahorro,
» Lo pudiera entregar hasta con forro. » —

« ¿ Seis doblas? » — « ¡ Barato es por vida mía!
— « ¡ Barato !... Mide el muerto en el instante.
» ¿ Seis doblas? ¡ Espantosa pillería!...
» ¡ Qué modo de medir! Para un gigante
» Un ataúd tan largo serviría...
» Dame esa vara, dámela bergante. »
Y el miserable con su propia mano
Mide el cadáver de su pobre hermano.

Observa de criados el conjunto
Esta escena de horror que los admira.
Se entrega cada cual sobre el asunto,
Á comentarios mil. Gime y suspira
No tanto por el alma del difunto,
Cuanto por el terror que el vivo inspira;
Porque estos procederes infernales,
Del triste porvenir les dan señales.

Este viejo cree hallar al amo sordo
Á la indulgencia que la edad merece,
Ese, que más que un cerdo se vé gordo,
Piensa ya que el trabajo lo enflaquece
Ó tal vez lo revienta. Aquel vilordo
La última vez bosteza y se estremece,
Viendo que en adelante, ó anda al trote,
Ó le abre las espaldas el azote.

También negros presagios Isidora
Se contrista en formar sobre su suerte.

La hermosa vista que el dolor azora,
Vuelve hacia atrás, é inconsolable advierte
Todos los bienes que perdió á deshora.
Sólo recuerdos quedan ya; y la muerte
Oscuro velo en derredor les ciñe,
Que en color melancólico los tiñe.

Vé el porvenir, y súbito la asaltan
Mil pesares y mil que en él se encierran,
Que su imaginación ardiente exaltan,
Y su inocente corazôn aterran.
Personas piadosísimas no faltan,
Que quieren consolarla. ¡Cuánto yerran!
Cada inútil razón que le dirigen,
Es un nuevo dogal con que la afligen.

— « Si no hay remedio, Isidorita, dime;
« ¿Por qué ese llanto? Tu dolor acalla. » —
Por eso es cabalmente por que gime;
Porque remedio la infeliz no halla
Al infortunio horrendo que la oprime:
Porque ha alzado la muerte una muralla
Entre ella y el placer, y vé en el mundo,
Sólo un abismo de dolor profundo.

Cómo quedó Isidora en este infierno
Que al lado de su tío era seguro:
Cómo su padre, que la amaba tierno
No consultó su bienestar futuro:
Ya que aun era temprano para yerno,
Cómo no buscó un hombre menos duro,

Y más fiel en guardar ese tesoro;
Si la verdad he de decir, lo ignoro.

Si en Don Diego, respecto de su hermano
El amor fraternal cegó el criterio;
Si por tío creyó que más humano
Fuera en desempeñar su ministerio;
Si por temor al *qué dirán* mundano
No dió el cargo á un extraño; es un misterio
Para mí; pero sea lo que sea,
Ello es que él fué tutor y fué albacea.

Si fué de vituperio ó fué de aplauso
Digno en estas funciones el buen tío,
Lo dirá, si fastidio no te causo,
El resto de mi historia, lector mío.
Pero será otro día, porque hoy pauso,
Para que cobre el canto nuevo brío;
Y porque en producciones tan difusas,
Fieras destruyen mi salud las musas.

Y no pienso en la prosa. Y no hay remedio:
Ó prosa ó ayunar; si no me soplas
Para comer con versos algún medio,
Y con la utilidad el gusto acoplas.
Inútil de buscarlo será el tedio:
No se vive en América de coplas.
No excite pues, mi pausa tus reproches,
Y vamos á otra cosa. ¡Buenas noches!

Santiago de Chile, 1840.

SÁTIRAS POLÍTICAS

É INSPIRACIONES DE LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL POETA

(1850 Á 1865).

SONETOS

DEDICATORIA

A. S. E. EL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Os dedico, Señor muy excelente
(Que vale en buena cuenta lo mismísimo
Que deciros Señor Excelentísimo),
Os dedico mi libro, ¡oh Presidente!

¿Qué Mecenas hallar más eminente?
Patriota y liberal ardorosísimo,
Justiciero, económico, purísimo,
Sabio, inflexible, enérgico y valiente.

Aquí no ensalzo al que hoy nos acaudilla,
Que eso en verdad me aprovechara poco,
Sino al que ocupe la suprema silla

Cuando salga mi libro: á él se lo emboco
— ¿Y quién será esa octava maravilla? —
¿No lo sabes, lector? Pues yo tampoco.

PARA SERVIR DE ADVERTENCIA Á MIS COMPOSICIONES POLÍTICAS.

Poner no quiero á mi franqueza dique,
Aunque mi escasa fuerza en ello agoto,

Cuando ya el miedo al qué dirán he roto,
Ni tengo empleo que se vaya á pique,

Ni he de leer lo que de mí publique
Multitud escritora en alboroto,
Ni he de solicitar, humilde, el voto
De electores de Angola y Mozambique.

Inválido, extenuado, moribundo,
¿Por qué he de respetar las falsedades
Que en desconcierto atroz ponen al mundo?

Lector, los males de la patria apuran,
Y hablar es fuerza. Si arden mis verdades,
También arden los cáusticos y curan.

EL REY NUESTRO SEÑOR.

Invención de estrambótico artificio,
Existe un rey que por las calles vaga:
Rey de aguardiente, de tabaco y daga,
Á la licencia y al motín propicio:

Voluntarioso autócrata, que oficio
Hace en la tierra, de ominosa plaga:
Príncipe de memoria tan aciaga,
Que á nuestro Redentor llevó al suplicio:

Sultán que el freno de la ley no sufre
Y de cuya injusticia no hay reintegro;
Rey por Luzbel ungido con azufre;

Czar de tres tintas, indio, blanco y negro,
Que rige el continente americano,
Y que se llama — Pueblo Soberano.

TRISTE REALIDAD.

Aunque temo no baste mi talento
Por afanoso que en la empresa incube,
El Sanhedrín bosquejaré, do estuve,
Costándome el reloj, mi atrevimiento.

Hierve tráfico torpe y fraudulento :
Llueven puñadas y empellones : sube
De cigarros y alcohol en densa nube
Diabólica algazara al firmamento.

¿Son tunantes? ¿Son locos? ¿Son muchachos?
¿Son acaso borrachos? Hay de todo :
Niños, locos, tunantes y borrachos,

Que cumplen con la ley; pues de ese modo
Constituyendo electoral Colegio,
Ejerce el Pueblo-Rey su poder regio.

Á UN POETASTRO ADULADOR DE UN PODEROSO.

¡Conque de Don Jinés construyes aras
Á las virtudes, rebosando en gozo!
¡Conque pueblos fundó, y hasta es buen mozo,
Puesto que al sol brillante lo comparas!

Permita Dios, por que te cuesten caras
Las frases que te arranca el alborozo,
Que te veje y humille sin embozo,
Tu Don Jinés el de las prendas raras.

Que no tengas más sol que te caliente;
Ni otro hogar que los pueblos que ha fundado;
Que su yugo te agobie eternamente;

Y que si abrazas á tu objeto amado,
La Filis bella en cuyo amor te escaldas,
Se te convierta en Don Jinés con faldas.

EL PERÚ.

¿Qué es esto? ¡Oh Dios! ¿Qué vértigo satánico,
Á numerosos pueblos rapidísimo,
Cual movidos por ímpetu mecánico,
Lleva á hundirse en abismo profundísimo?
¿Es hechizo funesto? ¿Es vicio orgánico?
Ó ¿el desorden por mira del Altísimo
Atrinchera sus reales, estratégico,
Desde los Patagones hasta Méjico?

No, no es mira de Dios; nunca lo fuera,
En sus miras es Dios todo armonía;
¿Cuando presenta súbito en la esfera
Un mundo su eternal sabiduría
Á la fé ardiente de Isabel primera,
Será para que el mal su saña impía,
Cebe en naciones que arrancó el bautismo
Á la garra infernal del paganismo?

¿Será para tener desposeída
Del goce angelical de la concordia
La ignorada región que con su egida
Cubrió su paternal misericordia?

¿Será para que América afligida
Sufra, á merced de bárbara discordia,
Bajo la Iglesia plagas más crüeles
Que bajo la impiedad de los infieles?

No, no es mira de Dios: que un continente
De riquezas sin fin no hizo venero,
Para que objeto fuese eternamente
De compasión al universo entero.
Y si en predilección tan evidente
Vé el mundo de Colón dichoso agüero,
¿Qué, la nación verá que fundó Manco,
Con quién fué el cielo en dádivas más franco?

De Dios la mira es otra. Dios piadoso
Muchedumbre nos dió mansa y sencilla,
Que así al imperio justo y generoso,
Como al ruin y bárbaro se humilla,
Tesoro inesperado y portentoso
De nuestro mar improvisó en la orilla;
Y ríos nos creó que de canales
Crucen nuestros ardientes arenales.

Dios puertos nos abrió, donde violenta
Nunca su furia el huracán ensaya,
Donde triste naufragio no amedrenta
Al morador de la tranquila playa;
Donde, al abrigo de feroz tormenta,
Ser rehusa el barómetro atalaya,

Como exigiendo, al verse en mar tan manso,
Su vigilante actividad descanso (1).

¿Qué queréis? ¿Perdurables monumentos
Que arranque á los cinceles la escultura,
Ó eleve sobre sólidos cimientos
Á las nubes la osada arquitectura?
Ébanos, robles, cedros corpulentos,
De las selvas pedid á la espesura;
Y bronces á las minas, y granito,
Y mármol del albor más exquisito.

¿Quizá industria pedís? Igual riqueza
También al artesano laborioso
El patrio suelo brinda con largueza,
De cuanto vario, y útil y copioso
Puede ofrecer conforte á la pobreza,
Pasto á la vanidad del poderoso,
Severa majestad á los altares,
Esplendor á las pompas militares.

¿No veis, no veis ese uniforme grana,
En que lucen, rivales de la seda,
La suavidad y el lustre de su lana,
Con que apuesto bretón guarda la rueda
Del coche de su augusta soberana (2)?
Pues quizás todo del Perú proceda,

(1) Sabido es que el barómetro apenas marca las variaciones del tiempo en las latitudes bajas de la costa meridional del Pacífico.
(2) Alude á la esposa de Napoleón III. (Ed.)

Y á él deban su finura y su decoro,
El paño, el tinte y los galones de oro.

Dios, en climas nos dió vario elemento,
Con que á las produccionés más extrañas
El Perú ofrece hospitalario asiento.
Dios, del Perú crear en las entrañas
Quiso el carbón, con que humillar el viento
Logra el vapor, y el mar y las montañas;
Y en fin, para encerrar nuestros caudales,
Dios, los Andes alzó monumentales.

Mas de sus altos dones la riqueza
En nada más espléndida resulta,
Que en la varia y gentil naturaleza
Que en el oriente nuestro linde esmalta:
Rapto de admiración y de grandeza,
Los más tibios espíritus exalta,
Al contemplar el cuadro portentoso
Que desenvuelve aquel Edén suntuoso.

Arboles de titánica estatura,
Dosel cada uno de una tribu entera,
Que no encuentran rival en la hermosura
Del variado matiz de su madera:
Plantas y flores mil, en que natura
Su caprichosa ostentación esmera,
Y que ciñen riquísimas coronas
Á la sien imperial del Amazonas.

Morera, que da vida al laborioso
Gusano, en sus talleres naturales,
Para vestir al prócer ostentoso
Y adornar los alcázares reales :
Algodón, que el inglés acopia ansioso,
En su sed de victorias industriales :
Y caucho, que es impenetrable egida
De la salud y de la humana vida :

Dulce caña, jugosa y gigantea,
Que veloz se propaga y veloz crece,
Dejando por raquítica y pigmea,
La que en Asia y en Cuba el aura mece :
Tintes con que la Europa se recrea,
Y su industria matiza y enriquece,
Satisfaciendo con su activo influjo,
Los caprichos fantásticos del lujo :

Vasta copia en raíces y animales
Al sustento y al gusto provechosa;
Cocoteros, almendros, cafetales :
En tamaño, á la almendra sustanciosa,
El fruto nutridor de los maizales
Haciendo competencia victoriosa;
Y tú, rey de los néctares, cacao,
Delicia del almuerzo y del sarao :

La vid que dos montañas entapiza
Hallando en ellas protector arrimo,

Y en variado festón que el sol matiza,
Luce con esplendor su áureo racimo;
Mientras entre ambos cerros se dezliza
El manso rey de aquel estado opimo,
Que, sumiso á más alto soberano,
Va fiel á acompañarlo al oceano :

Y apacibles las auras tropicales
Refrescan la carrera ya adornada
Por las valiosas galas vegetales;
Y la alegra con plácida alborada,
De forma y de colores ideales,
Muchedumbre de pájaros variada;
Rindiendo así en sus pompas la comarca
Respetuoso homenaje á su monarca :

La *tuna* á quien tranquilas posesiones
No bastan en los campos dilatados,
É invade las ruidosas poblaciones,
Para arraigarse en torres y tejados (1);
Sandías y aromáticos melones,
Para fácil transporte tan pesados,
Qüe ya los reconecen las florestas
Como los anfitriones de sus fiestas :

La *palta* que da al pan, su compañero,
Gusto mejor que la batida nata :

(1) No hay nada en esto de exageración. Cualquiera que haya viajado por el interior, habrá visto en muchas poblaciones nacer los *tunales* (ó *nopales*) en los techos, en los campanarios, y hasta en las cornisas de los edificios. (Autor). — Esto es exacto, y lo hemos visto nosotros, al recorrer la región andina del Perú, principalmente en Ayacucho y sus inmediaciones. (Ed.)

La *lúcuma* que de hábil repostero
La más feliz inspiración retrata ;
La *frutilla* esparcida en el otero
Cual perfumada alfombra de escarlata :
El *plátano*, á que dan retrete umbroso,
Fajas de raso en pabellón vistoso :

Odorífera *piña* que arrogante
En follajes simétricos se asienta;
Naranja que su humor refrigerante
Y su dorada redondez ostenta ;
Del clima tropical blasón fragante
Chirimoya exquisita, que presenta
Ufana en nuestros huertos á Pomona,
El más rico florón de su corona;

La *guayaba*, que lejos, altanera
Se anuncia en los aromas que derrama :
La fresca *granadilla* que ligera
Por árboles y riscos se encarama
Y miles más de frutas, que arduo fuera
Recomendarlas todas á la fama,
Y celebrar en tonos dignos de ellas
Su fragancia, sabor y tintas bellas :

De especies, en corteza y en resina
Inmenso acopio. Saludable aceite;
Perfumes en que fácil se combina
De olfato y paladar amplio el deleite;

Cuanto para triunfar la medicina,
El femenil orgullo para afeite;
Cuanto para reinar en todas partes
El comercio, las ciencias y las artes;

Cuanto para sustento y embeleso
La humanidad; cuanto en su sed violenta
Puede el siglo pedir para el progreso;
Cuanto el afán emprendedor fomenta;
Cuanto con noble y maternal exceso
En su vegetación la tierra ostenta,
Sin que el arado sus entrañas rompa,
Todo allí resplandece en regia pompa.

La civilización está en la infancia....
Cierto, ¡oh dolor! mas genios hay incultos
Que roban, á pesar de su ignorancia,
Al arte sus misterios más ocultos;
Y por los que, humillada su jactancia,
Algún día verán pueblos más cultos,
Si del cultivo al refulgente lampo,
Solícito el poder les abre el campo.

Tal profusión de dones, tal riqueza,
¿La volundad de Dios no hacen patente,
Que siglos de ventura y de grandeza
Guarda al Perú y al vasto continente?
Mas, para combatir nuestra tibieza,
El fin de su obra reservó prudente;

Y del mortal encomendó al anhelo,
El fruto cosechar que formó el cielo.

¡Encomendó al mortal! ¡Difícil cargo,
Para el mortal que entre tinieblas gime,
Si de la oscuridad y del letargo
Inteligente acción no lo redime!
¡Ah! ¡Cese ya destino tan amargo,
Y la infeliz nación, á quien oprime
De la ignorancia el hórrido vestiglo,
Marche en la senda que ilumina el siglo!

Industria, activo cambio, agricultura,
Sólo de sabia dirección carecen;
Y el celo ardiente, buena fé y cordura,
Cuanto en sus escogidos apetecen.
No pide más la nacional cultura,
Y puéblanse los yermos y florecen,
Á impulso del vapor y de la fragua,
Y al refrigerio creador del agua.

Cultura el pueblo, sí: la turba ociosa
Que en la inacción y crápula vegeta,
Es tiempo ya que en servidumbre honrosa
De la razón al yugo se someta:
Es tiempo ya que activa y ardorosa,
Se afane por su bien, cual bulle inquieta
Cuando al influjo de anarquista aleve,
Á trastornar la sociedad se mueve.

¿Y así de la ambición á la artería
También no prostitúyese insensata,
Del sufragio en la torpe granjería?
Y ¿así también la autoridad no acata,
Cuando la autoridad, dura é impía,
Á esposa, hijos y hogares la arrebata,
Para comprar, á precio de su vida,
El laurel de contienda fratricida?

Pues si obedece, que en su pro obedezca:
Y que á labrar su dicha se le enseñe,
Y con la suya, la común acrezca;
Y en el progreso nacional se empeñe;
Y en la *honrada labor* no desfallezca;
Y sólo en ella su ventura sueñe;
Y rompa de la tierra las entrañas;
Y allane las altísimas montañas.

Á los que al proletario en bienandanza
Aventajáis, y en clara inteligencia,
Á vosotros, tan útil enseñanza,
Ciudadanos, confió la Providencia,
Realizar tan magnífica esperanza:
Y del ejemplo y de la voz la influencia,
Dé savia, y fronda, y juvenil verdura,
Al árbol de la pública ventura.

Cumplid vuestros patrióticos deberes;
Ennobleced un pueblo desidioso;

Grabadle con eternos caracteres,
Que de la libertad el bien precioso,
Lo dan: la actividad de los talleres,
Y el seno de la tierra generoso,
Y la virtud; no el ocio ni los vicios,
Ni el tumultuoso ardor de los comicios.

¡Ah! cien hombres de noble sentimiento
Bastan, de la Divina Providencia
Las miras á llenar. No más que ciento....
¿Dónde están? ¿Los sumerge la indolencia
En torpe sueño?... y ¿ceden, sin aliento,
El campo á la atrevida turbulencia?
¡Qué! ¿No veis que ese sueño es tan siniestro,
Como al provecho de la patria, al vuestro?

Y si el progreso público y el orden
Os deben sólo indiferencia fría,
¿No os estremece, al menos, que el desorden
Hondamente arraigándose, haga un día
Que pasiones famélicas desborden,
Y que abra el azadón de la anarquía
Á vuestro caro bienestar la tumba,
Antes, quizá, que la nación sucumba?

¿Dónde está de los próceres peruanos
El celo que proclaman y enaltecen,
Si de lástima ó queja, acentos vanos,
Sólo en las aras de la patria ofrecen?

¿ De intrépidos y activos ciudadanos
Las funciones augustas aborrecen,
Porque interrumpen la feliz holganza
En que los mece, efímera bonanza?

¡Patricios! Cuerdos sois. En cosas fútiles,
No fatiguéis vuestro civismo irónico;
No malgastéis vuestros servicios útiles:
Del egoísmo al dulce arrullo armónico,
En plácida embriaguez, dormís inútiles;
Y con un gesto de desdén sardónico,
Del Perú respondéis al grito unánime,
Que vuestra compasión implora exánime.

1856 (?)

LA CONSTITUCIÓN POLÍTICA

DEL PERÚ.

POEMA SATÍRICO.

ADVERTENCIA.

Lectores :

En un país, en donde raros son los que no se creen capaces de vaciar en veinticuatro horas el mejor código fundamental que pueda salir de molde legislativo, decidiendo magistralmente las más intrincadas cuestiones de la ciencia administrativa; no se podrá negar sin injusticia al *Espejo de mi Tierra*(1) el permiso de echar su cuarto á espadas sobre tópico tan vulgar, particularmente, cuando su ingenuidad y la pureza de sus intenciones deben ofrecer menos dudas que nunca, al considerarse que resucita en 1859, después de haber habitado por más de diez y ocho años el mundo de la verdad. Y para no andarnos con metáforas : yo, que soy una misma cosa con el ***Espejo de mi Tierra***, aunque no he considerado á nuestra sociedad, en mis primeros ensayos, sino en sus relaciones familiares y privadas, me atrevo hoy á penetrar en la región de la política, porque una situación excepcional, que, por cierto nada tiene de envidiable, me pone á cubierto de cualquiera inputación que

(1) Célebre periódico eventual, en que el autor criticaba las antiguas costumbres de Lima, publicado en 1840. (Ed.)

pudiera suscitar contra mi buena fé y mi desinterés la amargura de mis verdades ; y debo aprovecharme de la única ventaja que esa situación me ofrece, para presentar francamente mi sentir á mis lectores, en el punto que afecta sus intereses más vitales. Un escritor que no puede ser Ministro, ni Representante, ni *Celador* de barrio, es un ente privilegiado, en cuyo candor se puede descansar con ilimitada confianza.

No se diga que las lucubraciones políticas son asuntos demasiado serios para someterse á la jurisdicción de un festivo periódico de costumbres. Nada más serio que la mansión de los difuntos; cuando la mayoría de los cristianos corre á bandadas al Cementerio general el día de Todos-Santos, menos á rogar por los muertos que á procurarse un alegre pasatiempo, no temo ser acreedor á muy severa censura, al hacer en las altas regiones constitucionales una incursión semejante, por ejemplo, á mi *Paseo de Amancaes.*

Mi sentir en materia constitucional, es : que las diversas constituciones que han regido al Perú podrán sér, cada una de ellas en su especie, como obra de fantasía, los dijes más preciosos que ha creado taller legislativo; pero en cuanto á sus relaciones con la cara patria, así las considero yo emblemas de la sociedad peruana como de la sociedad japonesa; y digo de todas ellas, lo que decía el poeta del blanco y sonrosado rostro de Doña Elvira :

« . . . . lástima grande
Que no sea verdad tanta belleza. »

Ni puede ser de otra manera, cuando se pretende constituir una nación, entresacando principios de las constituciones y de los libros de otras naciones, y cuando se olvida: que la constitución del Perú no está en esos libros, ni en esas constituciones, sino en el mismo Perú ; porque la constitución de un pueblo no es la manera caprichosa y ficticia con que un sistema político quiera hacerlo existir, sino la obra primitiva de la naturaleza, perfeccionada paulatinamente por la observación y por el estudio, y sujeta á principios análogos á los de la constitución de un individuo.

Un país bien constituído es, en el orden político, lo que en el orden físico, moral é intelectual, el hombre, que desde su más

tierna infancia ha ido desenvolviendo por una cuerda educación, sus facultades físicas, morales é intelectuales, sin anticipar las épocas, sin precipitar los períodos, sin adelantarse á lo que la edad va permitiendo y exigiendo, hasta ponerse en estado de arrojarse, sin peligro, á todos los trabajos y á todas las vicisitudes de la vida, á todos los ejercicios del cuerpo y del espíritu. Como la mejor constitución de un individuo es la que más resiste á los soles, á los aguaceros, á la fatiga, al hambre, á la mala calidad de los alimentos, así, la mejor constitución de un pueblo, no es la más engalanada con el falso relumbrón de doctrinas fantásticas, sino la que le permite caminar con más desenvoltura y con más seguridad por la senda del progreso; la que le habilita para resistir mejor á las tropelías de la anarquía, á los atentados de la ambición, á las pretensiones del egoísmo y á los abusos de la tiranía.

Para descubrir la verdadera constitución del paciente, el médico tiene que empezar por despojarle de la ropa : esto es lo que he hecho yo al proponerme examinar la constitución del Perú; y mi examen produce un resultado, que, si es raro é incomprensible en el mundo del buen sentido, es obvio y natural, y fruta indígena en el suelo de los Incas, en donde todo sucede al revés de lo que en el resto del universo : este resultado es : que la *Constitución-poema* es la verdad, y las *Constituciones-códigos*, son la fábula.

Acoged, pues, benévolos lectores míos, la Constitución de la República, despojada de la engañifa de los cosméticos, de la crinolina y del corsé; y no creáis que me he propuesto en mi tarea desacreditar tal ó cual de los diferentes disfraces con que sa ha vestido nuestra patria, en la gran danza de energúmenos á que sirve de teatro el mundo de Colón ; ó hablando de manera que me entiendan todos, no he aludido determinadamente en mis pobres octavas, á tal ó cual constitución de las diversas que por breves períodos nos han regido : he procurado tan sólo hacer palpable la exageración de muchos principios constitucionales que están cada día más en boga, y que se han adoptado en casi todas ellas; y manifestar el ridículo contraste que ha formado siempre entre nosotros, la letra de las instituciones con la vergonzosa y miserable evidencia de nuestra estructura social; exageración y contraste de funestísima trascendencia,

que convierten nuestra pobre patria en presa incesantemente disputada entre la opresión y la anarquía. Si la fascinación en que las teorías seductoras envuelven los espíritus, forma una coraza impenetrable á las verdades que presento con los colores más vivos que me ha sugerido mi humilde fantasía, desoid en buenahora la voz del patriotismo que las dicta; pero haced á lo menos justicia á la pura intención con que me esfuerzo por llenar religiosamente los deberes del que escribe para el público. Hacedme justicia y no os amostacéis, ni me convirtáis en blanco de vuestro encono; que si blasonáis de ciegos admiradores de nuestros códigos políticos, debéis, por el contrario, mirar con indulgencia y hasta con lástima mi error, para proceder no sólo del modo más piadoso, sino también del modo más constitucional; porque declarando nuestra constitución que todos somos iguales ante la ley, no tengo yo menos derecho de disparatar que el más encopetado de mis ilustres compatriotas; y tranquilizaos, á mayor abundamiento, con la idea consoladora de que este inocente disparate mío, este inofensivo juguete, aunque no marcado todavía en nuestro mapa hidrográfico, no ha de ser el escollo fatal en que venga á estrellarse la nave pública, á quien ha permitido la misericordia divina navegar tantos años, sin zozobrar, en un mar erizado de disparates y bellaquerías.

CONSTITUCIÓN POLÍTICA. (1)

TÍTULO I.

RELIGIÓN.

La Católica Romana
La profesa el Estado y la protege :
Pero sin que su egida soberana
Pueda arredrar al más cobarde hereje.
Que se difunda ó no la fe cristiàna,
Que la Imprenta la ensalce ó la moteje,
Eso al Estado no dará quebranto :
La oficial protección no alcanza á tanto.

Lo extraoficial : audaces mozalbetes
Que festejan cual farsas de histriones,
Con guiñadas y dimes y diretes
De la Iglesia las clásicas funciones.
Repiques, tamboriles y cohetes,
Chirimías, buñuelos, camarones,

(1) Este pequeño poema, con la advertencia que le precede, fué publicado en 1859, como número 3° de *El Espejo de mi Tierra ;* pero por ser una composición poética, me ha parecido preferible colocarla en este lugar. Los lectores que hayan leído la primera edición, conocerán que la presente está aumentada en algunas octavas. (Autor.)

Y en pueblo de indios, quiere nuestra dicha,
Que el culto nade en piélagos de *chicha*.

TITULO II.

SOBERANÍA.

Goce atributivo
Del pueblo, quien divide en tres poderes
Que son Legislativo, Ejecutivo,
Y Judicial, sus altos procederes.
Á cada poder de éstos, decisivo,
El código señala sus quehaceres,
Mandándoles obrar con tal recato,
Que no saquen jamás los pies del plato.

Por lo cual el poder Legislativo
Á más de dictar leyes, no rehusa
Meter la hoz en mies ajena altivo,
Sin más rubor que la autocracia rusa;
Y si ve que al Poder Ejecutivo
No le hace gracia la invasión, lo acusa
Por que dijo entre dientes, — « ¡ Voto al chápiro ! »
De infractor de la Carta y de gaznápiro.

Mientra el Legislativo no se atasca
En ejercer sin límites su imperio,
Mudo el Ejecutivo el freno tasca,
Hecho blanco de torpe vituperio;

Hasta que al fin conjura la borrasca
Con una Legación ó un Ministerio,
Ó algún otro agasajo misterioso,
Más nutritivo y menos bullicioso.

Pero llegada la hora del receso,
Toma á su antojo, ufano, la revancha.
Y como en el pensil, choto travieso,
Trisca en la esfera del poder más ancha:
La ley que le cuadró, tiene por eso,
Puntual ejecución: brilla sin mancha:
La que no, con su *cúmplase* pomposo,
Yace empolvada en eternal reposo.

No en parte, pues, que en todo es soberano
Cada uno de los dos, reinando alterno:
El uno en el Otoño y el Verano,
El otro en Primavera y en Invierno;
Y al Judicial, que nunca mete mano,
Aunque poder se llama, en el Gobierno,
Sólo aplicar atáñele obediente,
La cataplasma á la Nación paciente.

TITULO III.

GOBIERNO.

Democrático electivo,
Fundado en la unidad, republicano,
Temporal, responsable, alternativo,
Emanación del Pueblo Soberano;

Y en final resultadc, es lo efectivo
De este calificar pomposo y vano:
Que el Gobierno de intriga ó fuerza emana,
Y hace después cuanto le da la gana.

TÍTULO IV.

CIUDADANÍA.

Gózala el peruano
Á la edad de ayunar. La cortapisa
De oficio ó instrucción es lujo vano:
La propiedad no es condición precisa,
No obstante, se aconseja al ciudadano
Tener un pantalón y una camisa,
Que aunque no es ilegal votar en cueros,
Guardar conviene al qué dirán sus fueros.

También el manumiso (y allá va eso)
Ejerce en el Perú ciudadanía,
Y por supuesto silla en el Congreso
Ocupará, si se le antoja, un día.
La ley que vé del nacional progreso
Turbia la fuente y sucia en demasía,
El mal remedia de excelente modo:
La purifica echándole más lodo.

TITULO V.

DERECHOS.

Libertad de la persona
Para todos los hijos de Adán y Eva,
De los que por supuesto se excepciona
Á los apercollados por la leva.
La propiedad, según la ley sanciona,
También el sello de inviolable lleva,
Salvo, si un militar manda echar mano
Á la res y á la mula del paisano.

Justa además, la Carta, y entendida.
Para siempre declara inexorable
Que la pena de muerte está abolida
Como una institución vituperable.
Muy bien lográis del pícaro la vida
Asegurar con ley tan saludable :
¿ Pero ¡ legisladores ! por ventura,
La del hombre de bien no se asegura ?

También sanciona que la Imprenta es libre,
Y esto es lo saneado de la Carta :
Tan sabroso manjar no probó el Tibre,
Ni se cató en Atenas ni en Esparta.
Torpezas publicar de gran calibre,
Sin que de injurias la insolente sarta
Perdone fama, edad, ni jerarquía,
Es nuestra más preciosa garantía.

Con todo, á fin de precaver errores,
Debo advertir como veraz y exacto,
Que el oficio de públicos censores,
Requiere mucha maña y mucho tacto;
Pues no han faltado necios escritores
Que á buen viaje embarcándose en el Pacto,
Con el Poder metiéronse en contiendas
Y atraparon palizas estupendas.

TÍTULO VI.

PODER LEGISLATIVO.

Cien varones
Que dan á luz las complacientes urnas,
Previas electorales transacciones,
Ó violencias, ó cábalas nocturnas.
La Patria por charlar en las sesiones,
Les da ocho pesos como dietas diurnas;
Menos cuando se charla en el Chorrillo,
Que entonces entran doce en el bolsillo.

Sí: por charlar les paga, y yo reputo
La remuneración tan merecida,
Que mientras más se charla y más sin fruto
Se encuentra la Nación mejor servida.
Del Congreso además como atributo,
Es la conversación reconocida,
Y por eso el Inglés, con gran talento,
Á sus Cámaras llama Parlamento.

De los Representantes Honorables,
Parte son de elocuencia peregrina,
Parte por su callar recomendables,
Representantes son á la sordina:
Quién con hostilidades incansables,
Le arma al Gobierno eterna chamusquina:
Quién, de ministerial se matricula
Antes de hacer desensillar su mula.

De todos ellos es el alto oficio,
Labrar de nuestra Patria la ventura,
Sin apelar para ello á otro artificio
Que al de la democracia neta y pura:
Y expresa es condición que el edificio
Sea de democrática estructura;
Porque felicidad sin democracia..........
...¡Jesús!.... ¡Líbrenos Dios de tal desgracia!

TITULO VII.

FORMACIÓN DE LAS LEYES.

Facultado
Para cualquier moción en su Asamblea
Estará un Senador ó un Diputado
Aunque jamás saliera de su aldea.
Á nadie cause irritación ni enfado,
Que la moción desatinada sea:
Si la adoptan cincuenta, no hay remedio,
Ha de ser ley para millón y medio.

Si el Gobierno se opone; muy rendido
Elevará á las Cámaras sus preces,
Y quedará el negocio decidido
Según quieran dos tercios de los Jueces.
Conviene que el lector no eche en olvido
Que mayoría pueden ser mil veces,
(Circunstancia que no es de poco peso)
Los dos tercios más tontos del Congreso.

TÍTULO VIII.

PODER EJECUTIVO.

El que consiga
En el Perú ocupar puesto tan alto,
Jefe es legal, si sube por intriga,
Usurpador, si sube por asalto;
Pero diga la Carta lo que diga,
Bien con legalidad, bien de ella falto,
Con tal que diestro asegurarse pueda,
El que logró subir, arriba queda.

Y para asegurarse, no es forzoso
Ser sumiso á las leyes, justiciero,
Magnánimo, inflexible, laborioso,
Y consagrarse á la Nación entero.
Todo esto, en el problema misterioso
De la firmeza del Poder, es cero:
Si el soldado no vuelve la tortilla,
El que logró subir, queda en la silla.

Y ¿ qué hace la Nación? Modesta y blanda,
Encuentra más holgado y más ligero,
Á los pies prosternarse del que manda,
Que la ira provocar de un granadero;
Y ella misma tal vez cruza la banda
Al pecho del soldado, que altanero,
Dijo al dar complemento á su tramoya;
« ¡ Aquí mando yo solo, y arda Troya! »

Turba de atribuciones le encomienda
La Carta, con prolijos pormenores
Sobre Instrucción, Marina, Guerra, Hacienda,
Justicia y Relaciones Exteriores;
Pero, siga el Gobierno ó no la senda
Que trazaron políticos Doctores,
Lo que de positivo hay en el caso,
Es que el Perú no sale de su paso.

Yo, á un buen Ejecutivo, le daría
Por toda atribución : « Coge un garrote;
» Y cuidando, sin vil hipocresía,
» Que tu celo ejemplar el mundo note,
» Tu justicia, honradez y economía,
» Y que nadie esté ocioso, ni alborote;
» Haz al pueblo el mejor de los regalos:
» Dale cultura y bienestar á palos. »

TÍTULO IX.

MINISTROS DEL DESPACHO.

Aquel que adusto
En este empleo á su opinión se aferra,
Y á lo desacordado y á lo injusto
Se opone franco y sin ardides, yerra.
Para conciliar pues lo útil y justo,
Con su interés, y no venir á tierra,
El Ministro ha de ser de índole elástica,
Y de no poca habilidad gimnástica.

Así que, en todo asunto malo ó bueno,
Ó da gusto, ó embauca á su Excelencia;
Y cuando inevitable entrar de lleno
Llega á ser en cuestión de trascendencia,
Si el Gobierno navega en mar sereno,
Le rinde al Presidente su conciencia;
Y si borrasca el horizonte anuncia,
Hace valientemente su renuncia.

Si con franqueza alguno le censura
Un decreto, de injusto é imprudente,
Exclama con gentil desenvoltura:
« ¿No sabe V. lo que es el Presidente? »
Y si le alaba otro, por ventura,
Dice, no más urbano y reverente,
Que sólo pudo, á fuerza de paciencia,
Vencer la obstinación de su Excelencia.

De sus colegas á los actos niega,
Patriotismo, honradez, tino y criterio,
Tratando á los demás, cada colega,
Á su vez con el mismo vituperio.
Y nada pone fin á la refriega,
Ni da armónica acción á un ministerio,
Porque un Ministro suelto se somete
Con más docilidad que un Gabinete.

TÍTULO X.

DEL CONSEJO DE ESTADO.

Cuerpo egregio,
Constituído por quince ilustres socios,
Que aunque jamás pisado hayan colegio,
Jovellanos serán, Blackstones, Grocios;
Pues gozarán del raro privilegio
De fallar con acierto en los negocios
Más graves, más difíciles y extraños,
Con sólo haber cumplido cuarenta años.

Dos sesiones tendrán semanalmente:
Concurrirán á la hora que se indica,
Puntuales cuando puedan buenamente:
Se lee el diario, se fuma, se platica;
Y cuando acude el *quórum* competente,
Hasta una hora á veces se dedica
Á algún negocio de notoria urgencia,
Para tranquilidad de la conciencia.

Mitras, magistraturas, embajadas,
Piden por requisito indispensable,
Para ser legalmente adjudicadas,
Del Consejo el acuerdo favorable :
Y á la mano teniendo unas tajadas
De estimación tan alta, es indudable
Que á no ser un solemne majadero,
Alguna ha de atrapar el Consejero.

TITULO XI.

DEL PODER JUDICIAL

Casi lo mismo
Subsiste hoy en su forma y en su esencia,
Que bajo el cacareado despotismo
De los Corregidores y la Audiencia.
Si abismo entonces era, hoy es abismo,
Aunque con la importante diferencia,
De que hoy con frac humilde el Juez despacha,
Y entonces con jerárquica garnacha.

Turnarán los empleos judiciales
Entre letrados de cualquier ralea,
Porque la ley que á todos hace iguales
Quiere que el cargo alternativo sea.
Á todos, pues, los patrios tribunales,
Abra indulgente y popular Astrea ;
Y si lumbreras no hay, habrá candiles
Y se verán de Jueces alguaciles.

Un Juez que se eterniza en un Juzgado,
Es la imagen más fiel del egoísmo.
¿Elector, Periodista, Diputado
El premio no optarán del patriotismo?
El sueldo es lo esencial del magistrado;
Y en cuanto á la aptitud, vale lo mismo
Ser leguleyo, mazorral é intonso,
Que ser tan sabio como el Rey Alfonso.

TÍTULO XII.

RÉGIMEN INTERIOR.

Esta incumbencia
Á los Prefectos señalada ha sido.
En sacar al Gobierno está su ciencia
Siempre en la gresca electoral lucido:
Honran toda función con su presencia,
Firman las notas, que, como es sabido,
El Secretario les presenta escritas,
Y los domingos hacen sus visitas.

Además de la gran Legislatura
También vendrá visiblemente á pelo
Dar importancia á cada Prefectura
Con otra Asambleilla ó Congresuelo.
Así tendrán ocupación segura
Las notabilidades de este suelo,
Que en la inacción consúmense y el vicio
Por no tener ni haber tenido oficio.

De esta manera, empleos naturales
También tendrá la producción del guano,
En cambio de la cual, ricos metales
El Francés nos regala y el Britano.
En obras consumir estos caudales,
De utilidad durable, fuera insano.
Lo que el vientre nos dió de las gaviotas,
Debe el vientre llenar de los patriotas.

TÍTULO XIII.

EJÉRCITO.

El soldado es obediente,
Y jamás ha de ser deliberante,
Á menos que ocurriere el caso urgente
De algún pronunciamiento interesante.
Ser le incumbe además constantemente,
De los derechos públicos garante;
Y como tal enseña, sable en mano,
Á votar con acierto al ciudadano.

Para usar de la acción pronunciativa
Contra el Gobierno, si éste lo molesta,
Dará á la autoridad ejecutiva
Un empellón, y se acabó la fiesta.
Y si la potestad legislativa
Fuese para el soldado la indigesta,
El soldado echará por la ventana
Á la Legislatura Soberana.

Item, para cualquier pronunciamiento,
Es requisito que se extienda una acta,
En que de los motivos y el intento,
Se dará con vigor razón exacta;
Y el pomposo y solemne documento
Dejará la honra del soldado intacta,
Y afianzará á los pueblos satisfechos
La inviolabilidad de sus derechos.

* * *

Cuanto la Carta que precede encierra,
En lo posible se ajustó á la moda.
Si á otras constituciones de mi tierra
En su ingenua dicción no se acomoda,
No es la desigualdad caso de guerra;
Puesto que está la diferencia toda
En que ésas visten al Perú de máscara,
Y ésta lo deja con su propia cáscara.

Sí; que fiesta de máscaras exóticas
Es adaptar con afanosa táctica
Trajes franceses á costumbres góticas,
Y así ponerlas á danzar en práctica;
Como si empalmaduras estrambóticas
De temas de política didáctica,
Bastaran á curar dolencias públicas
Y á convertir colonias en repúblicas.

¿En repúblicas? sí, ya estamos frescos.
Obra es esa que tiene tres bemoles,

Aunque hicieran esfuerzos gigantescos
Los antiguos colonos españoles.
No con Peruanos más que con Tudescos,
Si de honor y virtud no son crisoles,
Por más que diga enfática la Carta,
Se fundará una Atenas ni una Esparta.

¿República, con pueblos á los cuales
El bienestar social no ofrece hechizos,
Ni lograrán ardientes pastorales
En sentido común hacer rollizos?
¿República con razas desiguales
De blancos, indios, negros y mestizos,
Que uso de siglos á vivir condena
Eslabonados en servil cadena?

Respública, del Lacio en el idioma,
Perdió la *S* en el nuestro; y yo lo siento:
Porque tal vez aquí mejor que en Roma,
La palabra con *S* viene á cuento;
Puen significa, aunque parezca broma,
Pública res, que con furor hambriento,
De la ambición reclaman lonja á lonja,
La perfidia, el descaro y la lisonja.

Mas no hace al caso el nombre, ni el ropaje,
Cuando hacedera y útil es la cosa.
Si el pueblo que salió del coloniaje
Se convierte en nación culta y dichosa;

Si libre de injusticias y de ultraje
El hombre vé su dignidad preciosa;
Si se respetan de la misma suerte
Los derechos del débil y del fuerte;

Si su mérito eleva al ciudadano,
No espíritu mezquino de pandilla;
Si el desorden fatal no reina insano:
Si ante la ley la autoridad se humilla;
Si un patrio porvenir diviso ufano,
En que prosperidad eterna brilla;
Si esto con la República consigo,
Mil veces la República bendigo.

Mas no fué así; que el pueblo sigue esclavo
Y ainda mais, vive en convulsión constante;
Y ainda mais, pronto no tendrá un ochavo,
En la necesidad más apremiante.
Con todo, desde Bering hasta el Cabo,
Quien no es republicano es un tunante:
Sin acatar que dicha más notoria,
Da á sus gringos el cetro de Victoria.

El mundo nuevo, es joven y robusto:
El viejo mundo, débil y menguado:
Hiela el frío del orden al vetusto:
El nuevo en libertad está inflamado:
Por eso tienen diferente gusto;
Y en la inquietud que al orbe el siglo ha dado,

El viejo mundo avanza sin cansarse,
Y el nuevo se entretiene en devorarse.

El que tache este cuadro de hiperbólico.
Diga si admiten expresión numérica,
Los achaques que espíritu diabólico,
Propaga en todo el ámbito de América.
Todo á la vez; encefalitis, cólico,
Cólera, llagas, convulsión histérica,
Y ¡qué sé yo qué más!... ¡Ah! y moral trémula,
De las dolencias físicas digna émula.

Da horror y pena ver atormentando
Con fantasmas y ensalmos y embelecos,
Á vasallos imbeles de Fernando,
Para hacerlos latino-franco-grecos;
Y que con sólo publicar por bando
Artículos estériles y huecos,
Sin más preparación ni ceremonia,
Á República asciende una colonia.

Ya se vé: el que demócrata se muestre,
Se hace el Legislador más sabiondo,
Que después de gritar todo un semestre,
Á un código pondrá punto redondo;
Y acreedor en su juicio, á estatua ecuestre,
Exclamará muy hueco y muy orondo,
Lleno de inepcia y vanidad insana:
« Ya he constituído la Nación Peruana. »

Y ¿esa constitución tendrá firmeza?
Sí; porque tú lo quieres, mentecato;
Tú que no sospechaste en tu simpleza,
Que das á la Nación por liebre gato.
¡Facililla, por cierto, es la proeza
De hacer que un pueblo se acomode grato
Á una ley que con su índole está en pugna
Y que á intereses prácticos repugna!

¿Qué será de esa que tu libro encierra
Cuando la ley del Dios de mansedumbre
No alcanzó á propagarse por la tierra,
Luego que del Sinaí se oyó en la cumbre;
Y siguieron venganza, y odio, y guerra,
Prostitución y robo y servidumbre,
Hasta que un Hombre Dios mandó el Eterno,
Á quebrantar las puertas del infierno?

Sí: adalid de esa Ley hermosa y pura,
El Redentor la aseguró en el Templo
Con su excelsa virtud, con su dulzura,
Con sus milagros, con su santo ejemplo.
¿Presumes que gozar igual ventura
Podrá tu ley? Difícil lo contemplo.
Ley que no es la verdad, perece pronto:
Es ley para el hipócrita y el tonto.

¿Proclamas libertad? muy en buenhora:
También, cual tú, de amarla hago yo alarde;

Mas libertad sin orden, nadie ignora
Que nunca se hunde en el sepulcro tarde.
¿Libertad en la tierra pecadora,
Sin un poder robusto que la guarde,
Poder presidencial ó poder regio?
¡Esas son necedades de colegio!

¿Qué la libertad es, si no la fía
Ese fuerte poder? De la ira eterna
Es maldición terrible : es anarquía,
Chusma, que sin moral ni ley gobierna :
La libertad brutal que conducía
Víctimas en Paris á la linterna :
La libertad estéril y quimérica
Que agosta en flor la juventud de América.

¿Quieres dar libertad? Da garantías
En realidad palpable, no en papeles :
Da justicia severa y no teorías :
Gobierno firme y fácil, no pasteles :
Danos paz, danos orden y no orgías :
Danos á su deber empleados fieles :
Danos educación y no doctrina,
Como la que en tu ley se nos propina.

Comenten esa ley los tiempos turbios
En que las populares elecciones
Ponen la capital y los suburbios
Á la disposición de los ladrones.

Coméntenla igualmente los disturbios
Con que desenfrenadas ambiciones
Á este desventurado pueblo azotan,
Vierten su sangre, y su tesoro agotan.

Coméntela otro sí, cada Asamblea
Que se instala impertérrita y ardiente,
Para aplicar consumidora tea
Á cuanto sancionó la precedente;
Y con celosa actividad se emplea,
En darle á todo, giro diferente,
Hasta que, con afán más ilustrado,
Viene otra á hacernos desandar lo andado.

Vense hoy las libertades, como impuro,
Aborto de las furias del Averno;
Y mañana todo es rojismo puro,
Y el rojo más terrible, es el Gobierno.
Mas no admira en República, aunque es duro,
Este trajín, peloteador eterno;
Pues la que por más célebre se nota,
Tuvo por cuna el « Juego de pelota ».

Para esto ¡ qué mociones ! ¡ qué certámenes !
¡ Qué barra ! ¡ qué ovaciones al demócrata !
¡ Cuánto anatema lanzan los dictámenes
Á la Iglesia, al Gobierno, al aristócrato !
Ya se cree que, al furor de los vejámenes,
En la sesión siguiente cae el autócrata...

Mas la ſalta de *quórum*, pone obstáculo
Á la realización del espectáculo.

Un día más... Lo mismo : bancos yermos
Avisos de unos cuantos Diputados,
Que indispuestos están. Los estafermos
De la barra se van desconcertados,
Corren los días : sanan los enfermos :
Calman su agitación los exaltados;
Y otra cuestión ocupa los debates,
Con sólo bonancibles disparates.

Coméntela también el indio rudo,
Que proclamado libre, vive abyecto,
Los puntapiés sufriendo humilde y mudo,
Con que lo favorece el Subprefecto.
¡ Oh escarnecida libertad ! ¡ Tu escudo
Es para el indio de pasmoso efecto !
¿ Trotar á pie le mandan ? — Calla y trota :
¿ Votar? — Recibe su papel y vota.

Y vota seducido ó violentado;
Y en vil manejo la Provincia bulle ;
Y ese voto á otros tales asociado,
En la ánfora electiva se zambulle,
Y sale un Senador ó un Diputado ;
Y la buena República se engulle
El engendro ilegítimo y burlesco :
Como si se engullera un huevo fresco.

He aquí lo que los sesos me machuca,
Y el corazón me seca. Si á Dios plugo
Otorgarnos un pueblo, que la nuca
Humilde y espontáneo ofrece al yugo,
¿Por qué su mansedumbre no se educa?
¿Por qué de su humildad no sacar jugo
Dándole cuerdamente una molestia
Útil, á un tiempo, al amo y á la bestia?

Juzga la educación del proletario,
El alto vulgo, artículo de lujo;
Y á fé que hasta es un mal, si mercenario
Instrumento ha de ser de ajeno influjo;
Pues siempre que el pastel eleccionario
Exija una impostura, ó un tapujo,
Ó la guerra civil pida un recluta,
Vale más un salvaje, sin disputa.

Y ya que lo aplicamos á pasteles;
Ya que recibe su papel y vota
El indio sin chistar, ¿de esos papeles,
Por qué fruto benéfico no brota?
¿Por qué no son las urnas escabeles,
Sólo para elevar hombres de nota
Por su moral, costumbres y cultura,
Que nos den porvenir de honra y ventura?

Fuera excusable de violencia el uso,
Si lo inspirase sentimiento hidalgo;

Si del baldón que el fuerte les impuso,
Los mismos pueblos reportasen algo.
Mas, por dicha, ¿ ventaja del abuso
Reporta la Nación?... sí; echarle un galgo;
Su parte en el nefando trampantojo,
Son gastos y desastres y sonrojo.

Y ¿ no es el colmo del delirio humano
Que no huya nadie del fatal contagio?
¿ Qué ve en su patria el mísero peruano
Para halagarse con feliz presagio?
La parodia del pueblo soberano :
El entremés del popular sufragio :
Campos sin producción, fisco sin renta,
Inculta plebe, y licenciosa imprenta.

¡ Inculta plebe!... sí, vuelvo á la carga;
Y mi repetición halle indulgencia,
Si majadera mi discurso alarga;
Que no es vituperable la insistencia,
Ni la censura demasiado amarga,
En cuestión de tan grave trascendencia;
Pues esto de tener plebe tan roma,
Es del Perú la más fatal carcoma.

Inculta plebe, sí : que el ciudadano
Que los tutores de la patria elige,
Bien orillas del mar habite el llano,
Bien tras los Andes su morada fije,

Aunque fracción del pueblo soberano
Que los destinos del Perú dirige,
Nada sabe, ni tiene más negocio
Que adormecerse estéril en el ocio :

Pues aunque en otras tierras acontece
Que el populacho de ínfima ralea
Si no le dan trabajo se enfurece,
Y á su furor el orden bambolea;
La plebe aquí otras dichas apetece;
Y se amostaza, y chilla y corcovea,
Si á combatir alguno se arremanga
La torpe ociosidad en que se enfanga.

¡ Imprenta licenciosa !... agrio y adusto
Aquí frunce el lector el entrecejo,
Y me sindica de hombre de mal gusto,
De servil, de retrógrado y de añejo :
Pero no soy contra la imprenta injusto;
Ni cuando cumple su misión me quejo :
Ni prentendo, por tirria, hacerla èsclava :
Voy á explicarme en la siguiente octava :

Cuando á sus santos fines satisfaga
La imprenta, razón es que libre sea :
Cuando verdades útiles propaga,
Y en resistir á la opresión se emplea :
Pero la imprenta libre es fatal plaga,
Cuando falaz por el error campea,
Cuando la ley de la decencia rompe,
Cuando del pueblo el corazón corrompe.

Atravesad los Andes encumbrados
Y encontraréis, para este siglo, asombros;
Atroz miseria, pueblos incendiados,
Aterradora soledad y escombros :
Caminos tan estrechos y escarpados,
Que es preciso llevar la carga en hombros,
Y de una peña atados á otra peña,
Puentes ¡ qué horror! de sogas y de leña.

Así es y así será, porque los miles
Que en nuestras arcas Chincha ha derramado,
En vez de producir ferrocarriles,
Puentes, canales, honra, sólo han dado
Á la anarquía pólvora y fusiles,
Muerte al instinto noble y elevado.
Y á torpe multitud sedienta de oro,
Abrevadero en el Fiscal Tesoro.

¿ Qué será del Perú, cuando agotada
Esa mina, agonice en la pobreza,
Porque su población no está enseñada
Á producir la pública riqueza?
¡ Por senda natural subir honrada,
Joven nación, pudiste á la grandeza,
Y vino el guano, y te dejó por gaje :
Vejez precoz de vil libertinaje!

Si esta invención de amoniacal esencia
En vez de hacer al hombre laborioso

Lo ha hecho aspirar á súbita opulencia,
Y degradado vegetar y ocioso;
Si á ella debemos sangre y turbulencia
Y un porvenir menguado y tenebroso,
Y en el honor peruano manchas feas:
¡Invención infernal, maldita seas!

Y á la vista de tanta desventura,
¿Diremos que es verjel lo que es abismo?
¿Vale más nuestra pérfida cultura
Que el candor del antiguo fanatismo?
¿Fué nuestra suerte más adversa y dura
Cuando nos agobiaba el despotismo
Del monarca español?... — Los que esto asienten,
Con el perdón de mis lectores, mienten.

El soldado bajo esa armazón rancia
Mucho menos propenso era al abuso:
Era menos común la petulancia,
Y estaba la vergüenza más en uso:
No era injuriado el hombre de importancia,
Ni era hombre de importancia el *volantuso:* (1)
Y en todo el continente americano
No circulaba un *cuatro boliviano* (2).

(1) Por si alguno de los ejemplares de este número merece los honores de la exportación, advertiré á mis lectores extranjeros que *volantuso* es una voz provincial, equivalente, poco más ó menos, á badulaque. El diccionario de Salvá, á pesar de su riqueza en voces provinciales americanas, no se acordó de dar á conocer al mundo el volantuso. (Autor.)

(2) El *cuatro boliviano* era una moneda feble de Bolivia, que valía dos pesetas, ó cuatro reales fuertes.

Entonces muy tranquilo y sosegado
Tomaba cada cual su chocolate,
Sin que le acibarase el buen bocado
El motín de cualquiera botarate :
Motín para que un nuevo Magistrado
Agregue disparate á disparate,
Sin que salgamos nunca del establo
En que nos quiso emparedar el diablo.

Y apenas tienen del motín barrunto,
Gritan los ciudadanos : « Cierrapuertas, »
Y calles vense y plazas en un punto,
Como por golpe eléctrico desiertas.
¿ Qué extraño, pues, que el mandarín presunto
Las puertas halle del poder abiertas,
Si al anunciarse el criminal empeño
Sólo atranca las suyas el limeño?

Desenlázase el drama, y luego, luego,
La turba en la ciudad hierve animosa,
Ya defendiendo con ardiente fuego,
Ya condenando la traición odiosa;
Hasta que un húsar, portador de un pliego,
Viene á galope..... y pies en polvorosa.....
Las calles otra vez quedan desiertas,
Con el grito marcial de : « Cierrapuertas. »

Aunque gruñan severos Aristarcos,
Yo prefiero á estos tiempos que dan grima,

Aquellos tiempos en barullo parcos,
En que tan sólo se agitaba Lima
Cuando elegía su Rector San Marcos,
Ó votaba una Cátedra de prima,
Sin que sacase, cual los de hoy, la Imprenta,
Aquellos candidatos á la afrenta.

Y á fé, y á fé, que en tales votaciones,
Hechas por capirotes de alta guisa,
No fué como hoy, ritual en elecciones,
Pedir al cielo con solemne misa:
Que sobre tramoyistas y matones
Y aguadores en mangas de camisa,
Baje del Santo Espíritu la llama,
Á iluminar la abominable trama.

Entonces, sin la unción edificante
De dulce y democrática homilía,
Sin igualdad, ni pueblo sufragante,
Ni constitucional algarabía,
Y con *negrofilismo* más galante,
Y menos peligroso que el de hoy día,
Viéronse mil matronas abrir gratas
Sus salones á bailes de mulatas.

¡Doctrinarios! quedárades absortos
De que, cuando ni hidalgos ni pecheros
Lograban escuchar vuestros exhortos,
Marmitones, lacayos y cocheros,

Unos con fraques largos y otros cortos,
Bailasen como ilustres caballeros
Con *cuarteronas* hechas grandes damas,
Con los ricos diamantes de sus amas.

¡Oh! ¡Cómo un negro en el minué sabía
El zapato arrastrar de terciopelo,
Con gentileza que ofrecer podría
Á un petimetre de París modelo!
¡Oh! ¡con qué urbanidad se relamía,
Cortesano al hablar cada mochuelo,
Sin la deshonestísima metralla
Con que hoy atruena Lima la canalla!

Y ¿por qué? porque entonces no existía
Este nivel tirano y repugnante
Que aplasta al hombre de mayor valía
Hasta ponerlo igual con el bergante;
Y el negro, por ejemplo, que quería
Mejorar de su suerte lo humillante,
En su buen proceder, justo reintegro,
Lograba hallar de haber nacido negro.

La igualdad del progreso protectora,
La que ardorosa el mérito promueve,
La que con buena educación mejora
Los dañados instintos de la plebe,

La que da y engrandece, es bienhechora,
Santa igualdad á que aspirar se debe :
La que para igualar quita y rebaja,
Es igualdad que á la justicia ultraja.

No había manumisos ciudadanos,
Ni de chinos feísimas legiones,
Ni acreedores franceses ni britanos,
Ni peste de Licurgos y Solones,
Ni incesantes discordias entre hermanes,
Ni cambio cada mes de instituciones,
Ni medio centenar de generales,
Ni de crédito público tamales.......

¡Ay! arránqueme alguno un canto lírico
Que en el Polo resuene y en el Trópico,
Ora sea un doctor, ora un empírico,
Que para nuestro mal descubra un tópico!
Ó cese al menos el furor satírico
De que me tiene el patrio amor hidrópico,
Y ocúltenme benévolas las piérides,
Nuestras calamitosas efemérides.

Sí; que afligir no quiero la memoria,
Con otras plagas de mayor tamaño
Que á esta administrativa pepitoria
Más descrédito causan y más daño :

Ni ¿qué me importa á mí la tal historia?
Siga la barahunda año tras año,
Que si la Patria en ello se complace,
Ya tiene edad para saber lo que hace.

« ¡VAYA UNA REPÚBLICA! »

EPÍSTOLA Á DELIO.

Quam rempublicam habemus.
CICER.

ADVERTENCIA.

En principios de 1856 la fiebre amarilla desolaba la capital, de una manera espantosa, y la Convención Nacional decretó su traslación al pueblo de Chorillos, para ponerse á cubierto de tan terrible azote. Esta providencia, adoptada, poco más ó menos, en la misma época en que el joven Pedro V Rey de Portugal, hallándose la capital de su reino en circunstancias iguales á las nuestras, arrostraba denodado los peligros del contagio, visitando diariamente los hospitales, aun en las altas horas de la noche; y en la misma época también en que el Emperador de los Franceses exponía, con no menos valor, su vida en la inundación de León, para socorrer personalmente á los desgraciados, á quienes aprisionaba en sus casas el tremendo cataclismo. Esta providencia, produciendo tan repugnante contraste, arrancó la presente composición á mi pobre musa; sin embargo de que, ya á causa de las agitaciones de la vida pública, ya de mi penosa enfermedad, yacía de tiempo atrás en profundísimo letargo.

Mi ánimo fué publicarla, como el número 3º del *Espejo de mi Tierra;* y ya estaban formadas las páginas, cuando los rumores de una próxima revolución me retrajeron del propósito de darlas á luz, por el temor de que el franco é inocente desahogo del patriotismo pudiese ser sospechado de cooperación á un proyecto revolucionario. Muy pocas semanas después, la revolución del 15 de agosto justificó los referidos rumores; y me complací en mi arrepentimiento, con tanta más razón, cuanto que estando tan recientes los sucesos, no hubiera sido

prudente arrojar este combustible en la hoguera de las pasiones, exponiéndome á ser calumniado en la generalidad de mis pensamientos y de mis cuadros, en los que no he tenido ni la más remota intención de herir personalmente á ningún miembro determinado de la Convención, ni de ningún otro Congreso del Perú.

Por este motivo, la composición titulada *Constitución política*, sin embargo de ser de fecha posterior, ocupó en el *Espejo de mi Tierra* el lugar destinado primitivamente á la *Epístola á Delio*.

Los personajes que pinto en la segunda parte de la epístola, son puramente una creación de la fantasía, que no ha sido tomada de ningún modelo individual.

Concluiré advirtiendo, que lo que se dice en ella de las boticas, de los médicos, de las dietas y del local escogido para las sesiones, no tiene nada de ficción. Son todos hechos auténticos, consignados en actos oficiales y en las publicaciones de aquella época.

I

LA PESTE (1).

¡Delio! la furibunda
Fiebre amarilla,
Á otros varios azotes
Junta en gavilla,
Con ira insana,
Nuestros míseros pueblos
Diezma tirana.

Á extranjeros ataca
Y á nacionales:
Que ante la ley podremos
No ser iguales
En el mundo este;
Mas en cambio lo somos
Ante la peste.

Es con los extranjeros
Mayor su encono:
Sí, y en esto la fiebre,
Para su abono,
La prueba encierra

(1) La fiebre amarilla, que hizo grandes estragos en Lima en 1856, por lo que los representantes del pueblo resolvieron celebrar sus sesiones en la vecina villa veraniega de Chorrillos. (Ed.)

De que es patriota — al uso
De nuestra tierra.

En la amplitud del mundo,
Son los Vapores
De grandes adelantos
Introductores.
¡Oh maravilla!
Y aqui sólo han traído
Fiebre amarilla.

Decretos es forzoso
Dictar estrictos,
Para librar al pueblo
De estos conflictos:
Es necesario,
Que á nadie falte médico
Ni boticario.

Pero como ocasiona
Fatiga y tedio,
Socorrer de vivientes
Millón y medio;
El fin precioso
Se obtiene por arbitrio
Muy compendioso.

Socórrese á los miembros
De la Asamblea

Y así del pueblo calman,
Sin gran tarea,
Las agonías:
Pues son el pueblo mismo,
Sus Señorías.

No: no es esto una burla,
No es un sarcasmo....
Que ardiendo pues los pueblos
En entusiasmo,
Salvos se sientan
En los que legalmente
Los representan.

Nunca tendrán en su uso
Más eficacia
Los dogmas que aderezan
La democracia:
Dogmas sagrados,
Para los que consiguen
Ser Diputados.

Así del pueblo escudo
Siendo el derecho;
Si, hay fé republicana
¿Qué importa el hecho
Para nosotros?....
Salvad, padres conscriptos,
Salvad vosotros.

Y salvarán : las órdenes
Están escritas :
Serán tratados como
Niñas bonitas :
Reunirá el trato
Lo tierno y confortante,
Con lo barato.

Cuatro boticas tienen
Esos señores
Gratis ; y también gratis
Cuatro Doctores....
Y en ley discreta,
Á doce pesos diarios
Alzan su dieta.

Tendrán... cómo curarse
Los Diputados :
Mas siempre lloraremos
Desconsolados,
Que aun no se vea
Quien emprenda la cura
De la Asamblea.

Cuidar no basta, empero,
De sus bolsillos :
Urge además, que emigren
Á los Chorrillos,
En cuyo clima,

Vivirán más lozanos
Que en el de Lima.

Seguro : y el caletre
Tendrá más brío :
Allí tanto sus fuerzas
Recobró el mío,
Que enfermo y viejo,
Resuello á los quince años
Con el *Espejo*.

Ya que en mis males físicos
Nada mejoro,
Algo es que aun pueda mi alma
Llamar al toro,
Y en seguidillas
Clavarle algunos pares
De banderillas.

Al grano : ya en los ómnibus
No hay un asiento
Los ha tomado todos
El Parlamento.
Búsquese *rancho* (1)
Que á cuerpo tan grandioso
Venga bien ancho.

(1) *Rancho.* — Sinónimo de casa en los pueblos inmediatos á Lima.

En aldea en que tantos
Van á instalarse,
Rancho será difícil
Pueda encontrarse.
Que tenga espacio
Para ser de las leyes
Digno palacio ....

¡ Idea salvadora !
¡ Feliz ! ¡ Brillante !
¡ Nota al Ejecutivo,
Muy terminente !
Y luego, luego,
Arriéndese una vasta
Casa de juego.

Fórmese barra de uno
De los salones :
Transformen el teatro
Nuevos telones ;
Las cosas listas
Estén, para otros dramas,
Y otros artistas.....

¡ Tahures ! ¡ fuera al punto !
¡ Fuera gandules !
Tinteros..... campanilla.....
Sillas curules.....
Y suena el pito,

Y ábrense las sesiones
En un garito.

II

EL GARITO.

La mesa do estuvieron
Entreverados
Pan, y queso, y botellas,
Naipes y dados,
Ya has visto Delio,
Que alberga el santo libro
Del Evangelio.

Y para sacrilegio
Más torpe y feo,
Esa mesa de innoble,
Sucio bureo,
También has visto,
Que sostiene la imagen
De Jesucristo.

¡Lo has visto, y aun tu asombro
No cesa, amigo!...
Pues si un rato me escuchas,
Dirás conmigo,
Que encuentras esto,
Muy bien imaginado,
Muy bien dispuesto.....

Aquí sobre el tapete,
Sin cumplimientos,
Próceres se desuellan
Como sargentos;
Y hay señoritos,
Que dejan las hermosas
Por los garitos.

Y estudiantes lampiños
Son jugadores;
Y trasnochan jugando
Graves Doctores,
Y ninfas bellas,
Y acartonadas madres
En medio de ellas.

Y hay tahures á guisa
De potentados,
Especie de nobleza
De naipe y dados,
Con tanto brillo,
Como tuvo la antigua
De horca y cuchillo.

Y nadie por el juego,
Pierde en estima:
Ni por tapar, si juega,
Su vicio en Lima,
Nadie se apura,

Ni el alto funcionario,
    Ni el juez, ni el cura.

En donde así se juega,
    Contemplo justo,
Que se convierta en juego,
    Lo más augusto :
    Justo contemplo,
Que el garito á las leyes
    Sirva de templo.

Que se vista la mesa
    De paño verde
Con rayas amarillas
    De gana y pierde ;
    Y la circunden
Desencajados rostros
    Que miedo infunden ;

O se envuelva en tapete
    De terciopelo
Con rapacejo de oro
    Que llegue al suelo :
    Y ufana ostente,
Entre dos secretarios,
    Un Presidente :

Que truhán misionero,
    Con sus sermones

Celoso catequice
Sandios garzones,
Y de la banca
Los incautos neófitos
Salgan sin blanca ;

Ó con rojas doctrinas
De los Franceses,
Enmascare un tribuno
Sus intereses,
Y su artificio
Nos arrastre á la orilla
De un precipicio :

Que ducho garitero,
De arte maligna,
Cubra, para los bobos,
La trampa indigna,
De honrado velo,
Y más de un mentecato
Trague el anzuelo ;

Ó pasen á ser leyes,
Grandes proyectos,
En que á fuer de muy sabios
Y muy provectos
Legisladores,
Pesquen truchas astutos
Reformadores :

Que uno, su mala estrella
Dé á los infiernos
Y á pesar de su bilis
Y de sus ternos,
Saque, el muy pillo,
De « cuatros bolivianos, »
Lleno el bolsillo ;

Ú otro á los aspirantes
Ataque amargo,
En discurso incorrecto
Furioso y largo,
Cuando al fin sale
Saboreando un *bocato*
Di cardinale.....

Suspendo aquí el período.
Para observarte
Que, atendiendo al origen
De que esto parte,
Todo está en orden:
Su dinero les cuesta,
Justo es que engorden.

Dinero, intrigas, palos,
Suplantaciones,
Delio, esto es lo que engendra
Nuestros Solones;
Sufragio libre

Llámanse fechorías
De ese calibre.

¡ Libre ! y el nombre apenas
De los tribunos,
Saben los electores.
¡ Libre ! y algunos,
Al dar su voto,
Sacan un ojo menos,
Ó un brazo roto.

Intriga pues, seduce,
Gasta; y propicios
Abrirán á tu suerte
Nuestros comicios,
Un campo inmenso...
Pero vuelvo al discurso
Que está suspenso.

Que de su pobre madre,
Mancebo impío,
Cobre todos los meses
El montepío,
Y en dos albures
Lo abandone á las garras
De otros tahures;

Ó parlanchín imberbe,
Que fama anhela,

Se escape á la tribuna
Desde la escuela,
Y en amarguras
Sumerjan á la patria
Sus travesuras:

Que allí en los más ruines,
Torpes amaños,
Un baratero cumpla
Los sesenta años,
Y, muy gozoso,
Viva de las limosnas
Del ganancioso;

O proponga un pancista
Leyes de embudo,
Y los altos deberes
De concienzudo
Representante,
Someta á los mandatos
Del gobernante:

Que afanes y bajezas
El uno arrostre
Sin que encuentre el gaznápiro
Al fin y al postre
De sus desbarros,
Quien le dé una peseta
Para cigarros;

Ó en su ambición el otro,
Siempre burlado,
De treinta años continuos
De Diputado,
Saque en compendio,
Sólo un nombre cubierto
De vilipendio;

Que de los jugadores
Porción togada
Á mirones ociosos
Niegue la entrada,
Cuando se encona
La lucha, y por más fiera,
Pide encerrona;

Ó el templo de las leyes
Sus sacras puertas
Al pueblo impertinente
No deje abiertas,
Si está en debate
De los Legisladores
El chocolate;

Que, en fin, sacrificados
De oscuro idiota,
Sean allí los hijos
En una sota,
Ó que lo sea

La Nación en un acto
De la Asamblea.

Si todo es sacrificio,
Que el victimario
Sea un augusto cuerpo
Ó un perdulario,
No hace, en conciencia,
De esa mansión satánica
Variar la esencia.

Tampoco, Delio, el nombre
Cambia la idea;
Bien: Si es grande la víctima,
Díla Asamblea,
Y el nombre aplica
Humilde de garito,
Si acaso es chica.

Mas, si distingues, antes
Ten noción plena;
Porque andarás trocando,
Si no se llena
Tal requisito,
El nombre de Asamblea
Y el de garito.

Y nada arguye en contra
De mi propósito

Que figuren en ese
Vario depósito,
Hombres de seso
Con quienes puede honrarse
Cualquier Congreso;

Porque allí representan
Esos varones,
Lo que entre los tahures
Simples mirones;
Pues fiera y loca,
La exaltación del juego,
Su voz sofoca.

Con esto, volver puedes
De tu sorpresa,
Si para ambos oficios
Sirve una mesa;
Cuando, en resumen,
La cuestión sólo gira
Sobre el volumen.

Vuelve de tu sorpresa;
Despeja el ceño;
Equivocar lo grande
Con lo pequeño,
Propio es del hombre;
Y al fin, si bien se mira
¿Qué importa el nombre?

Nada; y como en tamaño
Que ofrezca dudas
Se hacen las distinciones
Muy peliagudas:
Use cada uno,
El nombre que imagine
Más oportuno.

Deja, por tanto, á un lado
Vanas cuestiones:
No expongas en menudas
Indigaciones,
Á error tu juicio,
Al hacer el aforo
Del sacrificio.

Y ora cien hecatombes
Las ofrecidas;
Ora sean las aras
Enrojecidas
Por un cabrito,
Si quieres, dí Asamblea,
Si no, garito.

III

LOS DESPROPÓSITOS.

¡ Paciencia si nos cupo
Signo tan fiero!
Marchando como vamos,
Nuestro sendero

Lleva á un abismo;
Pero aquí ha sido casi
Siempre lo mismo.

De Ayacucho en los campos
Feliz combate
Las orgullosas huestes
Del Rey abate;
Y soberana,
Es la que fué colonia,
Nación peruana.

Y unos vienen tras otros,
Constituyentes
Que hacen de libertades
Llover torrentes;
Y dictaduras
Alternan con las sabias
Legislaturas.

Dannos instituciones,
Dannos derechos;
¡Muy bien! pero elocuentes
Claman los hechos,
Contra esa sarta
De artículos estériles
Que llaman Carta.

Para curar, á veces,
Nuestro mal crónico,

En el Gobierno el método
Prefieren tónico;
Y terror pánico
Siembran, con un sistema
Duro y tiránico.

Más tarde, por antídoto,
Con tino artístico,
Nos propinan el Código
Antiflojístico
Más hiperbólico;
Y el sistema es anárquico,
Rojo y diabólico.

Y en continuos vaivenes
La nave pública,
Las fuerzas se aniquilan
De la República,
Hasta que el cúmulo
De opuestos empellones,
La hunda en el túmulo.

Y allá van cien empleos
Cada semana;
Y allá van arrojadas
Por la ventana,
Fanegas de oro
Que no verá repuestas
Nunca el tesoro.

Ya sa vé; nuestros bienes,
Como tú sabes,
Son seculares islas
De estiércol de aves;
Y no es locura,
Que las leyes los traten
Como basura.

Ahí está el presupuesto
Que bienalmente
Por altas concepciones,
Honra esplendente
De nuestros fastos,
En rentas enflaquece,
Y engorda en gastos.

Engorda ¡ Y no hay caminos !
¡ Ca ! ni hacen falta;
Anda, donde halles senda,
Donde no, salta,
Ó húndete en lodo,
Ó rueda cerro abajo
Con mula y todo.

¡ Ni hay leyes contra el ocio !
No, que disgustan :
¡ Ni contra la licencia !
No, que se asustan
Las garantías :

¡Ni escuelas! ¡Oh! ahí tenemos
    Las pulperías.

Allí es dónde se educan
    Los industriosos
De nuestras avenidas
    Guardas celosos,
    Que á los viajeros
Amablemente dejan,
    Á pie y en cueros.

Y cuando menos piensas,
    Conspiraciones,
Pagos entorpecidos,
    Levas, prisiones,
    Y sangre y miles,
Derramados en crudas
    Guerras civiles.

Y otro al mando; y tras este,
    Viene otro y otros;
Y así corre la vida
    Para nosotros:
    Así crecemos,
Y nos llenamos de hijos
    Y encanecemos.

Y si piadoso el cielo,
    No lo remedia,

Vendrá á ser desenlace
De esta comedia,
Que mande un gringo:
Ya que quien sube el Jueves
Baja el Domingo.

Y mucho de autonomías
É independencia,
Cuando si se amostaza
Cualquier potencia,
Nuestro albedrío
Á su antojo subyuga
Con un navío.

Sin orden, sin concierto,
Virtud, ni luces,
Habitamos el globo
Como avestruces;
Y muy en ello,
Juzgamos nuestro estado
Próspero y bello.

Y en la senda creyéndonos
De la cultura,
Cuando el caos nos cerca,
De noche oscura,
Asombra vernos
Ir por la posta alegres
Á los infiernos.

¿ Quién tan tristes verdades,
    Delio, no alcanza?
¡ Ay ! pero todos dicen :
    « Siga la danza : »
    ¡ Raro civismo!
Y el suelo en que danzamos,
    Cubre un abismo.

Y no es que ciudadanos
    Nos hagan falta.
No tal : veinte mil negros
    Se han dado de alta :
    No abrevó el Tibre
En sus mejores días,
    Recua más libre.

Vengan cuantos frenéticos
    Abortó Francia :
Vengan cuantos se nutren
    Con la sustancia
    De las doctrinas
Que empollan Cicerones
    En las cocinas.

Vengan, y con nosotros
    Gócense ufanos,
En este ramillete
    De ciudadanos,
    Y ciudadanas,

Prez de nuestras narices
Republicanas.

Son libres; que lo sean;
Muy bien pensado :
Aunque está algo crudillo,
Pasa el bocado
Quien bien lo masca :
Mas lo de ciudadanos....
Eso se atasca.

¡Votar! ¡Y á la licencia
No ponen coto!
¡Votar! ¡Quién por un trago
Vende su voto!
¡No! no te azores
Si una noche te asaltan
Cuatro electores.

¿Qué hacer? El gorro frigio
Ya es su tocado;
Cuando tú, ¡infeliz patria!
Que has prohijado
Los negros horros,
¡Necesitas cabezas
Antes que gorros!

Perdona, caro amigo,
Si te molesto :

Perdóname : barrunto
Por tu mal gesto,
Que, principista,
De insufrible, me tachas,
Absolutista.....

No soy absolutista :
No te disgustes :
Pero no quiero farsas;
No quiero embustes,
Ni embrollo eterno.
Quiero libertad y orden;
Quiero gobierno.

No soy absolutista;
Mas sí entusiasta
Por un par de mostachos
De buena casta,
Cual los que peina,
Verbigracia, el grande hombre,
Que en Francia reina.

Mostachos como aquellos,
Son mi delicia :
Honor, genio, grandeza,
Saber, justicia,
Valor, constancia.....
¿Qué le falta al grande hombre
Que reina en Francia?

La Francia de hoy, le debe
Su poderío :
La de hace cincuenta años
Lo debió al tío.
Sus habladores
¿Qué dieron á la Francia?
Sangre y horrores.

¡Ah! y si no hace en Diciembre
De ellos estopa,
El puntapié famoso
Que salvó á Europa,
¡Qué lindas flores
Regaran hoy en Francia
Sus habladores!

¡Dios dé á los Napoleones
Reinado eterno,
Ya que quiso otorgarles
Para el Gobierno,
Genio fecundo!
¡Oh! si aprendiera de ellos
El Nuevo Mundo!

¡Oh! ¡Si más concienzudas
Los Asambleas,
No hiciesen en el curso
De sus tareas,
Experimentos

Que desquician del orden
 Los fundamentos!

¡Oh! ¡Si ejerciendo fieles
 Su sacerdocio,
No se afanasen nunca
 Por más negocio,
 Que, con fé pura,
Labrar tranquilamente
 Nuestra ventura!

Mas ¡ah! Pueblos que salen
 Del coloniaje,
Para eso necesitan
 Aprendizaje,
 Que no se alcanza
De preceptor severo
 Sin la enseñanza.

El potro á freno y silla
 No acostumbrado
No es para feliz viaje
 Muy adecuado,
 Que hará que salga
Pronto por las orejas,
 Quien lo cabalga.

Si en vez de dar al huérfano
 Tutor prudente,

Imberbe aún le entregas
Incautamente
Su patrimonio,
Con huérfano y herencia
Carga el demonio.

Constituirse en congresos
Pueblos nacientes,
Es comer viandas duras
Sin tener dientes;
Es, ponerse, antes
Que camisa y calzones,
Corbata y guantes.

¡Ah! no más despropósitos;
No más locura:
Tiempo es ya que nos libre
Nuestra cordura,
De disparates,
Y de obrar como niños
Y botarates.

No más; no más azares
En el garito:
El tahur insensato
Que tan maldito
Campo barbecha,
Precoz, infame y pobre
Vejez cosecha.

No más, no más al juego
Sea rifado
Cuanto producir puede
Para un Estado
La bienandanza,
Y hasta el postrer destello
De la esperanza.

No más : y pueda pronto
Lucir el día
En que harto escarmentada
La patria mía,
Prudente ataje
El mal que le acarrea
Llantos y ultraje.

Y á autoridad se acoja
Sabia y robusta,
Que orden y libertades
Concilie justa;
Y firme y franca,
Promueva nuestra dicha
Con una tranca.

Lima, 1856.

Á LA VIRGEN DE ATOCHA.

VENERADA EN LA CAPILLA DE LA CASA DE EXPÓSITOS DE LIMA.

Nace, y destino inclemente
Al niño en el mundo deja,
Sin padre que lo proteja,
Sin madre que lo sustente.
Del desvalido inocente,
Al cielo llega el clamor,
Y le alivia en su dolor
Y enjuga su amargo llanto
Y le cubre con su manto,
La Madre del Redentor.

Huérfanos, si os abandona
La impiedad de los mortales,
En los coros celestiales
Tenéis brillante corona.
Si en la tierra os aprisiona
Pasajera tiranía,
Gloria y perenne alegría
Junto al solio del Eterno
Os guarda con celo tierno
La Inmaculada María.

¿Qué importa que ardiente anhelo,
De una madre mundanal,
No os dé en vuestro acerbo mal
Amparo, alivio y consuelo?
¿Qué importa, si desde el cielo
Calma vuestras amarguras,
Y os brinda con las dulzuras
De amor, en dichas fecundo,
La que al Salvador del mundo
Llevó en sus entreñas puras?

Inocentes, elevad
Vuestra oración candorosa,
Á la Virgen que amorosa
Acoge vuestra orfandad.
Rogad por todos, rogad;
Y que lleve al pecador
De vuestro ruego el fervor,
Á la mansión donde brilla
La pureza sin mancilla
De la Madre del Señor.

Lima, 1856.

Á NAPOLEÓN III.

EN LA PAZ DE VILLAFRANCA.

Provoca Austria orgullosa á la pelea
Al águila de triunfos coronada;
Y del tercer Napoleón la espada
Salvadora de Italia centellea.

Cual numen tutelar el héroe llama
Del tronco de su estirpe la memoria;
Y el genio de la guerra y de la gloria
Desde el Hotel de Inválidos le inflama.

Vela con huestes raudo al suelo Hesperio,
Que con su jefe y su valor se engríen;
Y de la tumba afables le sonríen
Los Capitanes del antiguo imperio.

Y en cada marcha una victoria abruma
La enemiga legión amedrentada;
Y apenas seguir puede fatigada
Su batallar y su vencer la pluma.

Que el sol ni la mitad de su camino
En la bella estación marcó en el cielo,
Y ya triunfó en Turbigo y Montebelo,
Maleñano, Magenta y Solferino.

De sus falanges el veloz torrente
Armaduras, y carros, y cañones,
Infantes, y jinetes, y bridones,
Todo lo arrastra en su raudal hirviente.

Pero ¡ ah ! designio más grandioso agita
La mente del caudillo previsora ;
Y al torrente en su furia asoladora,
« No más, no más devastación », le grita.

Con firme brazo su violencia estanca,
Y noble á par de audaz y de esforzado,
Ofrece al enemigo atribulado
La oliva de la paz en Villafranca.

Basta de sangre : las marciales teas
Ya satisfecha la justicia apague,
Antes que el voraz fuego se propague
Por todas las comarcas europeas.

Repose el vencedor; que se desploma
Rendida ya la usurpación germana,

Y la Italia renace soberana,
Bajo el sagrado príncipe de Roma.

No más, no más triunfar : cese la guerra,
Sin que, á favor de su espantable estruendo,
De la intestina lucha el monstruo horrendo
Se alce cruel á devastar la tierra.

¡ Qué! ¿ El gran monarca y sus guerreros fieles
Abrirán un abismo á la concordia,
Y el huracán de la civil discordia,
Marchitará en Italia sus laureles ?

¡ Jamás ! Que al conquistarle independencia
No ha de entregar la Italia emancipada
Á los caprichos de la turba airada
Y á los horrores de brutal licencia,

Quien, del patrio furor llena la copa,
Contra la demagogia se armó un día,
Y á la garra feroz de la anarquía
Arrebató la acongojada Europa.

¡Suelo que en genios y en valor fecundo
Brilla en la historia artística y guerrera !
¡ Abrigo de la alegre primavera !
¡ Dominio del placer! ¡ jardin del mundo!

¡ Italia á par de bella desdichada !
¡ Mísera esclava de extranjero odioso !
Sí : te arrancó á un monarca poderoso
Del César triunfador la ardiente espada.

Para exhumar tu gloria y tus blasones,
Para dar bienandanza á tu belleza,
No para que su cínica fiereza,
Ceben en ti rastreras ambiciones.

Borre eterno esplendor tu vilipendio :
Salva como la Francia fué salvada,
Que cual por arte mágica animada
Se alzó gloriosa de civil incendio.

Se alzó gloriosa y libre. La sagrada
Libertad, alto prez de la cultura,
No se deleita en bacanal impura,
Ni á la infame codicia sirve armada ;

Ni hace de una nación caos inmenso ;
Ni la destruye con poder infausto ;
Ni acepta la injusticia en holocausto,
Ni el humo de la sangre por incienso.

La Libertad eleva, no embrutece ;
La Libertad conserva, no destroza ;

El solaz del palacio da á la choza,
Y bajo el orden y la paz florece.

Se alzó la Francia, sí, libre y gloriosa
Del frenesí de libertad mentida;
Y segura y feliz bajo la egida
De su preclaro Emperador reposa.

Nunca ¡ oh Emperador! tu estrella muera,
Que rompió, cual la estrella de los Magos,
Tinieblas de desórdenes y estragos,
Y astro de redención hoy reverbera.

¡ Rayo que el cielo en su justicia envía
Á castigar con fuerza misteriosa
Ya el desborde de plebe licenciosa,
Ya la opresión de osada tiranía !

¡ Ministro de la gloria, que de inmundo
Fango, de orgías torpes y sangrientas
Sacas la patria impávido, y la sientas
En trono excelso á dirigir el mundo !

¡ Iris, que en las postreras agonías
De la paz y del orden apareces,
Y, manantial de vida, resplandeces
Para las moribundas monarquías !

Genio siempre inspirado y poderoso,
Ya alces del alma paz bajo el auspicio
Del patrio bien el sólido edificio,
Ya acaudilles tu ejército animoso!

¡ Príncipe, ante quien calman y enmudecen
Inertes las pasiones destructoras,
Y bajo cuyas leyes creadoras
Poder, riqueza y bienestar florecen!

¡ De ardor, concierto raro y de prudencia!
¡ Vástago ilustre de linaje augusto!
¡ De la justicia antemural robusto!
¡ Brazo de la Divina Providencia!

Te manda desde el Rímac voz amiga
Su sentimiento de adhesión profundo.
Para el progreso y la quietud del mundo,
¡ Tercer Napoleón, Dios te bendiga! (1)

Lima, 1859.

(1) Creo que el autor fué presentado, poco antes, al Emperador, en su segundo viaje á Europa, por su pariente el Sr Osma, entonces ministro del Perú, y de gran influencia en las Tullerías. (Ed.)

A ISABEL. (1)

Como algunos me juzgan
Trovador diestro,
Con candor inefable
Pides á mi estro
Trovas, que pura
Huella, en tu álbum impriman,
De mi ternura.

Mas la fuerza agotaron
Ya de mi numen,
Dolencias, que mi vida,
Lentas consumen,
¡ Suerte cruel !
Y no hallo qué decirte,
Linda Isabel.

Guardo vivo el recuerdo
De aquellos días,
Que en pronunciar apenas
Te complacías,

(1) Probablemente la Sra Isabel Barreda de Mendoza, hermana de la esposa de su hijo Don Manuel. La fecha debe ser de 1860 á 64. (Ed.)

Tergiversados,
De predilectos seres
Nombres amados.

Días en que embriagaste
Mi alma en delicias,
Pagando mi cariño
Con tus caricias;
Emblema fiel
De tu inocencia de ángel,
Linda Isabel.

Catorce años de entonces
Van ya corridos,
Que afligiendo mis días
Enfurecidos,
De sufrir largo,
Al dar su adiós, me hicieron
Presente amargo.

Mientras para ti, ajenos
De sus rigores,
Abrieron de tu vida
Las frescas flores,
En el verjel
De juventud lozana,
Linda Isabel.

Con su aroma y frescura
Yo me alborozo;
Y siento, al contemplarlas,
Doblado el gozo,
Que á más de bella,
De virtud te hizo el cielo,
Fúlgida estrella.

¡ Ah ! ¡ que Dios te prodigue
Sus bendiciones !
Y mientras yo, de acerbas
Tribulaciones
Cedo al tropel,
Conságrame un recuerdo,
Linda Isabel.

Á UN AMIGO
JOVEN DE SESENTA AÑOS.

De tu edad venturosa el curso sigo,
Y hoy cumples la docena, caro amigo :
Bien entendido, á precaución de engaños,
Que es de lustros, no de años.

Pero aunque años es cierto son sesenta
(Que á cinco años por lustro, esa es la cuenta,)
Mira envidioso tu frescor y aliño
Cualquier garzón lampiño.

Sesenta son, y aun tu alma se alboroza
Al tropezar con una buena moza,
Y hay contoneo, y tos á la pasada,
Y arrumaco y guiñada.

¡ El cielo quiera, de la saña impía
De los males guardar tu lozanía,
Del catarro, del reuma y de la gota
Con que la edad azota !

De rosas coronado, á cien abriles
Marcha de tu vejez en los pensiles,
Marcha, de tu vejez en las florestas,
Con tus sesenta á cuestas.

Marcha, como rapaz de veinticinco,
De cabriola en cabriola y brinco en brinco,
Y el parabién acepta y el respeto
De este tu humilde nieto.

Chorrillos, 2 de Septiembre de 1863.

DON LEOCADIO

O

EL ANIVERSARIO DE AYACUCHO (*)

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN VERSO

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ

EN EL TEATRO DE LIMA, EN EL MES DE OCTUBRE DE 1833.

(*) Pudiendo aún disponer de algunas páginas, ofrecemos aquí, como muestra, la más corta de las obras dramáticas de Pardo, notable principalmente como pintura de las costumbres limeñas y americanas de 1833, muy distantes por cierto de las de 1898. (Ed.).

PERSONAJES.

DON LEOCADIO, amante de
DOÑA ROSA, hija de
DON NICOMEDES, hermano de
DON ANSELMO, padre de
DON JUAN.
DON CARLOS, Coronel, amante de Doña Rosa.
MARIÑÁN, Capitán del cuerpo que manda DON CARLOS.
JUANA, mulata.
UN CRIADO.
CRIADOS Y CONVIDADOS que no hablan.

La escena es en el Cercado, suburbio de Lima, en casa de Don Anselmo.

Los trajes son los de la época : el de Juana es el que usaban las mulatas de convento, que fué cayendo en desuso poco á poco, después de la batalla de Ayacucho : faldellín de bayeta, con todos sus adherentes, en la parte superior del cuerpo y en el calzado, y sombrero de castor blanco, de copa muy baja, y ala muy ancha y muy tiesa.

La idea fundamental de esta comedia está tomada de un vaudeville francés.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala decentemente amueblada.

ESCENA I.

DON CARLOS, DON JUAN.

JUAN. — Eso no es de tu resorte.
Sabes que á casarte vas,
Y, Carlos, en lo demás
Poco ó nada hay que te importe.
CARLOS. — Es extraña la porfía
Y es la reserva chistosa.
¿Es huérfana, acaso, Rosa?
Si en este dichoso día
Debo yo ser su marido,
¿Hay cosa más natural
Que indagar si el paternal
Consentimiento ha obtenido?
JUAN. — Si fin á tus amarguras
Mi padre hoy contento da;
Si aferraste á Rosa ya,
¿Á qué meterte en honduras?
¿Á qué averiguar si quiere
Su padre, ó lo lleva á mal?
Bendición matrimonial
Y venga lo que viniere.
En esto, dar y cavar
Es ya delirio extremado,

Que en el ánimo esforzado
No cabe de un militar.
¿ Motivos de temor halla
En la impotencia de un viejo,
Quien ha expuesto su pellejo,
En los campos de batalla?
¿ Hablando cobarde escucho
En las contiendas de amor,
Á quien con tanto valor
Combatió hoy en Ayacucho?
Carlos, el laurel honroso
Que á tus sienes enlazaste,
Por el brío que mostraste,
En aquel campo glorioso,
¿ De qué te sirve, pregunto?
¿ Por qué con él te envaneces
Si más bien monja pareces
Que soldado, en este asunto?

CARLOS. — Aunque de un fuerte al asalto
Tal vez corra sin temor,
En esto, Juan, mi valor
No llega á picar tan alto.
No: yo no aspiro á esta unión,
Como debes suponer,
Sólo por satisfacer
Ciegamente una pasión
Insensata y tumultuosa;
Y que quiera con locura
Sacrificar la ventura
De la que ha de ser mi esposa.
Amo á tu prima es verdad;
Mas á ella no me uniría,
Si no hiciera con la mía

También su felicidad.
Y ¡bien! si á Don Nicomedes,
Su padre, irrita este plan,
¿Cómo en nuestro enlace, Juan,
Presagiarnos dichas puedes?
¿Cómo vivir con mi amada
Sin el disgusto más negro,
Viendo en el rostro del suegro
Fiera enemistad marcada?
¿Cómo podrá ella, dichoso
Su himeneo imaginar,
Si de su padre al pesar
Vé que da origen su esposo?
Sabes que de sus favores
El único dueño soy;
Y que ya contamos hoy
Más de tres años de amores.
Que aunque tuve de su madre
Generosa protección,
Nunca excitó mi pasión
Sino el enojo del padre:
Que él solo por contemplarte,
Desde el punto en que enviudó
Á enviarme no se atrevió
Con la música á otra parte;
Y en fin, que tan mal mirara
Mi amorosa inclinación,
Que, antes que su aprobación,
Diera un ojo de la cara.
Sin embargo, yo en mi afán,
Constante; aunque no sabía
Cuando terminar podría
La carrera de galán.

Bajo tan bellos auspicios,
Parto á la Sierra un año ha :
¡Cuánto no me admirará
El ver que sus beneficios,
Pródigo derrama el cielo,
Á mi vuelta, sobre mí!
Llego ha seis días aquí :
En el mismo instante vuelvo
Á ver el objeto amado :
No encuentro á tu prima en casa,
Y sé que unos días pasa
Con tu tío en el Cercado.
Vengo, veloz á buscaros :
Tu buen padre me reitera
De la amistad más sincera
Los testimonios más claros.
De mi ansiado casamiento
Con su sobrina le trato :
Él se digna acoger grato,
Y hasta celebrar mi intento :
Con interés nunca visto,
Todo lo arregla y lo allana ;
Y en menos de una semana
Tiene el matrimonio listo :
En términos que él y tú
Queréis dar fin á esta historia,
Hoy que celebra la gloria
De sus armas el Perú.

JUAN. — Y ¿ á quién puede esto, disgusto,
Señor Coronel, causar?
¿ Quién es capaz de tachar
Este proceder de injusto ¿
Si en esa acción que afirmó

De la patria los derechos
Entre los más bravos pechos
El tuyo sobresalió;
Si en tus años juveniles
Supiste en esa jornada
Hacer tremenda tu espada
Como la lanza de Aquiles;
De este día es propio, creo,
Al regocijo añadir
El de verte al fin ceñir
La guirnalda de himeneo.
Y ¡bien, Carlos! ¿qué te arredra?
¿En qué puedes vacilar?
Esto no es más que matar
Dos aves con una piedra.

CARLOS. — Si tuviera la chaveta
Tan ligera como tú,
Por que hubiese Belcebú
Querido hacerme poeta,
Nada entonces me arredrara;
Y sin andar con rodeos
Realizando mis deseos
Con tu prima me casara;
Y en versos llenos de miel
Cantara á los dos amantes,
Desgraciados, mas triunfantes
De un padre duro y crüel;
Aunque después al demonio,
Por el suegro atormentado,
Mandase desesperado
Los versos y el matrimonio.
Pero yo soy más real
Que vosotros trovadores;

Y no habito en mis amores
Ese vuestro mundo ideal.
Quiero en mis cosas marchar
Por un sendero trillado;
Y como hasta aquí he notado
Que tú has pretendido dar
En el asunto presente
Al señor Don Nicomedes
Tanta parte, como puedes
Á tu vecino de enfrente...

JUAN. — ¡Dale con Don Nicomedes!
¡Ay! ¡qué machaca! ¡Dios mío!
Nada receles del tío
Que no dejará que quedes
Mal con él, mi padre.

CARLOS. — Pero... es que...

JUAN. — Ya es impertinencia;
Hombre, él tiene harta prudencia
Para ser casamentero.

CARLOS. — El demonio que te entienda.
¿Quién tal prudencia verá
Si de todo, ajeno está
El pobre hombre allá en su hacienda?

JUAN. — Á la hora esta imagino
Que ya aviso le llegó:
Pero que lo sepa ó no,
Carlos, importa un comino.
Mi tío sin ser poeta
Y con medio siglo encima,
Tiene más que nadie en Lima
Los cascos á la jineta.
Si en mercantiles proyectos
Presume que le irá bien,

Abre al punto un almacén
Y lo ataruga de efectos;
Y en el cargamento, el tercio
Y el mostrador se recrea,
Hasta que tiene otra idea
Y reniega del comercio.
Con la afición más extraña
Toma después una hacienda;
Y con el buey, la molienda,
Con el trapiche, la caña,
Y la miel, nos acribilla:
Pero al darle la locura,
Lo aburre la agricultura
Y el campo lo atabardilla.
Juzga que de fabricante
Le será el hado propicio,
Y levanta un edificio
Para fábrica, al instante:
De artesanos se rodea;
Trabaja máquinas mil;
Y de su ingenio sutil
En las obras se recrea:
Gasta sin tino: se empeña:
Hasta que convierte un día
La fábrica en lechería,
Y las máquinas en leña.
Á un hermoso corazón
Este carácter unido
Hará al tío, habiendo sido
Resuelta ya vuestra unión,
Rendirse á la voluntad
De un hermano que ama tierno:
Y echar en olvido eterno

Su antigua animosidad,
Como, según la locura
De que se halla poseído,
El comercio da al olvido,
La industria ó la agricultura.
Pero aun hay más, ya que quieres
Que aclare tu inútil duda
Con explicación menuda:
En hombres de caracteres
Tales como el de mi tío,
Cada pasión que los quema,
Cada idea, cada tema,
Tocan siempre en desvarío;
Pues es cosa natural
Que, atentos á un solo asunto,
Reconcentren en un punto
Todo su vigor moral.
Sabes que el tío desea
Con la ansia más inaudita
Que de mi prima Rosita
Don Leocadio esposo sea.
Éste también lo apetece;
Y sin saber yo por qué,
Presume de buena fé
Que de veras lo merece.
Si á Don Nicomedes, pues,
De antemano consultamos,
El proyecto que formamos
Lo exponemos á un revés;
Pues damos tiempo de sobra,
Á que su furia desate,
Y que las manos nos ate
Para continuar la obra.

Él hasta hoy nada ha sabido :
Pateará, renegará ;
Pero ¿qué importa ? sabrá
Que ya todo está concluído ;
Pues hasta el último paso
Hemos cuidado de dar :
Teme un escándalo armar,
Y que en la ciudad el caso
Se divulgue con presteza ;
Ve á su hermano de por medio,
Y no tiene otro remedio
Más que bajar la cabeza.
CARLOS. — Y bien : si al contrario estalla
Su indignación de tal modo.
Que lo echa por tierra todo...
JUAN. — Déjanos obrar y calla
Yo satisfecho me hallo
De que no sucederá :
Y la hoja doblemos ya.
CARLOS. — Pues déjote obrar y callo.

ESCENA II.

DON ANSELMO, DON CARLOS, DON JUAN, ROSA.

ANSELMO. — ¡ Pues no ha sido la posdata
Muy corta, por vida mía,
Para un hombre que tenía
Tanta prisa!
JUAN. — ¡ Si me mata
Este Coronel, señor,
Con el necio desvarío
De recelar que mi tío

Dé aciago fin á su amor:
Tanto, que ha sido preciso
Entrar en explicaciones,
Sobre las fuertes razones,
Que para no darle aviso
De nuestro plan, de antemano,
Presentes hemos tenido.

ANSELMO. — No hay por qué estar compungido;
Pues á esta hora mi hermano
Algo sabe: luego á fondo
Se instruirá de todo aquí:
Esto está encargado á mí:
Yo del éxito respondo.

JUAN. — Lo mismo que yo le he dicho.

CARLOS. — Abrigar ya más temor
Bajo tan buen protector,
Fuera extremado capricho.

ROSA. — Sí: que mi tío no ofrece
Lo que no puede cumplir.

CARLOS. — Pues me dejo conducir:
Pero, ¿justo les parece
Que á Don Leocadio el aviso
Retardemos?...

JUAN. — Por supuesto:
Él no debe saber esto
Hasta el momento preciso.

CARLOS. — La cosa es dura, por cierto;
Mas ya que se tiene á bien,
Sobre este asunto también
Me callaré como un muerto.
Pero; ¡Jesús! ¡qué tarde es!

(Saca el reloj.)

Á la formación me voy.

ANSELMO. — Venir temprano.
CARLOS. — Sí : estoy
Con ustedes á las tres.

ESCENA III

DON ANSELMO, DON JUAN, ROSA.

ANSELMO. — Pero, hijos míos, ¿ sabéis,
(Después de una pausa.)
Que yo al parecer me inclino
De mi futuro sobrino,
En esto de que tratéis
De que el misterio no acabe
Ya para el huésped ?
JUAN. — ¡ Papá !
¿ De nosotros qué será
Si Don Leocadio lo sabe ?
¿ Verá con indiferencia,
Después de tanto tesón,
Que da Rosa á su pasión
Tan negra correspondencia ?
¿ No tratará de impedir ?...
ANSELMO. — ¡ Qué ha de tratar ! ¡ disparate !
Pero, por fin, aunque trate
¿ Qué es lo que ha de conseguir ?
Vaya, chicos, que se quite
Ya la máscara es razón.
ROSA. — Soy de distinta opinión.
De él, matrimonio y convite
Es preciso reservarlos :
Pague así la necedad,
De haber querido á su edad

Rivalizar con Don Carlos.

ANSELMO. — La necedad no es muy rara;
Porque para otras bellezas
Tapará con sus riquezas
Las arrugas de su cara...
¿Con un hombre, que viviendo
Está hace tiempo conmigo,
Con tan consecuente amigo?...
¡Esto es atroz! ¡es horrendo!...

ROSA. — No temo que por el chasco
Con nosotros quede mal:
Es poco sentimental.

ANSELMO. — ¡Hija, aunque fuera un peñasco!

ROSA. — Reserva; no nos cansemos.

JUAN. — Sí; si no se lleva á efecto,
Malogramos el proyecto.

ROSA. — Todo lo descomponemos.
Si la función que se apresta
Y mi matrimonio sabe,
¿Qué asunto para él más grave?
¿Para qué quiere más fiesta?
¿En qué hallará más delicia?
Saldrá al punto; y por la calle,
Atajará á cuantos halle
Para darles la noticia.
El asunto en mil rumores
Con velocidad no poca,
Correrá de boca en boca
Con los más varios colores.
En el Portal se dirá
Al momento en una tienda,
Que ha habido una atroz contienda
Entre Usted y mi papá.

En otro corro inmediato,
Sentirá alguno bochorno
En no añadir un adorno;
Y afirmará sin recato
Que de ambos la indignación
Tan no ha sido de juguete,
Que tiene Usted un cachete
Hinchado de un bofetón.
Más distante otra persona
Se complacerá en pintar
Nuestra reunión familiar,
Como una gran comilona;
Sin que falten mentecatos
Que amplifiquen más la historia,
Y que sepan de memoria
Hasta el número de platos;
Ni otros que investiguen mucho
La mira particular,
Que nos mueve á celebrar
La batalla de Ayacucho.
Diga Usted, ¿ le hago justicia
Ó no, en todo esto, señor?

ANSELMO. — Sí : él es un poco hablador;
Pero hablador sin malicia.

ROSA. — ¡ Ah ! sé que son inocentes
Sus charlas, que no hace mal;
Pero da pasto fatal
Á ociosos y maldicientes.

JUAN. — Vamos : y ¿ si fastidiarnos
Intenta de otra manera,
Y le viene á la mollera
Querer en todo ayudarnos?
Andará moliendo á todos

Con mil investigaciones;
En todo dará lecciones,
Y charlará por los codos.
Ya nos invade el jardín :
Allí mi invención apoca,
Echando por esa boca
Lisonjas propias, sin fin.
Quiere obrar por sí : hace tala
De rosas y de claveles,
Hasta dejar los cuarteles
Tan limpios como esta sala.
Mas con esta tremolina
Á poco rato se aburre :
Del jardín se nos escurre,
Y se mete en la cocina.
Allí al cocinero apura :
Todo lo indaga importuno ;
Los guisos uno por uno
Destapa, prueba, censura :
Encuentra el mayor deleite
En hacer cuestiones graves :
De si están gordas las aves,
Si en las salsas hay aceite,
Ajos, pimienta y cebolla ;
Si el horno se encendió bien,
Si es manuable la sartén,
Si hace buen caldo la olla.
Si abandona la cocina,
Es para ir al comedor,
En donde con más fervor
Registra, husmea y trajina.
Á reformador se mete,
Trastorna y deshace todo ;

Vuelve á arreglar á su modo
Candelabros, ramillete,
Platos, cubiertos, botellas,
Servilletas, copas, vasos,
Dejando en varios fracasos
De su intervención las huellas.
Embargados sus sentidos
Con estático embeleso,
Prueba vino, y pan y queso,
Aceitunas y encurtidos :
Vé si hay diferentes cremas,
Si son tiernas las toronjas,
Si ha venido de las monjas
La mazamorra de yemas.
En fin, si no somos cautos,
Se pierde nuestro proyecto ;
Pues bajo cualquier aspecto,
Es un mal ponerlo en autos.
Hágase todo en reposo
Que no haya ni aun falta leve,
Para celebrar el nueve
De Diciembre venturoso :
Que quiero, por vida mía,
Que no falte precaución,
Que haga digna la función
De lo clásico del día.

ANSELMO. — Llevad, á vuestro sabor,
Á cabo entonces el plan;
Á bien que de todo, Juan,
Te has hecho, tú, director.
Ya, hijos, á nada replico :
Muy bien : las órdenes sigan,
Que á todos en casa obligan

[illegible] el pico.
[illegible] Carlos hizo
[illegible] tan gloriosa
[illegible] de Rosa
[illegible] realizó;
[illegible] quien tiene
[illegible] canas.
[illegible] [illegible]aranas.
[illegible]

[illegible]

ESCENA IV.

DICHOS, DON LEOCADIO.

LEOCADIO, aparte. — ¡Hola! ¡función!
JUAN. — Hace un calor extremado.
LEOCADIO, aparte. — Vaya: aquí hay gato encerrado:
Mudan de conversación.
JUAN. — ¿Tanto bueno por acá,
Señor Don Leocadio? Yo
Juzgaba á Usted fuera.
LEOCADIO. — No,
No he salido.
ANSELMO. — ¿Cómo va?
¿Qué se hace?
LEOCADIO. — Nada: entro y salgo:
Ando de aquí para allí,
Sin saber qué hacer de mí,
Por entretenerme en algo.
(Aparte.)
¿Qué será esto de función?

ANSELMO. — ¿ Con azar no lo notáis?
LEOCADIO, aparte. — ¿ Con secreticos andáis?
¡ Es de consideración
La cosa! — Disimulemos.
ANSELMO. — Yo no me expongo, y escampo
Antes que él explore el campo.
Yo tengo...
JUAN. — Los dos tenemos,
Que despachar cierta nota
De efectos; y si Usted da
Permiso...
LEOCADIO. — Por dado ya..
ROSITA, aparte á Don Anselmo y Don Juan. —
Y ¿ á mí me echan la pelota?

ESCENA V.

DON LEOCADIO, ROSA.

LEOCADIO, aparte. — Habrá en la nota lo que haya.
(Alto).
Don Anselmo está atareado.
Esto ya pasa de raya:
¿ Ni porque está en el Cercado
Deja los papeles?... ¡ Vaya!
Padre é hijo es fuerza estén
Muy de prisa.
ROSA. — Sí: hay afán:
Las cosas no andan muy bien;
Porque hace poco que Juan
Se encargó del almacén.
LEOCADIO, aparte. — ¡ Vamos! es cansarse ya.
Aquí todos se hacen suecos.
¡ Señor! ¿ qué motivo habrá

18

Para tantos embelecos?...
En fin, ello saltará.

ROSA. — Lo noto á Usted pensativo.

LEOCADIO. — ¿Cómo ha de estar quien de un fuerte
Amor siente el fuego vivo,
Y hoy espera de su suerte
El momento decisivo?

ROSA. — ¿Cómo? ¿qué momento es ese?

LEOCADIO. — Y ¿quieres que una palabra,
Aunque para ti no pese,
Cuando ella mi dicha labra,
Al vuelo no la cogiese?
¡Ay! recuerda, prenda mía,
Lo que dijiste ayer tarde,
Al fervor con que pedía
Que decidieses : « Aguarde,
» Que mañana será el dia. »
¿No fué esto lo que salió
De esa boca de rubí?
¿Me equivoco, Rosa?

ROSA. — No.

LEOCADIO. — Y, habla, ¿te decides?

ROSA. — Sí.

LEOCADIO. — ¿Seré feliz?

ROSA. — ¿Qué sé yo?

LEOCADIO. — ¿Ahora sales con eso?
¿Será justa esa paciencia
En cosas de tanto peso?
¡Tan helada indiferencia
Me tiene, Rosa, sin seso!
¡Ay! ¡hija! si tú me agracias
Con esa mano : si llegas
Á dar fin á mis desgracias...

Tengo más de cien talegas...
Todas para ti.
ROSA. — Mil gracias.
LEOCADIO. — ¡Ah! perdona este lenguaje,
Y admíteme por favor,
Antes que me ahogue el coraje,
Un corazón por tu amor
Hecho una ascua.
ROSA. — ¡Buen potaje!
LEOCADIO. — ¡Mas, Rosa! ¿qué es lo que veo?
¿Será justo ese rigor?
Soy viejo, mas no tan feo,
Para que pagues mi amor
Con chanzas.
ROSA. — Yo no chanceo.
Desde ayer he dicho ya
Que mi suerte el día de hoy
Decidida quedará.
Don Leocadio, Usted, si soy
Mujer sincera, sabrá.
LEOCADIO. — Pues la palabra te tomo
Y suspendo mi porfía.
¡Ay! ¿cómo saldremos? ¿cómo?
Rosa, para mí este día
Camina con pies de plomo.
Mas ya que á ti se te antoja
Que aún mi dicha no he de ver,
Hablaré, doblando esta hoja,
Del gran almuerzo que ayer
Tuvo en su huerta la coja.
Hubo tamal de Belén,
Pasteles, zango con yuyo,
¡La cosa salió muy bien!

Hoy sabré quién es el cuyo
Que está pagando ese tren.
Yo no estuve convidado :
Lo extraño, y lo siento á fé;
Porque soy aficionado
Á esas jaranas, y sé
Que hubo un chupe delicado.
Nada faltó á la función;
Muy buen humor, baile, juego
De tal consideración,
Que perdió medio talego
El pobre Don Hilarión.
Cantó Justa con Camila :
Doña Luz extrenó un coche
Soberbio.

ROSA, aparte. — Rosa, desfila;
Porque este hombre hasta la noche
No acaba su retahila.

(Alto).

Tengo que hacer.

LEOCADIO. — Son patrañas.

ROSA. — ¿No me cree Usted?

(Aparte).

¡Pobre diablo!

LEOCADIO. — Sí : creo que no me engañas.
Mas no olvides el venablo
Que clavaste en mis entrañas.

ESCENA VI.

DON LEOCADIO, solo. — Nunca del pecho se borra
La imagen de esta muchacha.
¡Hija! tardanzas ahorra :

¡Despacha, por Dios, despacha!
Que esta es ya mucha pachorra.
¿Si este Coronel habrá
Retardado mi ventura?
Él amartelado está:
Tiene labia, su figura
No es mala .. Mas ¿vencerá?
¿Cómo saldré? pero no:
Mi corazón es muy fiel,
Y ya dichas me anunció.
¿Qué supone el Coronel
Estando por medio yo?
Mas la función... ¿Qué razón
Podrá esta gente tener
Para tanta precaución?
¡Oh! ¡qué mágico poder
Ejerce en mí una función.

ESCENA VII.

DON LEOCADIO, JUANA.

JUANA. — « ¡Ave Madía! ¡qué tidada!
¡Buen haced de cabayedo!
¡Vivid aquí! ¡Ya no puedo
Con mi cuedpo de cansada!
Buenisa Sumesé, mi amo.
LEOCADIO. — Dios muy buenos te los dé.
JUANA. — ¡Ay! cdéame Sumesé
Que, como Juana me yamo,
No tengo sano ni un güeso.
LEOCADIO, aparte. — ¿Quién será ésta?
JUANA. — ¡Ay! ¡ay de mí!

¡Vamos, pues! ya estoy aquí.
LEOCADIO. — Y ¿qué me cuentas con eso?
JUANA. — Cómo ¿qué me cuentas? ¡guá!
¿Á qué habladme de ese modo
Cuando yo lo tdaigo todo,
Muy bien sabidito ya?
La mae Vicadia me ha impuesto
Pdedicando más de una hoda...
¡Oh! ¡cómo que es tan dotoda
Su devedencia y tan esto!...
Y ¿que á mí no se me impdima
Cuadquied cosa que me mande?
No: yo nací en casa gdande
Y no soy de jueda é Lima.
LEOCADIO. — ¡Vaya hija! daja esos dengues
Y dí qué me quieres, pronto.
JUANA. — No se haga Sumesé el tonto:
Yo vengo á haced los medengues.
LEOCADIO. — ¿Qué merengues, ó qué enredos?..
JUANA. — Los que Sumesé encadgó.
¡Jesús! y los que hago yo,
Son de chupadse los dedos.
Los otros dulces vendán,
Mi amo, dento de un momento.
¡Ha habido en ese convento
Pada hacedlos tanto afán!
¡Qué! la mae Casimida,
La Docenda, la Solano
Todas han metido mano:
Lo que padece mentida
Me falta: ha compuesto un plato
La mae Chinquiquidá,
Que ya de vejez está

Que padece un gadabato.
LEOCADIO. — ¡Mujer, tú me tienes loco!
Tú te equivocas, sin duda.
JUANA. — ¡Ay! no señó, ¡qué locuda!
Yo en la vida me equivoco.
LEOCADIO. — Si no te entiendo, mujer.
JUANA. — ¿Pada qué disimulad?
En mí se puede confiad.
LEOCADIO. — Lo que quieras podrá ser;
Pero eso no habla conmigo.
Yo soy Don Leocadio Arpecho
Y Urgarriola y...
JUANA, gritando. — ¿Qué es lo que he hecho?
¡Tentación del enemigo!
¡Ay! ¡qué atuddimiento el mío!
¡Dadme con él cada á cada!
¡Metédselo con cuchada!

(Retírase á las habitaciones interiores, haciendo aspavientos).

ESCENA VIII.

DON LEOCADIO, solo. — Esto me ha dejado frío.
¿Hay cosa que más asombre?
Aquí de dulces se trata:
Grita y huye la mulata,
Apenas oye mi nombre.
« Función, » dijo el otro hombre:
Entro yo, y con precaución
Mudan de conversación.
¿Qué es esto? viéndolo estoy;
Que sospechoso les soy,
Y que es aquí la función

(Pausa corta.)

¡Que yo tal reserva advierta!
¿Qué causa la motivó?
La causa la ignoro yo,
Pero la función es cierta.
Extraño que se divierta
Esta gente : habrá motivo;
Función hay es positivo;
Y ¡de ella priváis, bribones,
Á un hombre que en las funciones,
Encuentra tanto atractivo!
Y ¿he de estar ¡oh suerte aciaga!
Sin comer, quieto, paciente,
Mientras que toda esta gente
Trajina, dispone y traga?...
¡Oh merengues!... ¿Que tal paga
De tanta amistad devengues?
¡Leocadio!... fuerza es te vengues :
Que es tanto más el delito,
Cuanto el dulce favorito
Son para ti los merengues.

ESCENA IX.

DON LEOCADIO, EL CAPITÁN MARIÑÁN.

MARIÑÁN, aparte. — Éste será el mayordomo.
(Alto).
Dios guarde á Usted, Don Fulano,
LEOCADIO. — Y á Usted también, Don Zutano.
MARIÑÁN. — ¿Está aquí su patrón?
LEOCADIO. — ¿Cómo?
MARIÑÁN. — ¿Que si está aquí su patrón?
LEOCADIO, aparte. — Será bien disimular,

Por si éste viene á tratar
Algo sobre la función.
MARIÑÁN. — ¿No responde?
LEOCADIO. — ¡Qué violento
Es Usted! En casa está.
¿Qué se ofrece por acá?
MARIÑÁN. — Pues avísele al momento,
Que el Capitán Mariñán
Está aquí con la respuesta.
LEOCADIO. — Sobre el cuento de la fiesta :
¿No es verdad, mi Capitán?
MARIÑÁN. — Por supuesto... ¿Mas no va?
LEOCADIO. — No puedo darle el recado,
Porque está un poco ocupado.
Cuando acabe...
MARIÑÁN. — Y ¿tardará?
LEOCADIO. — No, señor : pronto despacha.
Va á ser lucida función :
¿No es verdad?
MARIÑÁN. — Y con razón :
Lo merece la muchacha.
LEOCADIO, aparte. — Esto va bueno : ya es mío
El hombre : ya desembucha.
MARIÑÁN. — Dicen que con ella es mucha
La chochera de su tío.
¿Me entiende Usted?
LEOCADIO. — Sí : á fé mía...
MARIÑÁN. — El hombre... que tiene plata...
Hoy de divertirse trata...
Y es muy adecuado el día,
Según me parece á mí...
Al fijar en él la fiesta,
Don Anselmo manifiesta

Un corazón... pues... así,..
¿Me comprende Usted?

LEOCADIO. — ¿Pues no?
Ciertamente mi patrón
Tiene muy buen corazón:
Por eso lo quiero yo.
Como hoy, no lo ví jamás:
¡Es tan grande su alegría!
Ya vé Usted... en este día...
(Aparte.)
Á ver si suelta algo más...

MARIÑÁN. — ¡Hombre! y ¿con motivo tanto
Extraña Usted su placer?
¡Pues bueno fuera tener
Hoy cara de Viernes Santo!
Oiga Usted, no me verán
Ni más padre, ni más madre,
Ni más perro que me ladre,
Que el sueldo de Capitán.
Pues si aquí, por un evento,
Hoy faltara que gastar,
Yo no hiciera más que dar
Al instante un libramiento.
¿Me entiende Usted, Don Aquel?

LEOCADIO. — Sí, señor.

MARIÑÁN. — Pues si me explico
De este modo, ¿qué hará un rico.
Que tiene el oro á granel?
Que gaste: sí: que derroche:
Todos se han de divertir;
Y para eso ha de venir
La música aquí esta noche.

LEOCADIO, aparte. — ¡Hola! ¡música! ¡muy seria

Va á ser la cosa, á fé mía!
MARIÑÁN. — Y cabalmente venía
Á tratar de esta materia
Porque si quieren que asista
Música para comer,
A esa hora no ha de poder
Estar la del cuerpo lista.
¿Usted me entiende?
LEOCADIO. — Sí: siga
Usted...
(Aparte.)
Si hablara más claro...
MARIÑÁN. — Eso sí, yo no declaro
Á mi Coronel la intriga.
¡La música!... ni la aguarda
Don Carlos... ¡Ah! ¡qué sorpresa!..
Pero hombre, yo estoy de prisa
Y este Don Anselmo tarda.

ESCENA X.

DICHOS, UN CRIADO.

CRIADO. — Le trae un mozo esta esquela
Señor Don Leocadio.
MARIÑÁN. — ¡Vaya!
¡Que la hice buena!
LEOCADIO. — ¡Mal haya,
Borrico, tu parentela!
MARIÑÁN, aparte, dándose una palmada en la frente.
¡Ah bárbaro!
LEOCADIO, aparte. — ¡Pues me gusta
El papel que haciendo estoy!

Está visto : el día de hoy
Mi nombre á todos asusta.
¡Conque! ¿decía Usted?...

MARIÑÁN. — ¿Yo? nada.
¡Ya!... ¡ya! ¡es Usted buena pieza!
(Aparte.)
Felizmente mi torpeza
Á buen tiempo fué cortada,
(Alto.)
Á ver á Don Juan; muchacho
Llévame...
(Aparte.)
Nada sabrán
Por mí de esto, pues dirán,
Sin duda, que soy un macho.

LEOCADIO. — ¿Dónde va Usted?

MARIÑÁN. — Hay que hacer.

LEOCADIO. — ¡Hombre! un instante.

MARIÑÁN. — No puedo.

LEOCADIO. — Es que voy...

MARIÑÁN. — Métame el dedo,
Y verá si sé morder.

CRIADO. — ¿Qué contesto al de la esquela?

LEOCADIO. — Que espere ó se largue, dí;
Y marcha ¡bruto! de aquí,
Antes que á palos te muela.

ESCENA XI.

DON LEOCADIO, solo. — ¿Qué fiesta es la que hay aquí?
Por lo visto, no hay sujeto
Que la ignore; y el secreto
Sólo se me guarda á mí.

Los alegra, á lo que oí,
Rosa : mas también se nota
Que el día los alborota
De hoy, que diz que es estupendo...
Lléveme el diablo, si entiendo
De este embolismo una jota!...
Discurro, cavilo y sudo
En vano por descubrir
La causa, que producir
Tan rara conducta pudo.
¿Qué día es hoy?... Mas ¡qué dudo,
Por la Virgen del Rosario!
¡Vamos! ¡soy un dromedario!
En romperme la mollera,
Cuando puedo en mi cartera
Consultar el calendario.

(Saca una cartera y lee).

» *Diciembre dos... Santa Bibiana; tres, cuatro...*
» *Cinco... San Nicolás de Bari... día*
» *Nueve... Santa Leocadia...* »
¡Ah! ¡mi santo! ¡voto á sanes!
¡Qué cabeza de chorlito!
Ya indagar no necesito
La causa de estos afanes.
¡En la que andan los trüanes!...
Y ¡yo no percibo... oh, necio!...
Pero ¡qué amistad! ¡qué aprecio!
¡Cómo por mí se desviven!
No hay duda : aquí me conciben
La alhaja de mayor precio.
¡Hay placer más soberano!
¡Qué tan feliz llegue á verme,
Que en mi santo sorprenderme

Quiera Rosa con su mano!
Y que este apreciable anciano
Se dé á celebrarme priesa,
Y ¡ piense en música, en mesa !....
¡ Oh ! ¡ qué bondad !... ¡ Cosa atroz!
Y yo iba con una coz
Á malograrles la empresa.
¡ José Leocadio, sin gota,
Ni viso de entendimiento !
¡ José Leocadio, jumento!
¡ José Leocadio, marmota!
¿ Cómo confundes, idiota,
La más dulce travesura,
Con una ofensa acre y dura,
Sin que te apunte el criterio
Que el objeto del misterio
Es realzar tu ventura ?
Si el día de San José
Hubiera la farsa sido,
Yo la habría conocido
Al instante, bien se vé ;
Porque aunque es cierto no fué
El día de mi natal,
Es el de mi fiesta anual,
Por privilegio otorgado
Al primer nombre asignado
En la pila bautismal.
Por tal causa siempre infiel
Á Santa Leocadia fuí :
Y aunque ese día nací,
Jamás me he acordado de él.
Mas con su gracia y su aquel,
Rosa, más que yo prolija,

Cuando mi pasión prohija,
Obligante y oportuna
El día de mi fortuna
En Santa Leocadia fija.
¡ Rosa !... no ¡ por Belcebú !
No eres Rosa ; no ; no hay flor
Tan bella y grata en olor,
Ni en Lima, ni en el Perú,
Ni en el Orbe, como tú.
Siempre de tu gloria estadio,
Siempre órbita de tu radio,
Siempre tu escudo y tu adarga,
Siempre tu bestia de carga
Será tu José Leocadio.

ESCENA XII.

DON LEOCADIO, DON NICOMEDES.

NICOMEDES, aparte. — ¿ Á ver cuál es el pastel ?
¡ Llamarme con tal presteza !
¡ Qué hermano ! ¡ reniego de él !...
¡ Cuando aquella hacienda empieza
Á ponerse hecha un vergel !
Si el matrimonio no va
Con mis ideas, bien puedes
Llamar á otra puerta ya.
LEOCADIO. — ¡ Oh, señor Don Nicomedes !
¿ Tanto bueno por acá ?
¡ Ah ! venga un abrazo.
NICOMEDES. — ¡ Hacer
Que de mi hacienda hoy emigre !...
Y ¡ Usted nadando en placer,
Mientras yo estoy hecho un tigre !

¡Cierto que es cosa de ver!
LEOCADIO. — Vaya : ¿ qué es lo que ha pasado ?
NICOMEDES. — ¿ Qué me ha de pasar ? que estaba
Allá en mi hacienda atareado;
Y en dirigir me ocupaba
Un trapiche que he inventado...
¡Oh! ¡para eso no hay otro hombre
Como yo!... va á ser, amigo,
Un trapiche aquel que asombre :
Si acabarlo bien consigo,
Va á darme eterno renombre.
LEOCADIO. — Pero, hombre, si no se trata...
NICOMEDES — Si dos años más consagro
Á esa hacienda... no es bravata,
La hago, como por milagro,
La mejor mina de plata.
LEOCADIO. — En suma, ¡por Santa Rita!
¿Que es lo que á Usted le incomoda?
NICOMEDES — ¡Ah! ya... una carta maldita,
En que mi hermano, la boda
Me anuncia ya de Rosita...
Toda ella no es un renglón :
« Que venga y no se dilate,
« Pues hoy de mi hija es la unión. »
Ya habrá hecho algún disparate
Ese gran calaverón.
¡No decir, ni por asomo,
Siendo mío el interés,
Con quién es la boda y cómo!...
LEOCADIO. — ¡Si este Don Anselmo es
Un tuno de tomo y lomo!
Y ¡la chica no es mal bicho!
De sorprender les entró

El endiablado capricho...
¿ Qué mas ? el novio soy yo,
Y ni chus ni mus me han dicho.
¿ Puede haber diablura igual ?

NICOMEDES. — ¡ Oh! ¡ amigo ! ¡ cuánto me alegro !
¡ Qué prueba de amor filial !
Reciba Usted de su suegro,
El abrazo paternal.
¿ Conque lo que he apetecido
Tanto, hoy se ha logrado al fin ?

LEOCADIO. — Sí : mas se les ha ocurrido
Convertirme en arlequín,
Antes de hacerme marido.
Pero esto me manifiesta
Que está pagado mi amor.
Ayer, Rosa me protesta
Que hoy sentenciará mi ardor,
Y hoy preparan una fiesta :
¿ Sabe Usted por qué razón ?
Porque hoy es mi santo : y ella,
Á mi ardorosa pasión,
Quiere con su mano bella
Dar el dulce galardón.

(Saca el calendario y le lee á Don Nicomedes : *Diciembre día nueve : Santa Leocadia Virgen y Mártir*).

NICOMEDES. — ¡ De contento desvarío !
Voy á abrazarla al instante :
Voy á abrazar á su tío :
¡ Oh qué hermano tan amante !
¡ Oh qué fortuna, Dios mío !

LEOCADIO. — Que yo la trama comprendo
No les debe Usted decir.

NICOMEDES. — ¿ Pero he de estar encubriendo ?

LEOCADIO. — Yo quiero verlos venir.
Déjeme Usted : yo me entiendo.
NICOMEDES. — ¿ Cómo mi cariño tierno
Será dable que resista ?
¿ Cómo el júbilo paterno
No ha de estallar, á la vista
De los méritos del yerno !
Mi pecho que hasta hoy se halló
Cargado de peso grave
¿ Podrá disimular ?.. no.
LEOCADIO. — Bien : diga Usted que lo sabe,
Pero no que lo sé yo.
NICOMEDES. — Pues bien, guardaré secreto.
(Vase.)
LEOCADIO. — Sí, señor, que me interesa.

ESCENA XIII

DON LEOCADIO, solo. — ¡ Pensarán que me estoy quieto !
Pues les juro que es sorpresa
Mejor la que les prometo.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un jardín, con un cenador en medio, cuya entrada está cubierta por una cortina. Desde el cenador parten á un lado y á otro, paralelas al proscenio, dos enramadas, cuya espesura impida ver la parte del jardín que está del otro lado de ellas. Delante de la entrada del cenador, habrá una mesa puesta para comer, y estatuas y bancos de mármol, simétricamente colocados en toda la extensión del jardín.

ESCENA I

DON JUAN, EL CAPITÁN MARIÑÁN.

MARIÑÁN. — Se conoce, amigo mío,
Que es Usted hombre de pro :

Nunca pude esperar yo
Menos del primo y del tío.
Cuando sepa el Coronel
Cuán grande ha sido el afán,
Que Don Anselmo y Don Juan
Han tenido aquí por él,
¡ Vaya ! se nos vuelve loco...

JUAN. — Más tiempo hubiera deseado
Para haberlo festejado.

MARIÑÁN. — ¡ Toma ! y ¿ aun cree Usted que es poco ?
Primores de alta cocina,
Gran profusión de botellas,
Las invenciones aquellas
Tapadas con la cortina...
¿ Quién más que un amigo, quién
Puede andar en tal trajín ?
Y la voluntad al fin...
¿ Usted me entiende ?

JUAN. — Muy bien.
Sí : no hay más merecimiento
En nosotros, en verdad,
Que la buena voluntad.

MARIÑÁN. — Pues en eso no consiento
Que nadie me exceda á mí ;
Porque amigo, en este día...
¿ Me entiende Usted ?... gastaría
Las minas del Potosí.
¡ Mi Coronel ! ¡ pues no es mucho
Lo que quiero á ese hombre yo !...
¡ Cáspita ! ¡ si se portó
Como un tigre en Ayacucho !
Cuando soldados sin fin
Caer al rededor miraba,

Por momentos esperaba
Cada cual su San Martín.
Pues, amigo, el Coronel
Estaba en medio del fuego,
Con tal calma y tal sosiego,
Cual si no fuese con él.
¿Me comprende Usted? No era
Más que Capitán aún.
Un valor nada común,
Una estampa tan guerrera,
Al soldado en la batalla
Ánimo tal infundía,
Que estaba esa compañía
Firme como una muralla,
Y que cada hombre, Don Juan
En tanto entusiasmo ardía,
Que más bien morir quería
Que perder al Capitán.
Más la batalla se enciende
Y más su valor se muestra:
Blandiendo fiero en su diestra
La espada; ¿Usted me comprende?
Llueven balas: no hace caso,
Y á los suyos acaudilla:
Le hace frente una guerrilla;
Por entre ella se abre paso.
Trepa, con una palabra
Sola inflamando su gente,
Por donde difícilmente
Puede trepar una cabra.
No hay nada que lo reporte;
Y ya bien puede tener
Quien se le quiera oponer,

Prevenido el pasaporte.
¿ Usted me entiende ?
JUAN. — Sí, amigo :
Eso y cuanto Usted refiera,
Lo sabe todo el que fuera
De esa batalla testigo.
Tantos y tan verdaderos
Ejemplos de valentía
Que dieron en aquel día
Nuestros jóvenes guerreros,
Y que llevaran su gloria
Á la más remota edad,
Si, cual fué en la antigüedad,
Hoy fuera justa la historia;
Los de Carlos no ofuscaron,
Si llena de ardor el alma
Tantos Peruanos la palma
Del valor se disputaron ;
No fué Carlos el segundo.
MARIÑÁN. — ¡ Uf ! lidió como una fiera,
Lidió, como si tuviera
Vara alta en el otro mundo.
Y en cuantas grescas se halla,
Riñe con igual ardor...
¡ Amigo ! ¡ hoy fué hecho Mayor
En el campo de batalla !
Y no crea Usted que un hombre
Anduvo tan descuidado
Que dejase mal sentado
En aquella acción su nombre.
¿ Me entiende Usted ?
JUAN. — Bien lo sé :
Sé que Usted peleó valiente :

Sé que el grado de Teniente
Premio de su arrojo fué;
Y que muy claro derecho
Su acreditado valor,
Le dió á esa insignia de honor
Que lleva Usted en el pecho.
Tiempo hace que el Coronel
De todo esto me instruyó.

MARIÑÁN. — Donde él iba, allí iba yo:
Si él muere, muero con él.
Con tanto y tanto recuerdo,
¿Puede ser extraordinario,
Que un día de aniversario,
Pierda su juicio el más cuerdo?
¿Me entiende Usted?

ESCENA II

DICHOS, JUANA.

JUANA, á Don Juan. — Ya está
Hecho aqueyo. Me detido.

JUAN. — No, Juana; hemos decidido
Que te quedes por acá,
Porque eres muy necesaria.

JUANA. — Y ¿la Vicadia, señó?

JUAN. — Si te necesito yo,
¿Qué supone la Vicaria?

JUANA. — Pedo si me espeda, pues;
Y como su Devedencia
Tiene tan poca paciencia...

JUAN. — Bien, hija: te irás después.
Á tu ama en este momento

Á avisarle de aquí irán.
JUANA. — Sí, señó ; podque estadán
Con cuidado en el convento.
MARIÑÁN. — Hoy es día de atenciones
Para Usted, Don Juan : me voy
Adentro.
JUAN. — Bien.

ESCENA III

DON JUAN, JUANA.

JUANA. — Yo no estoy
Más que hasta las odaciones.
Si pod una tentación
Dudmieda una noche jueda ;
¡ Jesús ! ¡ cómo se pusieda
La made Cidcunsisión !
Yo, que soy su ojo dedecho...
Como quien dice... ¡ Ay mi Dios !...
Fijo : la ahogaba la tos :
La pobde es mádtid del pecho.
JUAN. — Bien : encargo á tu cuidado
Todas las operaciones.
Toma tus disposiciones :
Haz que esté todo arreglado.
¡ Vaya ! á la cocina : advierte
Que ya van á dar las tres,
Y me buscarás después,
Que hay otro encargo que hacerte.
Y con el hombre, chitón.
JUANA. — Ya sé muy bien ese cuento.
No podque soy de convento,

Me falta penetración.
(Vase.)

ESCENA IV

DON JUAN, solo. — ¡ Qué tarde tan lisonjera
Don Leocadio nos prepara !
¿ Mas quién reirse en su cara,
Como nosotros pudiera,
Y hacerle esta burla ; quién ;
Si en su amable corazón,
No curara una función,
Las heridas del desdén ?

ESCENA V

DON CARLOS, DON JUAN.

JUAN. — Carlos, más que tú puntual,
De la formación volvió
Nuestro Mariñán... ¿ Quién vió
En novio una flema tal ?
CARLOS. — Esa flema, amigo mío,
Ha sido mal de mi grado...
¿ Mas qué hay ? que me han informado
De que ya vino tu tío.
JUAN. — Y al instante se marchó.
CARLOS. — ¡ Hombre ! ¡ por Dios ! ¿ qué ha ocurrido ?
¿ Acaso se habrá ofendido
De nuestro proyecto ?
JUAN. — No.
Se alegró, y mucho.
CARLOS. — ¡ Qué pasmo !

JUAN. — ¡ Oh ! ¡ no ha sabido qué hacer !
CARLOS. — ¿ Qué dices ?
JUAN. — Que su placer,
No fué placer ; fué entusiasmo.
CARLOS. — ¿ Conque ya de esta manera
Puedo casarme seguro ?
JUAN. — Y ya del suegro futuro
Dejarás la moledera.
CARLOS. — ¡ La conducta es misteriosa !
Si este hombre me detestaba :
Si á Don Leocadio intentaba
Hacer marido de Rosa ;
¿ De qué modo explicar puedes
Tal mudanza ?
JUAN. — ¿ De qué modo ?
¡ Qué pregunta ! como todo
Se explica en Don Nicomedes :
Que conforme la manía
Pudo darle por reñir,
Le ha dado por recibir
La nueva con alegría ;
Y como es hombre que apura
Todo hasta el último grado,
La alegría no ha parado
Hasta llegar á locura.
Todavía no sé yo
Quién le pudo noticiar,
Vuestro enlace antes de entrar.
El hecho es que cuando entró,
Ya de él enterado estaba ;
Y que tan lleno de gusto
Venia, que nos dió un susto
Con las voces que nos daba.

Acudimos á sus gritos :
Voló al instante á abrazarnos,
Y comenzó á regalarnos
Con requiebros infinitos.
¡ Cuántas frases se le ahogaron
Entre sollozo y sollozo !
¡ Cuántas lágrimas de gozo
Sus mejillas inundaron !
Y allí cada uno hecho un poste,
Sin saber qué contestar,
Dejándose acariciar,
Sin decir oste ni moste.
Después que con sus abrazos
Nos estrujó á su sabor,
Y víctimas de su amor
Casi nos hizo pedazos ;
Su flujo de hablar despierta,
Y á borbollones vomita
Palabras, como quien quita
Á un manantial la compuerta.
« Sobrino, hermano, hija mía, »
Enajenado exclamó,
« ¡ No sé cómo podré yo
» Sobrevivir á este dia ! »
« Pero papá » — « Nada me hables,
» Que estoy loco de placer,
» Viéndote un hombre escoger
» De prendas tan apreciables.
» Ya te miro venturosa :
» Ya ha terminado mi afán. »
» Pero, tío. » — « Tú, mi Juan,
» Que, con alma tan hermosa,
» No puedo esperar que quedes

» Impasible á tal ventura;
» Acompaña en su locura
» Á tu tío Nicomedes. »
« Pero, hermano. » — « ¡ Pierdo el juicio
» Anselmo ! No sé lo que hago,
» Qué digo, ni cómo pago
» Tan singular beneficio.
» ¿ Si escucharás ? » — « Tengo informe
» De todo : sé ya esta unión.
» Sé que tú á mi corazón
» Libras hoy de un peso enorme :
» Que has colmado mi deseo :
» Que mil dichas me preparas,
» Llevando á Rosa á las aras
» De un venturoso himeneo :
» Que tanto se manifiesta
» Tu ansia por mi bienestar,
» Que quieres solemnizar
» Esta unión con una fiesta ;
» Que es tu cariño tan tierno,
» Que realizarla dispones
» En el día que supones
» Más grato para mi yerno :
» En suma, que mi quietud
» Eterna con esto labras ;
» Y no puedo con palabras
» Expresar mi gratitud. »
Mezcla esta descarga horrenda
Con pinturas seductoras,
De las inmensas mejoras
Que piensa hacer en su hacienda ;
Y con tan vivo interés
A un tiempo todo est) abraza,

Que no deja meter baza
Á ninguno de los tres.
Que sus efusiones raras
Interrumpir no pudimos
Y que nada más hicimos,
Que mirarnos á las caras,
Pues nadie atajar consigue
El espantoso torrente.
Saca el reloj de repente
Y : « ¡ Jesús ! ¡ Jesús ! » prosigue.
« ¡ Qué tarde es ! y tengo de ir
» Á la hacienda es precisión,
» Porque quiero á la función
» Por mi parte contribuir
» Con un carnero, que á bordo
» Conseguí de un barco inglés,
» Y que, más que carnero, es
» Un buey en lo grande y gordo :
» Cuatro gallinas que son
» La flor de mi gallinero :
» Un cóndor es, no exagero,
» Junto á cada una, un gorrión ;
» Y un pavo... eso es un portento.
» ¡ Qué pavo tan singular !
» Con él solo hay para dar
» De comer á un regimiento.
» Ya veréis si son exactos
« Mis informes ; vuelvo presto. »
Vuelve la espalda con esto,
Y nos deja estupefactos.
Pero ven, Carlos, á dar
La anhorabuena á tu Rosa.

CARLOS. — Vamos, sí, porque esta es cosa

Que debemos celebrar.

(Fija la vista en la cortina.)

¿Qué es aquello?... ¿con qué intento
Han puesto ese cortinaje?

JUAN. — Nada: por aquel paraje
Suele soplar mucho viento.

ESCENA VI

DON LEOCADIO, que asoma la cabeza antes de que se hayan retirado Don Carlos y Don Juan.

¡Hola! Hay Moros en campaña!
¡Mas se retiran! Entremos;
Y todo lo registremos
Con precaución y con maña.
¿Puede haber mayor cucaña?
Esta es fortuna, esta, sí:
Pues á mi edad, pruebo aquí,
Con lo que Rosa me quiere,
Que cuando para otros muere,
Nace el amor para mí.
Y ¡yo, amigo inconsecuente,
Canalla, infame, rüin,
Estaba hecho un puerco espín
Contra esta bendita gente!
Y ¿atribuir pude imprudente
Á injuria un ardid tan grato?
Felizmente con recato
Cubrí mi resentimiento:
Que si no, la plaza siento
De solemne mentecato.

(Pausa.

¡Vaya! ¡que el lance es curioso!
¡Estar su santo ignorando
Quien el año pasa dando
Días á roso y belloso!
Confieso que estoy ansioso
Ya de rasgar este manto...
Pero malogro afán tanto:
No: es mejor estarme quieto:
Que sigan con su secreto
Y me casen en mi santo.

(Pasa á registrar la mesa.)

¡Oh! ¡la mesa es soberana!

(Registrando la mesa, y haciendo lo que indica el soliloquio.)

¡Aceitunas! á ellas voy.
¡Estas gentes echan hoy
La casa por la ventana!
Se me va abriendo la gana:
¡Vaya un pedazo de pan
Y un trago!... mas notarán...
No: la cantidad es corta,
Y que noten: poco importa:
Á un criado culparán.

(Come y bebe como indican los versos.)

Y ¿qué hace aquí esta cortina?
Veamos detrás lo que han puesto.

(Levanta la cortina lo necesario para ver él solo lo que hay dentro.)

¡Santa Bárbara! ¡qué es esto!
¡Qué invención tan peregrina!
¿Qué será? Ya lo adivina
Mi talento. No me escapo:
Es para mí. Pero tapo,
Ya que con tanta presteza
Lo sé todo... ¡Qué cabeza!

¡Cada golpe es un gazapo!

ESCENA VII

DON LEOCADIO, JUANA.

JUANA, *gritando.* — ¡Válgame el santo sudadio!
LEOCADIO. — Mujer, calla.
JUANA, *gritando.* — No, no, no.
Mis amos, ya se encajó
En el jaddín Don Leocadio.
LEOCADIO. — ¡Ah! ¡lo echas á perder todo!
Toma un peso.
JUANA. — Se equivoca
Usted : no tapa mi boca
Nadie ni con onzas de odo.
LEOCADIO. — Si tengo, Juana, por Dios
De todo instrucción prolija.
JUANA, *gritando.* — ¡Señodes!
LEOCADIO. — No grites, hija.
No es un peso : ya son dos,
Es inútil tu porfía :
El misterio importa un bledo.
JUANA. — Entonces, venga el dinedo.
LEOCADIO. — Ahí tienes : tu gritería
Nos trajo aquí al Capitán,
Y ya todo lo perdí.

ESCENA VIII

DICHOS, MARIÑÁN.

MARIÑÁN. — ¿Qué diantres ha habido aquí?

¿Porqué tales gritos dan?
LEOCADIO. — Simplezas...
MARIÑÁN. — ¡Vaya! no trate
Usted de andar con rodeos.
Le ha dicho usted chicoleos,
Y ella tal vez...
LEOCADIO. — ¡Disparate!
¡Chicoleos!... ¡pues me gusta!
Y ¡hoy cabalmente!... ¡por Dios!
MARIÑÁN. — Como están solos los dos;
Ella grita, Usted se asusta:
Blanca y migada... ¿qué tal?...
¿Usted me entiende?
LEOCADIO. — Dejemos
Bromas á un lado, y tratemos
De un asunto más formal.
Cierta cosa tenía yo
Á Juanita que encargar,
Y aquí la vine á buscar.
Usted nos interrumpió.
Mas como conozco... pues...
Que Usted es mozo completo,
Puedo esperar que el secreto
No saldrá de entre los tres.
En opinión semejante
¿En cuanto á Usted me equivoco?
MARIÑÁN. — No.
LEOCADIO, á Juana. — Y ¿en cuanto á ti?
JUANA. — Tampoco.
LEOCADIO, á Mariñán. — Pues pasemos adelante;
Y sepamos si el error
Cometió Usted allá adentro
De hablar sobre nuestro encuentro.

¿Lo saben ya?
MARIÑÁN. — No, señor.
LEOCADIO, á Juana. — Y ¿el nuestro?
JUANA. — Yo ni desueyo.
No : ¿cómo á decidlo voy?
Didán entonces que soy
Tan... pues... así... tan aqueyo.
No : no lo sabdán tan ainas.
MARIÑÁN. — Pero...
LEOCADIO. — No pregunto en vano
Todo esto.
MARIÑÁN. — Vamos al grano
Y no andar con garambainas :
Que no estoy de humor de bromas.
LEOCADIO. — Bien : allá voy. Cuanto pasa
El día de hoy en esta casa
Sé con sus puntos y comas.
MARIÑÁN, con sorna. — ¿Lo sabe Usted?
LEOCADIO. — Si, mi amigo.
JUANA, lo mismo. — ¿Usted?
LEOCADIO. — ¿No he dicho que sí?
MARIÑÁN. — ¿Armarme trampas á mí?
JUANA. — ¡Vaya! ¿Echadizas conmigo?
MARIÑÁN. — ¿Engañarme á mí pretende
Cual se engaña á los muchachos?
¡Hombre! ¿con estos mostachos
Será dable?... ¿Usted me entiende?
JUANA. — No uso conmigo lisonjas :
Mas pelo de mentecata
No tengo... No es la mulata
Boba, aunque vive entde monjas.
LEOCADIO. — ¿Qué echadizas, qué mostachos,
Qué monjas, ni qué invención?

Ustedes, ustedes son
Los que parecen muchachos.

MARIÑÁN. — ¡Ya!

JUANA. — ¡Pues!

LEOCADIO. — ¿Vuelven con la tema?

JUANA. — ¡Todo lo sabe! ¡qué gdacia!

MARIÑÁN. — Es mucha su perspicacia.

LEOCADIO. — ¡Esto la sangre me quema!
¡No me creen! ¡voto á sanes!
¿Juzgan Ustedes que miento?
¿No sabré yo el casamiento?
¿No sabré que los afanes,
(señalando al cenador)
Y que el aparato aquel
Es sólo por celebrarlo;
Y que quieren ocultarlo
Por sorprenderme con él?
¿Imaginan ¡por San Roque!
Que ignoro el día que es hoy?
¿Ustedes piensan que soy
Sin duda algún alcornoque?

MARIÑÁN. — ¡Vaya! ¡muchacha! ¿qué dices?

JUANA. — Lo sabe.

MARIÑÁN. — No hay que dudar.

LEOCADIO. — ¿Cómo se me iba á escapar?
¡Estas son muchas narices!
Procedo ahora á revelar
Á Ustedes mis intenciones,
Respecto de esos bribones
Que me la quieren pegar.
Realizarlas me interesa;
Y la cosa es muy sencilla.

MARIÑÁN. — ¿Qué es?

LEOCADIO. Volverles la tortilla :
Darles á ellos la sorpresa.
MARIÑÁN. -- Y ¿cómo?
LEOCADIO. — Contribuyendo
Con mi dinero al festín.
MARINÁN. — Muy bien pensado.
LEOCADIO. — Á este fin,
Me he estado ya disponiendo;
Y mientras que muy oronda
Cree esta gente mi ignorancia,
Yo he mandado en abundancia
Traer comida de la fonda.
Tengo dulces infinitos,
Y de los más afamados :
Postres los más delicados,
Vinos los más exquisitos.
De todo esto, Juana mía,
Mi cuarto lo tienes harto;
De modo que está ese cuarto,
Hecho una reposteria.
Ahora bien : abres y tratas
De sacar cosa por cosa,
Reservada y cautelosa,
Sin que te sientan las ratas.
La mesa que se destina
A postres has de escoger;
Que imagino que ha de ser
La que está tras la cortina.
JUANA. — La misma.
LEOCADIO. — En ella pondrás
Todas las cosas muy bien...
JUANA. — De modo que cuando den
Aquí la palmada; zas,

La codtina descodemos;
Y se quedan, estoy ciedta,
Con tamaña boca abiedta.

LEOCADIO, aparte. ¡ Buen hallazgo! ya tenemos
Un nuevo descubrimiento.
No lo echaré en saco roto.

JUANA. — ¡ Santa Tecla! ¡qué albodoto
Van á admad!

MARIÑÁN. — ¡ Buen pensamiento!
Y cuando á mi aprobación
Vé Usted que tiene derecho,
Puede estar muy satisfecho :
¿ Me entiende Usted ?

LEOCADIO. — La invención
Es más de lo que se piensa.
Déjeme Usted que prosiga.
Con estas gentes me liga
Una gratitud inmensa,
Que me oprime, que me agobia;
Y he creído que era también
Muy necesario un gran tren
Alistar para la novia :
Chales, collares, sortijas,
Cortes de vestido ricos,
Guantes, peines, abanicos,
Y otras varias baratijas,
Con este objeto he comprado.
Esto me correspondía.
Si no, la gente diría
Que era un mezquino, un cuitado.

JUANA. — Y ¿está ahí todo?

LEOCADIO. — Estará luego,
Antes de media hora aquí.

¡Cáspita! así como así,
Se me ha ido más de un talego.

MARIÑÁN. — ¡Oh! ¡bien gastado dinero!
¿Me entiende Usted? porque hoy día,
¿Usted me entiende? sería
Vergüenza ser cicatero.
Eso es muy claro y muy obvio;
Todos deben hoy gastar:
Á la novia celebrar
Y más que á la novia, al novio.

LEOCADIO. — ¡Qué bondad!

MARIÑÁN. — ¡Dónde podrán
Hallar hombre más completo,
Amable, honrado, discreto,
Generoso!

LEOCADIO. — ¡Capitán!

JUANA. — ¡Ay! yo no lo conocía.
Pedo hoy, que lo conocí,
Ya con estos ojos ví
Que es una pedla.

LEOCADIO. — ¡Hija mía!

MARIÑÁN. — ¡Hombre que sabe muy bien
Dónde le aprieta el zapato,
Y que en dándole un mal rato,
Aun sea qué sé yo quién,
En diciendo: « me incomodo, »
Le echa los dientes abajo!
¿Me entiende?

LEOCADIO, aparte. — ¡Lindo agasajo!
Cada uno alaba á su modo.

JUANA. — La Vicadia, la Pdioda
Conocen su padentela
Y me han dicho que su abuela

Eda una santa señoda :
Que él no desmiente su casta :
Que es hombde de fundamento;
Que es sobedbio el casamiento :
Que en este tiempo...

LEOCADIO. — ¡ Hija! ¡basta !
¿Conque hasta las Reverendas
Madres hablan bondadosas?

JUANA. — ¡ Mucho!

LEOCADIO. — ¡ Santas Religiosas!

JUAN. — Todas alaban sus prendas.

MARIÑÁN. — Como él no se encuentran dos :
Es patriota, amigo fiel...
Soy capaz de dar por él
Hasta la vida.

LEOCADIO. — ¡ Por Dios!
¡ Para escuchar expresiones
Tan tiernas, las fuerzas faltan !
¡ Las lágrimas se me saltan !
¡Oh! ¡qué bellos corazones!
Venid : que os quiero abrazar :
(Los abraza á un mismo tiempo.)
Mucho os honra este manejo.

MARIÑÁN, aparte. ¡ Sentimental está el viejo !
¡ Buena gana de llorar!

LEOCADIO. — ¡ Oh, qué ternura! ¡qué brotes
De la amistad más sincera!

MARIÑÁN. — Justicia es.

LEOCADIO, aparte. ¿ Quién lo creyera
Mirándole esos bigotes?

MARIÑÁN. — Su santo puede decirse
Que es hoy.

LEOCADIO. — Ya se vé que si.

MARIÑÁN. — No es día de estar así;
Es día de divertirse.
JUANA. — ¡Oh! muy gdande es este día.
LEOCADIO. — ¡Oh!
MARIÑÁN. — De entregarse al placer.
LEOCADIO. — ¡Buen amigo!
MARIÑÁN. — De beber,
De reventar de alegría.
Día de común contento
De regocijo cabal.
JUANA. — De gozo tan genedal,
Que hay baile hasta en mi convento.
LEOCADIO. — ¡Ah!
MARIÑÁN. — ¡Día de bendición!
LEOCADIO. — ¿También?
MARIÑÁN. — Día, cuya gloria
Guardará eterna la historia.
LEOCADIO, aparte. — ¡Jesús! ¡qué exageración!
¡Cómo me quiere! ¡qué pasmo!
MARIÑÁN. — ¿Pues cómo? ¿hay tal vez quién niega?...
LEOCADIO. — ¡No! ¡hijo! nada...
(Aparte.)
¡Cómo ciega
Á este mozo el entusiasmo!
Basta, pues : basta ya, amigo,
¡Otro abrazo!... ¡qué placer!
(Los abraza.)
(Á Juana.)
Tú, haz lo que tienes que hacer.
No los sorprendan conmigo,
Y silencio.
MARIÑÁN. — No hay cuidado.
LEOCADIO. — Confío en Ustedes dos,

Mucha cautela ¡por Dios!
MARIÑÁN. — No quedará Usted burlado.

ESCENA IX.

DON LEOCADIO, solo. — ¿Hay fortunón más completo?

Hasta éstos me han de mostrar
Amor... ¡Buen hacer! ¡amar
Á un desconocido objeto!
¡Señor! ¿qué nudo secreto,
Qué atracción, qué simpatía?...
¡Vamos! abriendo este día
Campo, á fenómenos vasto,
No sólo al vientre da pasto
Sino á la filosofía.

(Pausa.)

Mas sin tomarme el afán
De averiguar las razones,
Estimo las atenciones
De Juana y del Capitán.
Ella me ha indicado el plan
Relativo á la cortina,
Que, tierna conmigo y fina
Esta familia discurre...
Sobre este asunto me ocurre
Una idea peregrina.
Esa farsa, apostaría
Que alguna invención ha sido
Que á Juanito ha sugerido
Su fecunda fantasía.
Sí : no hay duda... Yo podría...
¡El pensamiento es gentil!

¡Oh! ¡qué ingenio tan sutil!
¡Qué imaginación tan rara!
Que en un santiamén prepara

(pausa larga, durante la cual pasea por el teatro, dando muestras de satisfacción.)

Contra una sorpresa, mil.
Y no he leído, baladí,
Tal estoy harto de afán.

(saca un papel)

El soneto que á Don Juan
Al descuido le cogí.

(Leyendo.)

« Á mi primo » Esto es á mí.
¡Cómo á festejarme aspira
Con el numen que le inspira!....
No excitaste, amable niño,
Nunca más tierno cariño
Con las cuerdas de tu lira.

(Leyendo para sí.)

Empieza bien... adelante.
¡Qué concepto tan bonito!...
¡Bien versifica el mocito!...
¡Esto está algo extravagante!...
¡Vamos! por el consonante,
Apeló aquí á la discordia...
¿Campeón yo?... ¡Misericordia!
Mas... ya... ya estoy... ya caí...
Esto alude á cuando fuí
Sargento de la Concordia.
Campeón... y no hay más después :
No hay duda : quedó incompleto.

(Cuenta para sí con el dedo los renglones.)

Catorce tiene el soneto,

Y aquí no hay más que once pies...
¿No puedo yo hacer los tres
Que faltan? — Esto me peta :
Magnífica jugarreta.
Á ello : ya el refrán lo ha dicho :
En el mundo es todo bicho
Loco, médico y poeta.

ESCENA X.

DON LEOCADIO, DON NICOMEDES.

NICOMEDES. — ¡Oh! ¡qué plaga tan tremenda!
¡Qué trabajo tan crüel!
¡Qué fatiga tan horrenda!
¡Vayan al diablo la miel,
Y los negros y la hacienda!
LEOCADIO. — ¿Qué hay? ¿Cuál es la fatiga?
¿Qué ocurre, amigo?
NICOMEDES. — ¿Qué ocurre?
¿Quiere Usted que se lo diga?
Que ya el trapiche me aburre,
Y la hacienda me atosiga :
Que á ella ya no vuelvo más :
Que no quiero ver aquellos
Negros pícaros jamás :
Porque da el más santo de ellos
Quince y falta á Barrabás.
Su bestialidad da horror :
Están siempre armando gresca,
Y encendiéndome en furor :
No sabe lo que se pesca
Quien se mete á agricultor.

LEOCADIO. — Pero, hombre, no hace un momento...
NICOMEDES. — Bien... Usted decir querrá
Que estaba entonces contento;
Pues hora me he puesto ya,
Que de cólera reviento.
LEOCADIO. — Pero en un día como este...
NICOMEDES. — Por esa misma razón
Es más justo me moleste;
Porque un día de función
Me ha caido encima esta peste.
¡ Qué mal rato esa gentalla
Me dió ! y ¿ quién sabe aún?...
LEOCADIO. — No tal.
Allí el caporal se halla...
NICOMEDES. — Buen pollo es el caporal.
LEOCADIO. — El mayordomo...
NICOMEDES. — Un canalla.
Mas desde mañana en fin,
Empiezo al amanecer
Con otro nuevo trajín :
Que no estoy para tener
Ocupación tan rüin.
La hacienda ya ni la piso,
Que mi venturosa estrella
Hacia otro rumbo diviso.
Esta es la invención más bella
Que el cielo inspirarme quiso.
LEOCADIO. — Y ¿ cuál es ?
NICOMEDES. — Admiración
Va á causar en todas partes.
Me honrará esta innovación
En donde se amen las artes.
LEOCADIO. — Bien : ¿ mas cuál es la invención?

NICOMEDES. — Una máquina que brilla
Por lo simple é ingeniosa.
LEOCADIO. — Máquina. ¿Eh?
NICOMEDES. — Sí : muy sencilla ;
Descubrimiento asombroso
Que ha de causar maravilla.
(Recorriendo el teatro con la vista,)
Si aquí lograra encontrar
Un madero ó un demonio,
Yo le pudiera á Usted dar
Un práctico testimonio
De mi invención singular.
Pero soy un majadero.
¿Qué necesito pedir,
Cuando á falta de madero
De Usted me puedo servir?
LEOCADIO. — Muchas gracias, caballero.
NICOMEDES, colocando á Don Leocadio. — Usted es el eje : tieso,
Muy tieso se ha de poner.
LEOCADIO. Si no necesito de eso,
Mi amigo, para entender...
NICOMEDES, volviéndolo á colocar. — Vamos : no sea Usted
Bien plantado. ¡Con firmeza! [camüeso].
Sobre el eje girará
Un cilindro con presteza...
Y... lo representará...
(Buscando un objeto en rededor de sí.)
El tintero en la cabeza.
(Va á coger un gran tintero redondo de plomo que hay encima de uno de los bancos de mármol, y Don Leocadio corre hacia él para impedírselo.)
LEOCADIO. — Está Usted loco, seguro.
¡No! ¡vive Dios!
NICOMEDES. — ¿Por qué?

LEOCADIO. — ¡Toma!
¡Porque no, señor : lo juro!
NICOMEDES. — Pero hombre...
LEOCADIO. — No, ¡ya esa broma
Pasa de castaño á oscuro!
NICOMEDES. — Una máquina como esa
Debiera interés causar
Á Usted.
LEOCADIO. — Mucho me interesa :
Mas no quiero renunciar
Al placer de la sorpresa.
NICOMEDES. — Va á ser manantial de dichas.
Por supuesto es de vapor.
Va á acabar con mis desdichas.
LEOCADIO. — Y esa máquina, señor,
¿Qué ha de fabricar?
NICOMEDES. — Salchichas.
Del vapor por la acción fuerte,
Cerdo, que entra en el caldero,
En salchicha se convierte.
Una cabra, ó un carnero,
Se transforman de igual suerte,
No es esto exageración.
Y si Usted cayese un día
En la olla en ebullición,
En un santiamén saldría
Hecho un largo salchichón.
LEOCADIO. — ¡Vaya, vaya! ¿Está Usted loco?
NICOMEDES. — ¿Qué dice Usted? ¡por San Juan!
¿Cree Usted que ganaré poco?
Conozca Usted bien el plan,
Y verá si me equivoco,
Y si en recursos abundo,

Y si prueba mi artificio
El ingenio más fecundo...

LEOCADIO, aparte. — Ó este hombre ha perdido el juicio,
Ó no hay locos en el mundo.

NICOMEDES. — Vamos, yerno; aquí... derecho...

LEOCADIO. — Conozco el plan ampliamente:
De todo estoy satisfecho:
La invención es excelente.

NICOMEDES. — Pero, hombre, si no se ha hecho...

LEOCADIO. — Y ¿ Usted, por Dios, imagina
Que es ocasión de tratar
De eso?

NICOMEDES. — ¡Si es cosa divina!

LEOCADIO. — Me voy á vestir, á dar
Mi vuelta por la cocina:
Que en aquel departamento
Es urgente mi visita;
Y á hacer preparar un ciento
De cosas, con que á Rosita
Chasquear, y á su tío intento.
También de mí les llegó
Una que otra frïolera.

(Sale un criado trayendo una canasta grande, tapada con un pañuelo.)

(Al criado).

¡Ah! ¡cuadrúpedo! Aquí no.
¿No ves que si alguien te viera?...
Á mi cuarto: allá voy yo.

NICOMEDES. — ¿Qué cosa lleva tapada?...

LEOCADIO, yéndose. — Nada.

NICOMEDES, deteniéndolo. — Venga Usted acá,
Y dígame la entruchada.

LEOCADIO. — ¡Pero si urge el tiempo ya!

NICOMEDES. — Óigame Usted.

LEOCADIO. — No oigo nada.

(Aparte).

¡La pretensión es gentil!
Aunque buscándolo esté,
Por espacio de años mil,
En parte alguna hallaré
Un suegro más zascandil.

ESCENA XI.

DON NICOMEDES, solo. — ¡Cuál á veces te encaprichas
Con un pobre hombre, fortuna!
Pero ya desde hoy mis dichas
Empiezan, sin duda alguna
Con mi yerno y las salchichas.
¿Mas qué es lo que estoy mirando?
¿Qué es esto? ¿quién es aquel
Que con mi hija allí está hablando?
¡Calle¡ ¿No es el Coronel
Que la estuvo cortejando?
Y están solos... están... sí..,
¡Se requiebran! ¡qué osadía!
¡Nunca igual frescura ví!...
¡Yo en la Sierra lo creía,
Y Estaba metido aquí!

(Llamándolos).

¡Cé! amigos, venid acá.

ESCENA XII.

DON NICOMEDES, DON CARLOS, ROSA.

ROSA. — ¿Ya volvió Usted?

NICOMEDES. — Sí, señora :
Ya volví.
CARLOS — ¿ Conque la hora
Venturosa llegó ya
De abrazar á Usted ?
NICOMEDES. — ¡ Sí ! ¡ sí !
¡ Abrazar quiso Usted á ésta,
Y por completar la fiesta
Pretende abrazarme á mí !
CARLOS. — ¿ Abrazar yo ?
NICOMEDES. — Sí : á la chica.
CARLOS. — ¿ Señor mío, este embolismo
Qué significa?
NICOMEDES. — Eso mismo
Digo yo : ¿ qué significa ?
CARLOS. — Mire Usted que no pensaba,
Señor, abrazarla yo.
NICOMEDES. — Abrazarla, tal vez no :
Pero Usted la requebraba.
CARLOS. — Pero si...
NICOMEDES. — No hay más que hablar :
Yo lo he visto con mis ojos.
Tan criminales arrojos
Por fuerza me han de irritar.
CARLOS. — Yo estaba hablando con ella...
¿ En esto halla Usted delito?
NICOMEDES. — No habla solo un jovencito
Con una niña doncella.
CARLOS. — ¿ Qué tiene de extraordinario,
Que cuando se casa Rosa?...
NICOMEDES. — ¡ Vaya que es razón chistosa!
Pues por lo mismo ¡ canario!...
CARLOS. — Cuando con gozo inefable

Á ofrecerme á Usted venía,
¡ Extraño, por vida mía,
Que de esa manera me hable!
¿ Qué motivo á Usted incita
Á mostrarme tal disgusto?
¿ Tratar de ese modo es justo
Al esposo de Rosita?

NICOMEDES. — ¿ Cómo? ¿ cómo? ¿ Usted su esposo?
¿ Quién su mano le entregó?

ROSA. — ¿ Pues Usted no consintió
En este enlace gustoso?

NICOMEDES. — ¡ Chica! ¿ yo en tal matrimonio?
¿ Quién lo ha dicho?

ROSA. — Usted.

NICOMEDES. — ¿ Yo?

ROSA. — Sí.

NICOMEDES. — ¿ Qué hablas, niña? ¿ estás en ti?
Es un falso testimonio
Que tú me levantas.

ROSA. — Pues,
Papá, ¿ Usted, poco tiempo hace,
No ha aplaudido nuestro enlace?

NICOMEDES. — ¡ Muchacha! y ¿ el señor es
El yerno que yo acepté?
¿ No es Don Leocadio?... Responde.

ROSA. — ¡ Oh Dios!

CARLOS. — ¡ Qué oigo!

NICOMEDES. — ¿ Cuándo, dónde
De otra persona te hablé?

CARLOS, después de una pausa. — Todos, señor mío, en esto
Nos hemos equivocado,
Y todo por eso ha estado
Para mi enlace dispuesto.

Desesperación crüel
Me costará este himeneo
Si yo el paternal deseo
Pudiera frustrar con él.
¿ Cómo entrara en esta unión,
Si la mano que ofreciera...
Á esta señorita, hiriera
De su padre el corazón ?
Renunciara á ella gustoso
Mil veces y mil, señor;
Mas mire Usted que este error
Para mí es muy bochornoso.
La unión en que consentí,
No es por mi mal ya un secreto :
Se reunen con este objeto
Varias personas aquí.
Corre con velocidad
Este hecho en la población,
Y me hace Usted irrisión,
Escarnio de la ciudad.
Hablarán...

NICOMEDES. — Bien : hablarán.
¡ Pues fuera cosa graciosa,
Entregarle á Usted á Rosa
Sólo por el qué dirán!

ESCENA XIII.

DICHOS, DON ANSELMO.

ANSELMO. — ¿ Qué te pasa, Nicomedes?
¿ Qué tienes? ¿por qué regañas
Tanto ?

NICOMEDES. — ¡ De tus artimañas,
Hermano, gloriarte puedes!
¡ Contento estás! ya se vé :
¡ De gratitud eres digno
Por el lazo que, benigno,
Tendiste á mi buena fé!
ANSELMO. — ¿ Yo?... ¿ qué lazo te tendí?
NICOMEDES. — Hiciste aquí tu maraña
De casamiento, y con maña
Supiste arrancarme el sí.
Mas á buen tiempo he llegado;
Y Don Leocadio será
Mi yerno.
ROSA. — Pero ¡ papá!...
NICOMEDES. — Calla.
ANSELMO. — Y ¿ de dónde has sacado
Esa invención?
NICOMEDES. — ¡ Qué invención!
Mi yerno será solo él.
ANSELMO. — ¡ Cómo! ¿ pues el Coronel?...
NICOMEDES. — Yo no he aprobado esa unión.
ANSELMO, aparte á Don Carlos y á Rosa. — Don Carlos, Rosa;
Que se retiren Ustedes. [precisa

ESCENA XIV.

DON ANSELMO, DON NICOMEDES, JUANA,
que con otros criados entra y sale, trayendo la comida.

ANSELMO, después de una pausa. — Bien, ¡ Señor Don Nicomedes!
¿ Es este asunto de risa
Acaso, para que quiera
Usted ser inconsecuente,

Y dejar á tanta gente
Burlada de esta manera?
¿ Cree Usted que mi compromiso
Es broma, para tener
La gracia de no querer
Lo que hace un momento quiso?

NICOMEDES. — Y ¿ es broma el consentimiento
Con ardides arrancarme?
Y ¿ es broma por liebre darme
Gato en este casamiento?

ANSELMO. — ¿ Qué ardides son esos? ¿ quién
Te ha dado por liebre gato?
¿ Quién te ha dicho, mentecato,
Que está mal, ó que está bien?
Tú, cuando llegaste aquí
Todo lo quisiste hablar,
Sin dejarnos resollar
Ni á Juan, ni á tu hija, nî á mí.
Mil y mil veces quisimos,
Pues era cosa tan seria,
Entrar contigo en materia;
Pero no lo conseguimos.
Tú, siempre charla que charla,
La palabra no dejaste
Ni un solo instante; y burlaste
Mis esfuerzos por tomarla.
Lo confieso : fué un portento
Para nosotros, un pasmo
Oirte con entusiasmo
Hablar de este casamiento :
Mas como no está en cuestión
Ya tu falta de cordura,
Atribuimos á locura

Lo que era equivocación.
Si te ves en este abismo
Por loco; si satisfecha
No está tu voluntad, echa
La culpa sobre ti mismo.
Pero pretender, amigo,
Que este enlace se destruya
Por extravagancia tuya,
No es dable: yo te lo digo.
NICOMEDES. — Conozco que te merezco
El amor de un tierno hermano;
Que recibí de tu mano
Favores que te agradezco.
ANSELMO. — Si los hago á otro ó á ti
No es por que se me agradezcan.
NICODEMES. — Pero es justo que merezcan
Esta confesión de mí,
Ya que no puedo pagarlos.
Mas el habérmelos hecho
No te da, Anselmo, derecho
Á ligarme con Don Carlos.
Si tantas veces de cuitas
Me han sacado tus mercedes...
ANSELMO. — No seas necio, Nicomedes,
¡Por Dios! no me lo repitas;
Y dí, ¿qué encuentras de injusto
En la unión; dímelo claro,
Qué á mi sobrina preparo
Satisfaciendo su gusto?
NICODEMES. — Don Leocadio... esto es notorio...
ANSELMO. — Pero...
NICOMEDES. — Es un hombre completo.
ANSELMO. — Bien: será muy buen sujeto,

Pero ya es un vejestorio.
NICOMEDES. — Pues eso á Rosa promete
Un director...
ANSELMO. — No, señor :
No será su director,
Sino será su juguete.
NICOMEDES. — Y ¿ un mocito vivaracho ?...
ANSELMO. — Eso es lo que debe ser :
Es joven y ha de querer
Casarse con un muchacho.
En esto me va el honor
Y se ha de hacer, lo prometo.
NICOMEDES. — Mira, hombre ; yo te respeto
Como á mi hermano mayor.
Pero, Anselmo mío, advierte
Que estoy de capa caída.
Tiempo hace que enfurecida
Está conmigo la suerte.
La hacienda la dejé ya.
ANSELMO. — ¡ Hombre !
NICOMEDES. — ¡ Es un caos ! ¡ da horror !
ANSELMO. — ¿ Quién, hallar caos mayor
Que tu cabeza podrá ?
NICODEMES. — Ahora pienso otra brillante
Invención llevar á efecto :
Un magnífico proyecto...
ANSELMO. — Vamos á lo interesante,
¡ Por Dios !
NICOMEDES. — Pues bien : considera
Que me hallo muy atrasado.
Tú sabes que me he arruinado...
ANSELMO. — Mil veces.
NICODEMES. — Y si no fuera

Por ti...

ANSELMO. — ¿ Vuelves ?

NICOMEDES. — No hay negocio
Bueno en que yo ponga mano,
Y con trabajar, no gano
Más que alejarme del ocio.
Estoy tan sin un centavo,
Que hasta ilusión considero
Haberte enviado el carnero,
Las gallinitas y el pavo.

ANSELMO. — ¡ Por Dios, hombre, ¡ qué tropel
De simplezas !... Calla, calla ;
Y dí pronto lo que se halla
De malo en el Coronel.

NICOMEDES. — Que tiene, se me dirá,
Talento... tendrán razón...
Muy buena reputación...
Bueno : también la tendrá.
Le falta lo principal,
Que es *cum quibus*. — Obligado
Á ver en un moderado
Sueldo todo su caudal,
¿ Qué herencia le dejaremos
Á esta muchacha inocente,
Cuando por un accidente
Á un tiempo él y yo faltemos ;
Ó cuando por que él se halle
Enredado en chamusquinas,
Lo planten en Filipinas
Ó lo dejen en la calle ?
Sin esto yo no opondría
Resistencia alguna.

ANSELMO. — ¿ No ?

NICOMEDES. — No... ¿si se quieren?...
ANSELMO. — Pues yo
Te tomo, por vida mía,
La palabra.
JUANA. — Pdonta está
La comida, mi amo.
ANSELMO. — Bien:
Avisa adentro también.

(Vase Juana.)

Tú, hermano, prevente ya
Á no despegar el labio,
Aunque haga yo lo que quiera.
NICOMEDES. — Pero ¡Anselmo!... ¡bueno fuera
Que me hicieras tú un agravio
Tan... No es justo... Disponer
De Rosa!
ANSELMO. — ¿No estás en casa?
¿No has de ver lo que aquí pasa?
Bien te puedes oponer.
Mas sobre otra cosa, advierto,
Que no sea la formal
Bendición matrimonial:
Te has de callar como un muerto.
NICOMEDES. — Pero, Anselmo, advertirás...
ANSELMO. — No hay advertencia que valga.
Quiero que lucida salga
La función. No chistarás;
Sabré incomodarme y mucho,
Si tu genio estrafalario
Desluce el aniversario
Venturoso de Ayacucho.
NICOMEDES, con sorpresa. — ¡Oh!
ANSELMO. — ¿Qué hay en esto que asombre?

NICOMEDES. — ¿ De Ayacucho ?
ANSELMO. — Sí, señor.
NICOMEDES, *aparte*, ¡ Válgame Dios ! ¡ en qué error
Tan grande estaba aquel hombre!
ANSELMO. — ¡ Qué cabeza, Nicomedes!
Ya vienen todos : puntual,
Haz lo que he dicho, y tan mal
Como otras veces no quedes.

ESCENA XV.

DON ANSELMO, DON NICOMEDES, DON CARLOS,
DON JUAN, ROSA, JUANA, CONVIDADOS,
CRIADOS.

ANSELMO, *aparte á Rosa, Don Carlos y Don Juan.*
No hay cuidado, no hay cuidado :
Saldrá todo, según creo,
Á medida del deseo :
Nadie, de lo que ha pasado
Se ha de dar por entendido.
Jarana, jovialidad,
Como si incomodidad
Ninguna hubiese ocurrido.
(*Alto.*)
Ustedes se sentarán
Donde la gana les dé,
Para comer nunca usé
Cumplimientos.
(*Aparte á Juan.*)
Oye, Juan,
Explícame : ¿ el Coronel
Á cuál de las sillas va ?

JUAN, aparte á Don Anselmo. — Á la silla donde está
La corona de laurel.

Siéntanse á la mesa : el Capitán Mariñán al lado de Don Nicomedes. Pausa larga.)

CARLOS. — Mas que Don Leocadio coma
Al menos.
ANSELMO. — ¡ Es cierto !
NICOMEDES, aparte. — ¡ Pobre !
¡ Fuerza será que le sobre
Paciencia para esta broma !
ANSELMO. — Juana, vé pronto á llamarlo.

(Pausa larga)

ESCENA XVI.

DICHOS, menos JUANA.

MARIÑÁN, á Don Nicomedes. — Es para mí, caballero,
¿ Me entiende Usted ? lisonjero,
Respetuoso saludarlo,
Como al padre de esta hermosa
Señorita... ¿ Usted me entiende ?
NICOMEDES. — Sí, señor : bien se comprende ;
Está bien clara la cosa.
Lo agradezco.

(Pausa.)

MARIÑÁN. — Felicito
Á Usted, porque venturoso
La entrega á tan buen esposo
Como el Coronel,
NICOMEDES, aparte. — ¡ Maldito !
¡ No reventaras ! ¿ Pretende
También meterme el puñal ?

(Pausa.)

MARIÑÁN. — Debe ser gusto cabal
Para un padre... ¿ Usted me entiende?

NICOMEDES, aparte. — Sí, señor. — ¡ Qué muletilla
Del diablo !

ESCENA XVII.

DICHOS, JUANA.

JUANA. — Mi amo : no puedo.
Hayad á ese cabayedo.
No padece.

NICOMEDES, aparte. — Es muy sencilla
La cosa : se habrá marchado.
Sin duda el hombre lo ha olido,
Y con razón se ha ofendido.

(Aparece Don Leocadio por la parte interior de la enramada, trayendo la canasta con que se presentó poco antes su criado.)

ANSELMO. — ¿ Si quizá habrá penetrado
Ya nuestra trama secreta?

LEOCADIO, aparte. — ¡ Qué tal ! ¿ si penetraría?
¡ Esta gente pensaría
Que era yo un niño de teta !

ANSELMO, á Don Juan. — Yo te lo dije, travieso :
Se enfada apenas lo note.

LEOCADIO, aparte . — ¿ Seré yo algún Hotentote
Para enfadarme por eso ?

ANSELMO. — Tal chasco se le iba á dar
Que nos tiraba los platos.

LEOCADIO, aparte. — Ustedes son, mentecatos,
Los que se van á chasquear.

(Se mete en el cenador.)

Anselmo, aparte. — Ahora empieza la contienda
Con Nicomedes... No acabo
De decidir... lo que al cabo
Se ha de empeñar, que se venda.

(Da una palmada : descórrese la cortina, y aparece un solio de flores con dos sillas adornadas también de flores. Don Leocadio está sentado en una con una corona de laurel en la cabeza. La otra silla está ocupada con la canasta.)

ESCENA XVIII.

TODOS LOS PERSONAJES

Leocadio. — Ya, señores, se rasgó
Este misterioso velo,
Vuestra astucia imaginó
Sorprenderme : pero el cielo
Quiere que os sorprenda yo.
Hoy quisisteis, cariñosos,
Darme de vuestra bondad
Mil testimonios honrosos,
Y de la dulce amistad
Que me franqueáis generosos.
Don Anselmo una función
Da en mi santo, y coronar
Quiere Rosa mi pasión.
Esto se llama halagar
Estómago y corazón.
Como todo lo escudriño,
Lo descubrí ; y dije : « no :
« Si éstos me tienen por niño,
« Voy á anticiparme yo
« Á sorprender su cariño. »
Por eso á un anuncio fiel
Del corazón, obediente,

He ocupado este dosel :
Por eso ceñí á mi frente
La corona de laurel :
Por eso, bien que no basta
Á probar cuán cara me eres,
Rosa, una provisión vasta
De utensilios de mujeres
Te ofrezco en esa canasta;
Y por eso le robé
Á don Juanito, un soneto
Que en su escritorio encontré.
Ví que faltaba un terceto,
Y ¿qué hice? Lo completé.
Está dirigido á mí.
La palabra « campeón » es
La última que encontré allí.
Lo que está escrito después,
Obra es mía. Dice así :

(Lee).

« Á mi primo futuro, el Señor don José Leocadio Arpecho y Urgarriola, Sargento que fué del Regimiento de Voluntarios distinguidos de la Concordia Española del Perú. »

SONETO

« Quiso encender tu pecho en sus ardores
» La deidad del amor, y artificiosa
» En la hermosura y la virtud de Rosa
» Los encantos buscó más seductores.
» Largo tiempo en negarte sus favores
» Se gozó la fortuna caprichosa,
» Y dar no quiso la guirnalda hermosa
» Del plácido himeneo, á tus amores.

» Pero ya hoy una mano á tu adorada
» Ofreces, que jamás de la discordia
» Empuñará la destructora espada.
» Campeón... en paz has de vivir (lo fío),
» Cual quien Sargento fué de la Concordia,
» Con papá, con mi prima y con mi tío. »

Conciba, cuánto me alegro,
Usted ¡ oh suegro !...

NICOMEDES. — ¡ Ya da asco
Tanta necedad !... ¡ qué suegro,
Si le han dado á usted un chasco !
¡ Lo han tratado como á un negro !

(Risa general.)

LEOCADIO. — ¿ Cómo ? ¿ esta función bendita ?...
NICOMEDES. — No es para Usted.
LEOCADIO. — Y ¿ la unión ?
NICOMEDES. — Fué una patraña maldita.
LEOCADIO. — ¿ El dosel, las sillas ?
JUAN. — Son
Para Carlos y Rosita
LEOCADIO. — ¡ Qué ! y ¿ el soneto también ?
JUAN. — Prueba de mi amistad era
Para el Coronel.
LEOCADIO. — Muy bien :
(Aparte.)
¿ Quién imaginar pudiera
Chasco tan pesado ; quién ?
ANSELMO, señalando el dosel. — Don Carlos, Rosita, allí.
NICOMEDES. — Eso no. No puedo yo
Consentirlo.
ANSELMO. — Será así,
Aunque digas : « eso no, »

Porque yo digo : « eso sí. »
Tu oposición al pactado
Enlace, sólo proviene
Según me lo has declarado,
De que el futuro no tiene
Más que el sueldo del Estado.
Pues bien, si en enlace tal
Otro defecto no adviertes,
Está remediado el mal :
Sobrina, treinta mil fuertes
Reza esta carta dotal.

ROSA. — ¡ Ah ! ¡ Tío !

NICOMEDES. — ¡ Anselmo ! ¡ cuán grato !...

ANSELMO. — Cállate, esa necedad...

NICOMEDES. — ¡ Ah ! nunca... fuera un ingrato
Si tu generosidad...

ANSELMO. — ¿ Si callarás, mentecato ?
Don Leocadio, yo aseguro,
Que á no esclarecer me ví
Forzado este caos oscuro ;
Mas que fuese, no creí
Para Usted golpe tan duro.
Usted me debe creer :
Soy su amigo, y siento mucho
Que Usted sólo de placer
En el día de Ayacucho
Privado se llegue á ver.

LEOCADIO. — ¿ De Ayacucho ?.... ¡ Pues es buena
Cabeza !.... yo fuí ; yo solo
Autor de mi cruda pena.
Caballeros : soy un bolo :
Lo confieso á boca llena.
La broma es de las más duras,

Mas ¿ qué he de hacer ? la ocasión
No es de entregarse á amarguras.
Dios eche su bendición
Á ese par de criaturas.

NICOMEDES. — ¡ Resignación singular!
¡ Qué calma de hombre !

LEOCADIO. — Y ¿ qué hacer ?

NICOMEDES. — Y después de esto, el ajuar
Lo tendrá Usted que vender
Por lo que le quieran dar.

LEOCADIO. — ¡ Qué ! ¿ Yo vender ? ¡ Eso no !
Rosa; haz tú de él lo que quieras;
Que para ti se compró.
Al fin esas frïoleras
Te han de servir más que yo.

ROSA. — ¡ Oh, mi generoso amigo !
Yo, que también...

LEOCADIO. — No : yo fuí,
Yo fuí mi propio enemigo :
Yo la culpa cometí,
Fuerza es que sufra el castigo.
Y lo merece, en verdad,
Quien ya un tantico provecto,
Incurre en la necedad
De soñarse predilecto
Amante de una beldad.
Escarmentado, señores,
Lo cuerdo es echar á prisa,
Á la espalda sinsabores;
Porque no os muráis de risa
Si me veis morir de amores.
Esta ingrata obró con tino,
Pues en novios, sin disputa,

No prefiere el gusto fino
Ni el maduro como en fruta,
Ni el añejo como en vino.
Que Dios les dé viento en popa
Á ella y al novio desde hoy;
Y á su salud una copa,
Aunque hasta la fecha estoy
Sin saber de qué es la sopa.

NICOMEDES. — Vamos : yo la serviré.

(Hacen lo que indica el diálogo.)

ANSELMO. — Cuenta, que se ha de llenar.

CARLOS, á Rosa. — Yo á ti te habilitaré.
Mas Don Juan ha de tomar
La palabra.

JUAN. — Así lo haré.

(Pequeña pausa)

« La primer luz que el firmamento dora
» En este grande y venturoso día,
» Fué la luz que por fin de su agonía
» Á la América triste dió la aurora.
» El Perú de esa aurora fué el oriente :
» El Perú fué donde forjóse el rayo,
» Con que volviendo de letal desmayo
» Sus tinieblas romper vió un Continente;
» Fué el Perú, que al fundar su bienandanza,
» Como á él, hizo á otros pueblos soberanos,
» Cuando caer miraban de sus manos
» La copa exhausta ya de la esperanza.
» Astro jamás de brillo tan fecundo
» Á ningún pueblo iluminó en la tierra :
» Astro, que de las plagas de la guerra
» Salvando nuestra patria, salvó un mundo.
» Que á nuestra patria ese astro siempre guíe

» De la prosperidad en la ardua senda :
» Que de sus hijos el Civismo encienda,
» É inspiraciones altas les envíe.
» Para que haciendo fértil la victoria,
» Pueda ser astro de orden y cultura,
» De paz y de riqueza y de ventura,
» El que astro fué de independencia y gloria. »

(Beben, golpean los platos con los cuchillos, y los criados vuelven á llenar las copas, todo lo cual debe repetirse al fin de cada brindis.)

MARIÑÁN. — ¡ Bomba ! ¡ bomba ! brindo yo
Por esa feliz jornada
Que á la patria libertó :
Por la gloria que la espada
De mi Coronel ganó.
¡ Gloria ! ¡ gloria al esforzado
Campeón !

ANSELMO. — Ciña la corona :

(Va á poner á Don Carlos la corona en la cabeza, y Don Carlos la recibe en la mano.)

Ocupe el privilegiado
Asiento, que á su persona
La amistad ha destinado.

CARLOS. — ¿ Corona á mí ? ¡ Dios eterno !

JUAN. — Gloria al Coronel. Sí, sí.

MARIÑÁN. — Gloria al venturoso yerno.

CARLOS. — Eso es burlarse de mí :
¿ Gloria á un triste subalterno ?
Gloria á los que la adquirieron :
Á las legiones peruanas
Que en Ayacucho vencieron
Con las legiones hermanas
Que con ellas combatieron :
Al brío, á la decidida

Constancia, con que realzaron,
Su pericia esclarecida,
Los caudillos que llevaron
A la lid, la hueste unida;
Gloria á cuantos un valor
Infausto llegó á inmolar
En el campo del honor:
Gloria á Sucre y á La-Mar,
Gloria al gran Libertador.

(Beben, etc.)

LEOCADIO. — Para que no quede trunca
La función, hablar yo quiero.
Nunca olvido el día, nunca,
En que descendió el Ibero
Del Cerro de Cundurcunca.
Un miedazo de patente
Tuve entre pecho y espalda,
Cuando ví que velozmente
Iba venciendo en la falda
El ejército insurgente;
Un miedazo de tal ley,
Que ya fué sin dimensiones
Cuando deshecha su grey,
Entró en capitulaciones
El desgraciado Virrey.
Yo con otros negociantes
Era proveedor realista,
Y en tan amargos instantes,
Me ví metido en la lista
De músicos y danzantes.
Mas como fué mi godismo,
Mercantil y de ocasión,
No bien pasó el cataclismo,

Cuando hizo en mí una explosión
Furibunda el peruanismo.
Desde entonces en derrota
Ví mi cariño á la Iberia.
Desde entonces á la nota,
Con la decisión más seria,
Aspiro de gran patriota.
Y como mi aniversario
Unió al de Ayacucho, Dios,
Lo que da por corolario,
Que común sea á los dos
El santo del Calendario,
No mereceré sarcasmo
Por mi vetusto extravío ;
Ni se mirará con pasmo,
Que hoy descollar quiera el mío
Sobre el público entusiasmo ;
Y que vistiendo ya el sayo
De patriota, y no siendo hijo
Ni pariente de Pelayo,
Consagre con regocijo
Un brindis á mi tocayo.

(Beben, etc.)

JUAN. — Usted, tío Nicomedes.
LEOCADIO. — Sí, sí.
NICOMEDES. — ¿ Yo brindar ? ¡ qué horror !
JUAN. — Hoy es día de mercedes.
MARIÑÁN. — Sí, sí, que brinde el señor
Por que... ¿ Me entienden Ustedes ?
NICOMEDES. — Fuerza será someternos,
Aunque es peregrino antojo,
Cuando acabo de echar ternos,
Contra el raro trampantojo

Con que me adjudican yernos.
Lo haré pues de cualquier modo;
Porque á no hacerlo seré
Tachado quizá de Godo;
Y á brindar empezaré...
Por mi máquina ante todo.
Justo después contraernos
Á mi Rosa conjeturo,
Aunque en mis planes paternos
Me ha puesto en horrendo apuro
Dándome á pares los yernos.
Seguirá el yerno cesante,
Pues ligado estoy á él
Por la amistad más constante,
Y luego irá el Coronel
Que entró á ocupar la vacante.
Grato después debe sernos
Al hermano saludar,
Que quiso favorecernos,
Y que ha sabido endulzar
La suplantación de yernos.
Y en fin, aunque perdí mucho
En granos, negros y reses,
Con el tal triunfo, no escucho
La voz de mis intereses,
Y brindo por Ayacucho;
Pidiendo ardiente al Eterno
Proteja á la patria mía,
Que no excusa formar terno
En la función de este día
Con uno y con otro yerno.

(Beben, etc.)

MARIÑÁN. — ¡Bravos brindis! ¡voto á San!

Tan bravos, que ni en la Europa
Mejores se escucharán ;
Por tanto vaya otra copa,
Y atención al Capitán.
Brindad, amigos, brindad ;
Por que la patria gloriosa
Que hoy se hizo mayor de edad,
Viva tranquila y dichosa
Por toda una eternidad.
Únanse á mi voz, Ustedes;
Y pidan conmigo al cielo,
Que haga llover sus mercedes
Sobre nuestro caro suelo.
¿ Estamos Don Nicomedes?
Que la azada en vez del yelmo,
Por que el Perú no se pierda
Como se perdió el San Telmo,
Busquemos con ansia cuerda.
¿ Me entiende Usted Don Anselmo?
Que á la ley se muestre fiel
Todo el mundo con ardor,
El soldado en el cuartel
Y en el campo el labrador.
¿Está Usted, mi Coronel?
Que hallándose el Perú inscrito
Entre las libres naciones,
Nunca el desorden maldito
Empañe nuestros blasones.
¿Me entiende Usted, Don Juanito?
Que sin tregua é infinita
Sea la luna de miel
De esa hermosa señorita
Al lado del Coronel.

¿ Me comprende Usted, Rosita ?
Que el novio que fué chasqueado,
Pues del chasco no se ofende,
Viva de dichas colmado.
¿ Don Leocadio, Usted me entiende ?
LEOCADIO. — Sí, señor ; quedo enterado.
MARIÑÁN. — Y que, por fin, con el brío
Con que en la lid vencedores
Rompimos el cetro impío
De los Godos opresores...
CARLOS. — Alto el fuego, señor mío.
Celebremos nuestra gloria,
Sin que ningún resentido
Maldiga nuestra victoria ;
Y que hubo en ella un vencido,
Borremos de la memoria.
Pues si como hijo del Sol
Mi amor patrio siempre fué
Tan puro como el crisol,
Nunca renegar podré
De mi origen español.
Y trataré de mil modos,
Con insaciable tesón,
De que fomentemos todos
La fraternal comunión
Entre patriotas y Godos.
(Beben, etc.)
LEOCADIO. — Muy bien dicho, esa es mi pauta,
Por lo cual voy á cómer ;
Que es conducta muy incauta
Tras calabazas, tener
La tripa como una flauta.
Y es mayor la sinrazón,

Cuando se trata de aquel
Que tiene en esta función
Derecho al primer papel;
Pues en tan linda reunión,
Nadie la dicha que yo,
De que su cumpleaños cuadre
Con el del Perú, logró.
Supo lo que hizo mi madre
Cuando hoy al mundo me echó.
Así, aunque está sin ensayo
Todavía mi apetito,
En júbilo no desmayo;
Y á otro brindis os invito
Por mi excelente tocayo.

(Beben y cae el telón.)

FIN.

ÍNDICE

I. — Poesías juveniles y festivas.
(*Por orden cronológico : 1827-43*).

II. — Sátiras políticas,
é inspiraciones de los últimos años (1850-65).

Poesías diversas.

Apéndice. — Obra dramática.